

Crítica del programa de la Internacional Comunista

León Trotsky

L. Trotsky

Julio de 1928

(Tomado de *La Internacional Comunista después de Lenin. Stalin, el gran organizador de derrotas (con nuevos anexos)*, páginas 50-126 del formato pdf de la cuarta edición digital en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)*.)

En memoria a mi hija Nina, fallecida en su puesto a los 26 años
Alma Ata, julio de 1928

I.- ¿PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN INTERNACIONAL O PROGRAMA DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?	2
1.- Estructura general del programa	2
2.- Los Estados Unidos y Europa.....	3
3.- La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa.....	5
4.- El criterio del internacionalismo	8
5.- La tradición teórica del partido	11
6.- ¿Dónde está, pues, la “desviación socialdemócrata”?	18
7.- La dependencia de la URSS de la economía mundial	19
8.- La contradicción entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales es la causa del carácter utópico y reaccionario de la teoría del socialismo en un sólo país	22
9.- La cuestión sólo puede ser resuelta en la arena de la revolución mundial	27
10.- La teoría del socialismo en un sólo país, fuente de errores socialpatriotas	29
II.- LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA EN LA ÉPOCA IMPERIALISTA.....	32
1.- Total inconsistencia del capítulo principal del proyecto	32
2.- Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y papel del partido	34
3.- El III Congreso y la cuestión de la permanencia del proceso revolucionario según Lenin y Bujarin	37
4.- Los acontecimientos de 1923 en Alemania y las lecciones de octubre	39
5.- El radical error estratégico del V Congreso	42
6.- “La era democrático-pacífica” y el fascismo	45
7.- Política ultraizquierdista y levadura de derecha	49
8.- Período de deslizamiento hacia el centro-derecha.....	53
9.- Las maniobras y la estrategia revolucionaria	57
10.- La estrategia de la guerra civil	60
11.- Las cuestiones del régimen interno del partido	62
12.- Causas de las derrotas de la Oposición y perspectivas.....	68
III.- BALANCE Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA: SUS LECCIONES PARA LOS PAÍSES DE ORIENTE Y PARA TODA LA INTERNACIONAL COMUNISTA	71
1.- Sobre la naturaleza de la burguesía colonial	71
2.- Las etapas de la revolución china.....	76
3.- ¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado?.....	79
4.- El aventurerismo como consecuencia del oportunismo	83
5.- Los soviets y la revolución	85
6.- El problema del carácter de la futura revolución china.....	88
7.- Sobre la idea reaccionaria de los “partidos obreros y campesinos bipartitos” para el oriente	90
8.- Hay que verificar qué ha dado de sí la Internacional Campesina	95
9.- Conclusión	97

El proyecto de programa, es decir el documento capital destinado a orientar el trabajo de la Internacional Comunista durante toda una serie de años, fue publicado algunas semanas antes de la convocatoria del congreso que se realizó cuatro años después del V Congreso.

Esto no puede justificarse con el hecho que este proyecto ya había sido presentado antes del congreso precedente, precisamente porque desde entonces han pasado numerosos años: el nuevo proyecto difiere del primero en su estructura e intenta levantar un balance del desarrollo producido en el último período. Sería imprudente e irreflexivo, en el más alto grado, que el VI Congreso adoptase este proyecto (que está marcado por los rasgos evidentes de las prisas y la negligencia) sin que previamente se haya publicado en la prensa una seria crítica y sin que se haya desarrollado una amplia discusión en todos los partidos de la Internacional Comunista.

Desde la recepción del proyecto hasta el envío de la presente carta, sólo hemos tenido unos pocos días: no hemos podido detenernos, pues, en determinadas cuestiones fundamentales tratadas en el programa.

A causa de la falta de tiempo, hemos tenido que dejar a un lado numerosas tesis importantes del proyecto sobre problemas de una actualidad más o menos ardiente que pueden alcanzar, el día de mañana, una extrema agudeza (no es, pues, menos necesario examinarlos que las partes del proyecto a las que está consagrado este trabajo).

Es preciso añadir que hemos tenido que trabajar sobre este nuevo proyecto bajo condiciones que no nos han ofrecido la posibilidad de contar con las informaciones más indispensables. Que sea suficiente con decir que no hemos podido hacernos con el primer proyecto y que hemos tenido que fiarnos de nuestra memoria, al igual que sobre dos o tres del resto de cuestiones. Cae por su peso que todas las citas se han hecho de los textos originales y que han sido cuidadosamente verificadas.

I.- ¿PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN INTERNACIONAL O PROGRAMA DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?

La cuestión más importante del orden del día del VI Congreso es la adopción del programa. El carácter de éste puede definir y fijar por mucho tiempo la fisonomía de la Internacional.

Lo importante en un programa no es formular tesis teóricas generales (esto se reduce, en fin de cuentas, a “codificar”, es decir, a hacer una exposición condensada de verdades y de generalidades sólida y definitivamente adquiridas) sino, sobre todo, hacer el balance de la experiencia mundial económica y política del último período, en particular de la lucha revolucionaria de los cinco últimos años, tan ricos en acontecimientos y en errores. De la manera cómo el programa comprenda y juzgue estos hechos, faltas y divergencias, depende también la suerte de la Internacional Comunista durante los años próximos.

1.- Estructura general del programa

En nuestra época, que es la del imperialismo, es decir, la de la economía y la política *mundiales* dirigidas por el capital financiero, no hay un solo partido comunista que pueda establecer su programa tomando sólo o principalmente como punto de partida las condiciones o

las tendencias de la evolución de su país. Esto se aplica igualmente y por entero al partido que ejerce el poder en los límites de la URSS.

Partiendo de estas consideraciones, en enero de este año escribíamos:

“Es preciso pasar a la elaboración del programa de la Internacional Comunista (el de Bujarin no es más que un mal programa de sección nacional de la Internacional Comunista, y no el del partido comunista mundial)”

No hemos cesado de insistir en estas mismas consideraciones desde 1923-1924, años en que el crecimiento de los Estados Unidos de América del Norte se planteó en toda su amplitud, como problema de política mundial y de política europea, en el sentido más directo de esta palabra.

Al recomendar el nuevo proyecto, *Pravda* escribía:

“el programa comunista difiere radicalmente del programa de la socialdemocracia internacional no sólo en el fondo, en las tesis fundamentales, sino también por el internacionalismo característico de su estructura”.

Esta fórmula, un poco vaga, expresa evidentemente la idea que hemos expuesto un poco más arriba, y que antes se rechazaba con obstinación. Tenemos que aprobar el hecho de que se haya prescindido del primer proyecto presentado por Bujarin y que no dio, desde luego, lugar a un cambio serio de impresiones: no ofrecía siquiera materia suficiente para que se pudiera precisar lo que se pensaba de él. En tanto que el primer proyecto presentaba un cuadro árido, esquemático de un país abstracto, en evolución hacia el socialismo, el nuevo proyecto, por el contrario, intenta (desgraciadamente, sin éxito y sin espíritu de continuidad, como veremos después) tomar como base la economía mundial en su conjunto para determinar la suerte de sus diferentes partes.

Uniéndose en un sistema de dependencias y de contradicciones países y continentes que han alcanzado grados diferentes de evolución, aproximando los diversos niveles de su desenvolvimiento y alejándolos inmediatamente después, oponiendo implacablemente todos los países entre sí, la economía mundial se ha convertido en una realidad poderosa que domina a los diversos países y continentes. Este solo hecho fundamental da un carácter profundamente realista a la idea del partido comunista mundial.

Llevando la economía mundial en bloque al desarrollo supremo que puede alcanzar, basándose en la propiedad privada, el imperialismo, como dice justamente el proyecto en su introducción,

“agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y estados”.

No es posible dar un solo paso hacia la solución de los grandes problemas de la política mundial y de la lucha revolucionaria si no se asimila bien esta tesis, que apareció por primera vez con toda claridad ante la humanidad en el curso de la última guerra imperialista.

El punto de partida que se ha adoptado para el actual proyecto de programa debería necesariamente aprobarse si, aspirando a conciliar esta posición, que es la única justa, con tendencias completamente opuestas, no se hubieran introducido en él las contradicciones más lamentables, quitando así toda importancia de principio a la nueva manera de abordar la cuestión.

2.- Los Estados Unidos y Europa

Para caracterizar el primer proyecto, felizmente abandonado después, bastará decir, en la medida en que nuestra memoria es fiel, que no se mencionaba siquiera a los Estados Unidos de América del Norte. Los problemas esenciales de la época imperialista, a causa de su carácter, no se deben plantear solamente en abstracto, teóricamente, sino también examinando su contenido material e histórico; sin embargo, en el primer proyecto se perdían en el esquema exangüe de un país capitalista considerado “de una manera general”. El nuevo proyecto (y hay en esto evidentemente, un serio progreso) habla ya del *desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos de América*, de la *transformación de la república del dólar, que se convierte en explotador mundial*, del hecho de que los Estados Unidos *han conquistado ya la hegemonía mundial*. En fin, dice que la rivalidad (el proyecto emplea la desgraciada palabra “conflicto”) existente entre los Estados Unidos y el capitalismo europeo, y el capitalismo británico en primer lugar, *pasa a ser el eje de los conflictos mundiales*. Es absolutamente evidente en la

actualidad que un programa que no defina claramente y con precisión esos hechos y factores fundamentales de la situación en el mundo no tiene nada de común con el programa del partido de la revolución internacional.

Por desgracia, los autores se han limitado a designar por sus nombres, a incluir en cierto modo, en el texto del proyecto rehuyendo las dificultades teóricas, sin ligarlos íntimamente a la estructura del proyecto, sin deducir de ellos ninguna conclusión desde el punto de vista de las perspectivas y de la estrategia, los acontecimientos y tendencias esenciales, de que acabamos de hablar, de la solución mundial en el curso de la nueva época.

No hay ningún juicio sobre el *nuevo* papel desempeñado por América en Europa después de la capitulación del partido comunista y la derrota del proletariado alemán en 1923. No se explica que el período de “estabilización”, de “normalización” y “pacificación” de Europa y el “renacimiento” de la socialdemocracia han sido posibles, por qué están en correlación estrecha, desde el punto de vista material e intelectual, en los asuntos europeos¹.

Además, no se demuestra que la evolución que seguirá con los primeros pasos de la intervención norteamericana inevitablemente en el porvenir, la expansión yanqui, la disminución de los mercados del capital europeo, e incluso de los de la propia Europa, provocarán la más graves perturbaciones militares, económicas y revolucionarias que se hayan visto jamás.

No se precisa tampoco el hecho de que como los Estados Unidos continúan haciendo presión implacablemente sobre la Europa capitalista, ésta vera reducirse cada vez más su parte en la economía mundial, lo que significa, evidentemente, que las relaciones entre los estados europeos no solo no mejorarán sino que, por el contrario, adquirirán una tensión extremada, acompañada de accesos violentos que se resolverán en conflictos guerreros; en efecto, los estados, lo mismo que las clases, luchan con más furia por arrancarse una ración escasa y en disminución que cuando están abundantemente provistos.

El proyecto no explica que el caos interior, debido a los antagonismos entre los estados de Europa, le priva a ésta de toda esperanza de resistir un poco seriamente y con éxito a la república de América del Norte, cuya centralización se acentúa intensamente. Vencer el embrollo europeo por medio de los Estados Unidos Soviéticos de Europa es una de las primeras misiones de la revolución proletaria; esta está infinitamente más próxima en Europa que en América (una de las razones, y no de las menores, es precisamente la división de Europa en estados independientes), y tendrá, pues, muy probablemente, que defenderse contra la burguesía norteamericana.

Además, no señala (y éste es un aspecto no menos importante del mismo problema mundial) que precisamente la potencia de los Estados Unidos en el mundo, y su expansión irresistible les obligan a introducir en los basamentos de su edificio los almacenes de pólvora del universo entero: todos los antagonismos de occidente y de oriente, la lucha de clases en la vieja Europa, las insurrecciones de los pueblos coloniales, todas las guerras y todas las revoluciones. En el curso de la nueva época el capitalismo de América del Norte constituirá la fuerza fundamental de la contrarrevolución, cada vez más interesada en que se mantenga el “orden” en todos los puntos del globo terrestre; pero, por otro lado, se prepara el inmenso estallido revolucionario de esta potencia mundial que domina ya el mundo y no cesa de crecer. La lógica de las relaciones existentes en el mundo indica que esta conflagración no se retrase mucho de la revolución proletaria en Europa.

Por haber precisado la dialéctica de las relaciones mutuas que unen a Europa y a los Estados Unidos, se han elevado contra nosotros, en los últimos años, las acusaciones más diversas: la de negar, como pacifistas, las contradicciones existentes en Europa; la de aceptar la teoría del superimperialismo de [Kautsky](#), y otras muchas. No hay ninguna razón para que no nos detengamos a refutar esas “acusaciones” que, en el mejor de los casos, tiene su origen en una ignorancia completa de los procesos reales, así como de nuestra manera de verlos. Sin embargo, nos vemos obligados a indicar que sería difícil emplear más esfuerzos para embrollar y complicar ese problema mundial de extraordinaria importancia que los que emplearon, entre otros, los

¹ Ver “Europa y América” en [¿A dónde va Inglaterra? Europa y América](#) en estas OELT-EIS.

autores del proyecto de programa en la lucha mezquina, sostenida contra nuestra manera de plantear la cuestión. No obstante, el desarrollo de los hechos la ha confirmado enteramente.

En estos últimos tiempos, los principales órganos de la prensa comunista se esfuerzan en disminuir (sobre el papel) la importancia de la hegemonía de América aludiendo a la crisis comercial e industrial que se avecina en los Estados Unidos. No podemos detenernos aquí a examinar la duración de la crisis norteamericana y la profundidad que puede llegar a alcanzar. Eso es un problema que concierne a la situación y no al programa. Evidentemente, no dudamos que la crisis es inevitable, no negamos la posibilidad de que sea muy extensa y profunda, en relación con la extensión mundial que ha adquirido el capitalismo americano. Pero deducir que la hegemonía de los Estados Unidos decrece o se debilita no es verdad, y puede suscitar errores muy groseros de orden estratégico, porque es justamente lo contrario lo que sucede. *Durante la época de la crisis, la hegemonía de los Estados Unidos se hará sentir más completa, más clara y más implacablemente que en un período de prosperidad.* Estados Unidos liquidará y vencerá sus dificultades y sus perturbaciones ante todo en detrimento de Europa, y nada importa que esto ocurra en Asia, en Canadá, en América del Sur, en Australia, o en la misma Europa, o que sea por procedimientos “pacíficos” o militares.

Es preciso comprender claramente que si el primer período de intervención norteamericana tuvo para Europa consecuencias estabilizadoras y pacificadoras, que en gran parte subsisten aún, y que pueden incluso episódicamente renacer y reforzarse (sobre todo en caso de nuevas derrotas del proletariado), por el contrario, la línea general de la política de Norteamérica, sobre todo si su economía encuentra dificultades y atraviesa crisis, provocará en Europa, así como en el mundo entero, profundas conmociones.

La conclusión que se deduce de ello es que no faltarán situaciones revolucionarias durante la próxima década, como no han faltado durante la que acaba de transcurrir. Por eso mismo, es necesario comprender juiciosamente los resortes fundamentales del desarrollo de los acontecimientos para no ser cogidos de improviso por su acción. Si, durante la década pasada, las consecuencias inmediatas de la guerra imperialista fueron la fuente principal de las situaciones revolucionarias, por el contrario, en el curso de la segunda década después de la guerra, esas situaciones surgirán, sobre todo, de las relaciones recíprocas entre Europa y América. Una gran crisis en los Estados Unidos sería la señal de nuevas guerras y revoluciones. Lo repetimos: no faltarán situaciones revolucionarias. Todo depende del partido internacional del proletariado, de la madurez y de la capacidad de lucha de la Internacional Comunista, de la justeza de su estrategia y de sus métodos tácticos.

El proyecto de programa de la Internacional Comunista no expresa ninguna de estas ideas. Sólo se señala en él un hecho tan importante como “el desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos” en una observación periodística, de pasada, sin más ni más. Es completamente imposible justificar esto por la falta de espacio; en efecto, ¿no son las cuestiones fundamentales las que precisamente deben tratarse en un programa? A este respecto es preciso señalar que el proyecto se extiende demasiado sobre los problemas de segundo y de tercer orden, aunque deja algunos de lado. En general, el estilo es excesivamente impreciso, sin hablar de las numerosas repeticiones; suprimiéndolas, se podría reducir el texto en una tercera parte.

3.- La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa

No hay justificación posible para la supresión del nuevo proyecto de programa de la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa, que ya fue aceptada por la Internacional Comunista en 1923, después de una lucha interior bastante larga. ¿Es que quieren “volver” los autores a la actitud de Lenin en 1915? Pero para eso sería preciso comprenderla bien.

Como es sabido, durante el primer período de la guerra, Lenin vaciló en aceptar esa consigna. Introducida en la tesis de *El Socialdemócrata*, órgano central del partido en aquella época, Lenin la rechazó después. Este hecho sólo demuestra que no se trataba de la imposibilidad de admitirla en general, por razones de principio, sino que era preciso juzgarla estrictamente desde el punto de vista táctico; sopesar los lados positivos y negativos, examinándola desde el punto de vista de la etapa que se atravesaba entonces. Es inútil precisar que Lenin consideraba que los

Estados Unidos no se realizarían en el marco de la Europa capitalista. Yo juzgaba el problema de la misma manera cuando expuse la fórmula de los Estados Unidos exclusivamente como forma de estado, en el porvenir, de la dictadura de proletariado en Europa. Decía:

“Una unión económica de Europa un poco completa, por arriba, como resultado de un acuerdo entre gobiernos capitalistas, es una utopía. En este terreno, no se irá más allá de los compromisos parciales y de las medias tintas. Por eso mismo, la unión económica de Europa, que promete ventajas enormes al productor y al consumidor, así como, en general, al desenvolvimiento de la cultura, es la misión revolucionaria del proletariado europeo en lucha contra el proteccionismo imperialista y su instrumento, el militarismo”.

Y, más lejos:

“Los Estados Unidos de Europa constituyen, ante todo, una forma, la única que se puede concebir, de la dictadura del proletariado europeo”.

Pero, durante ese período, Lenin veía ciertos peligros en presentar la cuestión bajo esta forma. Teniendo en cuenta que no se había hecho la experiencia de la dictadura del proletariado en un solo país, y también la falta de claridad teórica ante ese problema, incluso en el ala izquierda de la socialdemocracia de entonces, la consigna de los Estados Unidos de Europa *podía* dar nacimiento a la concepción de que la revolución proletaria debía comenzar simultáneamente, al menos, en todo el continente europeo. Precisamente Lenin ponía en guardia contra ese peligro de interpretación. Pero sobre esta cuestión no había ni sombra de desacuerdo entre Lenin y yo. Yo escribía entonces:

“Que ningún país debe “esperar” a los otros para empezar su lucha es una verdad elemental, que es útil y necesario repetir para que no se pueda sustituir la idea de la acción internacional paralela por la de la inacción internacional en la espera. Sin aguardar a los otros, comenzamos a luchar y continuamos luchando en el terreno nacional, con la certidumbre absoluta de que nuestra iniciativa dará un impulso a la lucha en los otros países”.

Después vienen mis palabras, que Stalin citó en el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista como la expresión más perversa del “trotskysmo”; es decir, de la “desconfianza” en las fuerzas internas de la revolución y la esperanza en recibir socorro de fuera:

“Y si esto (la extensión de la revolución a otros países) no se produce, no hay ninguna esperanza (como lo prueban la experiencia de la historia y las consideraciones teóricas) de que una Rusia revolucionaria pueda resistir frente a una Europa conservadora o de que una Alemania socialista pueda subsistir aislada en el mundo capitalista”.

En esta cita y en dos o tres del mismo género se basa la condena pronunciada por el VII Plenario contra el “trotskysmo”, que, al parecer, ha adoptado en esta “cuestión fundamental” una actitud que “no tiene nada de común con el leninismo”. Detengámonos un instante, pues, a oír al propio Lenin.

El 7 de marzo de 1918, Lenin decía, a propósito de la paz de Brest-Litovsk:

“Es una lección, pues no cabe duda alguna de que sin la revolución alemana pereceremos”.

Una semana después:

“El imperialismo universal y la marcha triunfal de la revolución social no pueden coexistir”.

Algunas semanas después, el 23 de abril, Lenin declaraba:

“Nuestra condición de país atrasado nos ha empujado hacia adelante, pero *pereceremos* si no sabemos resistir hasta el momento en que encontremos el poderoso apoyo de los obreros insurrectos de los otros países”.

Pero, ¿se pronunciaban acaso estas palabras bajo la impresión de la crisis de Brest-Litovsk? No; en marzo de 1919, Lenin repite de nuevo:

“Vivimos no en un estado, sino en un sistema de estados; no se puede concebir que una república soviética exista durante largo tiempo al lado de estados imperialistas. En fin de cuentas, una u otros vencerán”.

Un año después, el 7 de abril de 1920, Lenin recordaba aún:

“El capitalismo, considerado en su conjunto mundial, continúa siendo más fuerte que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta constatación fundamental y no olvidarla jamás”.

El 27 de noviembre de 1920, Lenin decía a propósito del problema de las concesiones:

“Ahora hemos pasado de la guerra a la paz, pero no hemos olvidado que la guerra volverá nuevamente. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podemos vivir tranquilamente;

a fin de cuentas, uno u otro vencerá. Se cantará el Réquiem, ya de la república de los soviets, ya de capitalismo mundial. Esto es un aplazamiento de la guerra”.

Pero, ¿es que acaso la existencia ulterior de la república de los soviets ha incitado a Lenin a “reconocer su error”, a renunciar a “la desconfianza en las fuerzas interiores” de la Revolución de Octubre?

Lenin decía ya en el III Congreso de la Internacional Comunista, es decir, en julio de 1921:

“Se ha creado un equilibrio extremadamente precario, sumamente inestable; un equilibrio tal que la república socialista puede existir, aunque seguramente no por mucho tiempo, rodeada de países capitalistas”.

Pero hay más: el 5 de julio de 1921, Lenin declaró abiertamente, en una sesión del congreso:

“Para nosotros estaba claro que sin la ayuda de la revolución mundial era imposible el triunfo de nuestra revolución proletaria. Tanto antes como después de la revolución pensábamos: inmediatamente, o al menos en muy poco tiempo, se producirá una revolución en los países atrasados y en los que están más desarrollados desde el punto de vista capitalista, o, en el caso contrario, tendremos que perecer. Aunque teníamos conciencia de ello, hemos hecho todo siempre por conservar a toda costa el sistema soviético, pues sabemos que trabajamos no solamente para nosotros mismos sino también para la revolución internacional”.

Cuán lejos están estas palabras, grandes en su simplicidad y enteramente saturadas de espíritu internacionalista, de los hallazgos actuales de los epígonos satisfechos de sí mismos.

En todo caso, tenemos derecho a preguntar: ¿en qué difieren todas esas declaraciones de Lenin de la convicción que yo expresaba en 1915 de que la futura Rusia revolucionaria o la Alemania socialista no podrían subsistir “aisladas en el mundo capitalista”? Los plazos no son los fijados ni en mis previsiones ni en las de Lenin; pero la idea fundamental conserva todo su vigor, ahora acaso más que nunca. En lugar de condenarla, como lo hizo el VII Plenario, basándose en un informe que carecía de competencia y buena fe, es indispensable introducirla en el programa de la Internacional Comunista.

Para defender la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa en 1915 señalábamos que la ley de la desarrollo desigual no constituye por sí misma un argumento en contra; en efecto, la *desigualdad* del desenvolvimiento histórico *es, a su vez, desigual* con relación a diversos estados y continentes; los países de Europa se desarrollan desigualmente en comparación unos de otros; sin embargo, se puede decir con una certidumbre absoluta, desde el punto de vista de la historia, que ninguno de esos países podrá, al menos en el curso de la época histórica que podemos prever, adelantar a los otros tanto como América del Norte ha adelantado a Europa. Hay *una* escala de desigualdad para América y otra para Europa. Las condiciones históricas y geográficas han determinado de antemano entre los países de Europa una relación orgánica tan íntima que les es absolutamente imposible salir de ella. Los actuales gobiernos europeos burgueses parecen asesinos atados con la misma cuerda. La revolución en Europa (como ya se ha dicho) tendrá igualmente, en *última instancia, en lo inmediato*, una importancia decisiva para América. Pero, desde el punto de vista inmediato, en el cálculo histórico más cercano, la revolución en Alemania será mucho más importante para Francia que para los Estados Unidos de Norteamérica. De esta relación, creada por la historia, se deduce la vitalidad política de la consigna de la Federación Soviética de Europa. Hablamos de vitalidad *relativa*, pues ni que decir tiene que esta federación se extenderá a través del inmenso puente de una Unión Soviética hacia Asia y entrará después en la Unión Mundial de las Repúblicas Socialistas. Pero eso ya será el gran capítulo siguiente de la época imperialista; cuando lo abordemos de lleno encontraremos las fórmulas convenientes para él.

Con otras citas se podría demostrar que el desacuerdo con Lenin en 1915, con respecto a los Estados Unidos de Europa, era estrictamente del dominio de la táctica y tenía, por su naturaleza misma, un carácter provisional; pero el curso seguido por los acontecimientos es una prueba mejor: en 1923, la Internacional Comunista hizo suya la fórmula en litigio. Si en 1915 era inadmisibles por razones de principio, como ahora tratan de explicarlo los autores del proyecto de programa, la Internacional Comunista no habría podido adoptarla ocho años después; es preciso creer que la ley del desarrollo desigual no había cesado de obrar durante ese lapso de tiempo.

La manera de plantear la cuestión esbozada más arriba parte de la dinámica del proceso revolucionario, analizado en su conjunto. Se considera la revolución internacional como un proceso que posee su ligazón en el interior de sí mismo, que no puede preverse en su conjunto determinando de antemano la sucesión de todas sus fases, pero cuyos rasgos históricos generales son perfectamente claros. Sin comprender éstos, en política es absolutamente imposible orientarse juiciosamente.

Pero las cosas cambian radicalmente si se toma como punto de partida la idea de la revolución socialista realizada e incluso terminada en un sólo país. Existe ahora una “teoría” según la cual la construcción completa del socialismo es posible en un solo país, y las relaciones entre éste y el mundo capitalista pueden basarse en la “neutralización” de la burguesía mundial (Stalin). Si se adopta ese punto de vista, que es, en el fondo, nacionalista reformista y no revolucionario internacionalista, desaparece, o al menos se atenúa, la necesidad de la consigna de los Estados Unidos de Europa. Pero justamente ésta nos parece importante, vital, porque contiene la condenación de la idea de la revolución socialista reducida a un solo país. Para el proletariado de cada país europeo, en un grado mucho más pronunciado aún que para la URSS (sin que haya, sin embargo, más que una diferencia de grado), la extensión de la revolución a los países vecinos y el apoyo que cada uno aportará con la fuerza de las armas es la necesidad más urgente, y no sólo por consideraciones de solidaridad internacional abstracta, que por sí sola no puede hacer entrar en movimiento a las clases, sino motivada por una exigencia vital formulada centenares de veces por Lenin: no podremos mantenernos si la revolución internacional no nos ayuda *en tiempo oportuno*. La idea de los Estados Unidos Soviéticos responde a esta dinámica de la revolución proletaria; ésta no surge simultáneamente en todos los países, sino que se extiende de uno a otro y exige que exista el contacto más íntimo entre ellos, en primer lugar, en el territorio europeo, tanto para defenderse contra los poderosos enemigos exteriores como por las necesidades de la organización de economía.

Es verdad que se podrá objetar que después de la crisis del Ruhr, que fue precisamente la última tentativa para hacer adoptar esa fórmula, ésta no ha desempeñado ya ningún papel importante en la agitación de los partidos comunistas europeos y no pudo, en cierto modo, echar raíces. Pero ocurre absolutamente lo mismo con las consignas “gobierno obrero”, “soviets”, etc., es decir, con todas las que deben *preceder directamente a la revolución*. El desafecto en que cayó la idea de los Estados Unidos Soviéticos de Europa se explica por el hecho que, contrariamente al juicio político erróneo del V Congreso, el movimiento revolucionario se ha ido debilitando desde fines de 1923 en Europa. Pero justamente por eso sería funesto establecer un programa o algunas de sus partes dejándose impresionar sólo por este período. La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa fue adoptada, a pesar de todas las prevenciones, justamente en 1923, cuando se esperaba que la revolución estallase en Alemania, y cuando los problemas de las relaciones recíprocas entre los estados de Europa habían adquirido una aspereza particular; por consiguiente, la consigna no fue adoptada al azar. Toda nueva acentuación de la crisis interna de Europa, y, con mayor razón, de la crisis mundial, si es bastante profunda para plantear de nuevo los problemas fundamentales de la política, creará condiciones absolutamente favorables para la adopción de la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa. Es, pues, un error radical pasarla en silencio en el proyecto de programa, sin rechazarla, no obstante, o, dicho de otro modo, guardarla en reserva, “por si acaso”. En las cuestiones de principio, la política de reservas no vale para nada.

4.- El criterio del internacionalismo

Como ya sabemos, el proyecto supone una tentativa (que merece elogios de todas maneras): la de tomar como punto de partida, en su estructura, la economía mundial y sus tendencias interiores. *Pravda* tiene completamente razón cuando dice que es en eso en lo que nos distinguimos en principio de la socialdemocracia nacional y patriota. Sólo partiendo de la economía mundial, que domina a sus diversas partes, se puede establecer el programa del partido internacional del proletariado. Pero, precisamente, al juzgar las tendencias esenciales de la evolución del mundo, el proyecto no sólo revela las lagunas que le deprecian como hemos

señalado más arriba, sino que, en ciertos puntos, es groseramente unilateral y comete así burdos errores y deformaciones.

Repetidas veces, y no siempre oportunamente, el proyecto se refiere a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, presentándola como su ley fundamental, que determina poco más o menos todo. Una serie de errores del proyecto, y, entre ellos, uno que es esencial desde el punto de vista teórico, se basan en una concepción unilateral y errónea, ni marxista ni leninista, de la ley del desarrollo desigual.

En su capítulo primero el proyecto dice:

“La desigualdad en el desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo.

Esta desigualdad aumenta y se acentúa aún más en la época del imperialismo”.

Es cierto. Esta fórmula condena la manera en que Stalin planteó recientemente la cuestión, afirmando que la llamada ley del desarrollo desigual había sido desconocida de Marx y Engels y descubierta por Lenin. El 15 de septiembre de 1925, Stalin decía que Trotsky está mal inspirado al basarse en Engels, que *escribía en una época en que no se podía siquiera plantear la cuestión (!) de la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas*. Aunque esas palabras parezcan inverosímiles, sin embargo, Stalin, uno de los autores del proyecto, las repitió más de una vez. El texto del proyecto da en ese punto, como vemos, un paso adelante. Si, no obstante, se deja de lado esta corrección que repara una falta elemental, lo que el proyecto dice de la ley del desarrollo desigual es, en el fondo, unilateral e incompleto.

En primer lugar, sería más justo decir que toda la historia de la humanidad se desarrolla en medio de una evolución desigual. El capitalismo sorprende ya a las diferentes partes de la humanidad en grados diferentes de evolución, cada uno de los cuales contiene profundas contradicciones internas. La gran variedad del nivel alcanzado y la desigualdad extraordinaria del ritmo de desenvolvimiento de las diversas partes de la humanidad, en el curso de los diferentes periodos, constituyen *la posición de partida* del capitalismo. Sólo gradualmente éste se hace dueño de la desigualdad que ha heredado, la torna evidente y la modifica empleando sus propios métodos y marchando por sus propias rutas. Distinguiéndose en esto de los sistemas económicos que le precedieron, el capitalismo tiene la propiedad de tender continuamente hacia la expansión económica, de penetrar en regiones nuevas, de vencer las diferencias económicas, de transformar las economías provinciales y nacionales, encerradas en sí mismas, en un sistema de vasos comunicantes, y así acercar e igualar el nivel económico y cultural de los países más avanzados y más atrasados. No se puede concebir sin ese proceso fundamental la nivelación relativa, primero de Europa y de Inglaterra, después de América y de Europa, la industrialización de las colonias, que disminuye la diferencia existente entre la India y Gran Bretaña, así como todas las consecuencias de los procesos enumerados, en las cuales se basa no sólo el programa de la Internacional Comunista, sino su propia existencia.

Mediante el acercamiento económico de los países y la igualación del nivel de su desarrollo, el capitalismo obra con *sus* métodos, es decir, con métodos anárquicos, que zapan continuamente su propio trabajo, oponiendo un país y un ramo de la producción a otro, favoreciendo el desarrollo de ciertas partes de la economía mundial, frenando o paralizando el de otras. Sólo la combinación de esas dos tendencias fundamentales, centrípeta y centrífuga, nivelación y desigualdad (consecuencias ambas de la naturaleza del capitalismo), nos explica el vivo entrelazamiento del proceso histórico.

El imperialismo acentúa además *esas dos* tendencias a causa de la universalidad, movilidad y dispersión del *capital financiero*, esa fuerza viva del imperialismo. Con mucha más rapidez y profundidad, el imperialismo une en un todo a los diversos grupos nacionales y continentales; crea entre ellos una dependencia vital de las más íntimas; aproxima sus métodos económicos, sus formas sociales y sus niveles de evolución. Al mismo tiempo, persigue ese “fin”, que es suyo, por procedimientos tan antagónicos, dando tales saltos, efectuando tales razzias en los países y regiones atrasados que él mismo perturba la unificación y la nivelación de la economía mundial, con violencias y convulsiones que no conocieron las épocas precedentes. Sólo esta concepción dialéctica, y no abstracta y mecánica, de la ley del desarrollo desigual permite evitar el error radical al cual no ha podido escapar el proyecto de programa propuesto al VI Congreso.

Inmediatamente después de haber caracterizado esta ley de la manera unilateral que hemos señalado más arriba, el proyecto dice:

“De ahí se deduce que la revolución internacional del proletariado no puede considerarse como un acto que se realiza simultáneamente en todas partes a la vez. De ahí resulta que el triunfo del socialismo es posible en algunos países poco numerosos e incluso en un solo país capitalista, considerado aisladamente”.

Que es imposible que la revolución proletaria internacional sea un acto simultáneo nadie puede negarlo, sobre todo después de la experiencia de la Revolución de Octubre, realizada por la clase obrera de un país atrasado, bajo la presión de la necesidad histórica, sin esperar a que el proletariado de los países avanzados “rectificase el frente”. Es absolutamente justo y oportuno recurrir a la ley de desarrollo desigual en este aspecto. Pero no lo es en la segunda parte de la conclusión, donde se asegura, sin fundamento, que el triunfo del socialismo es posible en “un solo país capitalista, considerado aisladamente”. Como prueba, el proyecto dice simplemente: “de ahí resulta”; es decir, que ello se desprende de la llamada ley del desarrollo desigual. Sin embargo, eso no es verdad. “De ahí resulta” directamente lo contrario. Si los diversos países evolucionasen no sólo desigualmente aislados sino incluso independientemente unos de otros, entonces, sin ninguna duda, habría que deducir de la ley del desarrollo desigual la posibilidad de construir el sistema socialista en un solo país, considerado aisladamente: en primer lugar, en el más avanzado, después, a medida que fuesen llegando a la madurez, en los más atrasados. Esta era la concepción corriente del paso al socialismo en la socialdemocracia de antes de la guerra y constituía, precisamente, la consagración teórica del socialpatriotismo. Claro está que el proyecto no adopta ese punto de vista, pero resbala hacia él.

El error teórico que se comete es intentar extraer de la ley del desarrollo desigual lo que ésta no contiene y no puede contener. La evolución desigual, a saltos, de los diversos países quebranta continuamente los lazos que los unen, su interdependencia económica creciente; pero sin suprimirlos, ni mucho menos: al día siguiente de una carnicería infernal que duró cuatro años, esos países se ven obligados a cambiar carbón, trigo, petróleo, pólvora y tirantes. En este punto fundamental, el proyecto presenta los hechos como si la evolución histórica se realizase a saltos; pero el terreno económico que los provoca y en el cual se realizan sale completamente del campo visual de los autores del proyecto, o éstos lo eliminan abusivamente. Se procede así para defender la indefendible teoría del socialismo en un solo país.

Después de lo que queda dicho, no será difícil comprender que la única manera justa de plantear el problema es la siguiente: durante la época preimperialista, [Marx y Engels](#) ya habían llegado a la conclusión que, por una parte, la irregularidad, es decir, las sacudidas de la evolución histórica, extenderán la revolución proletaria a toda una época, durante la cual las naciones entrarán unas tras otras en el torrente revolucionario; pero, por otra parte, la interdependencia orgánica de los diversos países, que se ha desarrollado hasta el punto de convertirse en división internacional del trabajo, excluye la posibilidad de establecer el régimen socialista en un solo país; por consiguiente con más razón ahora, en el curso de la nueva época, cuando el imperialismo ha extendido, profundizado y avivado esas dos tendencias antagónicas, la doctrina de Marx, que enseña que sólo se puede comenzar, pero en ningún caso acabar, la revolución socialista en los límites de una nación, es *dos y tres veces más verdadera aún*. Lenin no ha hecho más que ampliar y concretar la manera en que Marx planteó la cuestión y la solución que le dio.

El programa de nuestro partido adopta enteramente como punto de partida la idea de que la Revolución de Octubre y la construcción del socialismo están condicionadas por la situación internacional. Para demostrarlo bastaría simplemente volver a copiar la parte teórica de nuestro programa. Señalemos solamente que cuando, en el VIII Congreso del partido, el difunto Podbielsky sospechó que ciertas fórmulas del programa no se referían más que a la revolución en Rusia, Lenin le respondió, en el discurso de clausura (19 de marzo de 1919):

“Podbielsky ha combatido uno de los párrafos, que habla de la revolución social que se prepara... Indudablemente, este argumento no tiene base, pues *en nuestro programa se habla de revolución social de dimensión mundial*”.

No será superfluo mencionar que, poco más o menos, hacia la misma época Lenin proponía que se llamase a nuestro partido, no partido comunista ruso, sino partido comunista simplemente, para subrayar con mayor fuerza que es el partido de la revolución internacional. En el comité central, Lenin sólo tuvo mi voto a favor de esta proposición. Sin embargo, no planteó esta cuestión ante el congreso teniendo en cuenta que en ese momento se organizaba la Tercera

Internacional. Siendo ésta la posición del partido no podía surgir la idea del socialismo en un solo país. Sólo por eso el programa del partido *no condena* esta teoría, sino que la ignora simplemente.

Pero en el programa de las Juventudes Comunistas, adoptado dos años más tarde, para educar a los jóvenes en el espíritu del internacionalismo ya fue necesario ponerles directamente en guardia contra las ilusiones y el espíritu nacionales estrechos en la cuestión de la revolución proletaria. Ya hablaremos de esto más adelante.

No se ha procedido así en el nuevo proyecto de programa de la Internacional Comunista. De conformidad con la evolución reformista que sufrieron sus autores desde 1924, se entra, como vemos, en un camino directamente opuesto. Sin embargo, la manera en que se resuelva el problema del socialismo en un solo país determina el valor del proyecto entero como documento marxista o revisionista.

Ciertamente, el proyecto, con cuidado y obstinación, pone de manifiesto, señala y explica las diferencias entre la forma comunista y la reformista de plantear las cuestiones. Pero eso no resuelve el problema. Es como si un barco abundantemente provisto de aparatos y mecanismos marxistas tuviese las velas abiertas a todos los vientos revisionistas y reformistas. Quien, sirviéndose de la experiencia adquirida durante las tres últimas décadas, y, sobre todo, de la experiencia convincente de China en el curso de los últimos años, haya aprendido a comprender la poderosa interdependencia dialéctica que existe entre la lucha de clases y los programas de los partidos, nos comprenderá también cuando digamos que el nuevo velamen revisionista puede parar el funcionamiento de los aparatos de seguridad y de salvamento del marxismo y del leninismo. He aquí por qué nos vemos obligados a ocuparnos más en detalle de esta cuestión esencial, que determinará por mucho tiempo el desarrollo y el destino de la Internacional Comunista.

5.- La tradición teórica del partido

En la cita señalada más arriba, el proyecto de programa usa la expresión “victoria del socialismo en un solo país” con la clara intención de señalar una identidad con el artículo de Lenin de 1915: identidad puramente superficial y verbal de hecho. Así se ha abusado de Lenin de una manera cruel, por no decir criminal, en el curso de las discusiones acerca la organización de la sociedad socialista en un solo país. El proyecto recurre al mismo procedimiento en otro caso, cuando “alude” a las palabras de Lenin para consolidar su posición. Esta es su “metodología” científica.

De toda la rica literatura marxista, del tesoro de los trabajos de Lenin, dejando de lado todo lo que Lenin escribió, dijo e hizo; sin acordarse para nada de los programas del partido y de las juventudes comunistas, olvidando lo que todos los dirigentes del partido, sin excepción, habían expresado en la época de la revolución de octubre, cuando se planteó claramente (¡y cuán claramente!) la cuestión; pasando por encima de lo que los mismos autores del proyecto, Stalin y Bujarin, habían dicho hasta 1924 inclusive, no se presenta, en todo y por todo, para defender la teoría del socialismo nacional que nació a fines 1924 o a principios de 1925, de las necesidades de la lucha contra el llamado trotskismo, más que dos citas de Lenin, una del artículo sobre los Estados Unidos de Europa, escrito en 1915, otra de su obra póstuma, inacabada, sobre la cooperación. Se deja simplemente de lado todo lo que contradice esas dos citas de algunas líneas, todo el marxismo, todo el leninismo. En la base de una nueva teoría, puramente revisionista, que provoca consecuencias políticas cuya trascendencia no puede entresverse todavía, se ponen esas dos citas, artificialmente aisladas del contexto, interpretadas por los epígonos de una manera groseramente errónea. Así, ante nuestros ojos, se trata de injertar en el tronco marxista, recurriendo a métodos escolásticos y sofisticos, una rama de una especie muy distinta, y si este injerto resulta, infectará y matará a todo el árbol.

En el VII Plenario, Stalin declaró (y no por primera vez):

“La cuestión de la organización de la economía socialista en un solo país fue ya planteada en el partido, *por primera vez*, por Lenin, en 1915”. (subrayado por mí).

Así, pues, se admite aquí que *antes* de 1915 no se planteó la cuestión del socialismo en un solo país. Esto significa que ni Stalin ni Bujarin pretenden reclamarse de toda la tradición

precedente del marxismo y del partido ante el problema del carácter internacional de la revolución proletaria. Tomemos nota de esto.

Pero, ¿qué declaró Lenin, “por primera vez”, en 1915, contradiciendo lo que Marx y Engels habían dicho y lo que habla dicho él mismo hasta ese año?

En 1915, Lenin escribió:

“La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De ahí resulta que la victoria del socialismo es posible primero en algunos países capitalistas poco numerosos, e incluso en uno solo, considerado aisladamente. El proletariado triunfante en un país, después de haber expropiado a los capitalistas y *organizado la producción socialista*, se alzará contra el resto del mundo capitalista, atraerá a las clases oprimidas de los otros países, sublevándolas contra los capitalistas e interviniendo incluso, en caso de necesidad, por la fuerza militar contra las clases explotadoras y sus estados”. (subrayado por mí).

¿A qué se refiere Lenin al escribir esto? Simplemente, a que la victoria del socialismo, en el sentido del establecimiento de la dictadura del proletariado, sólo es posible, en primer lugar, en un solo país, que se encontrará así en oposición con el mundo capitalista. El estado proletario, para rechazar los asaltos del enemigo y pasar a la ofensiva revolucionaria, deberá previamente organizar en su país “la producción socialista”, es decir, dirigir él mismo el trabajo en las fábricas arrebatadas a los capitalistas. Es todo. Como es sabido, esa “victoria del socialismo” la obtuvimos por primera vez, en Rusia; el primer estado obrero, para rechazar la intervención armada mundial, tuvo, en primer lugar, que organizar “la producción socialista” o bien, trust de tipo socialista consecuente. Lenin entendía, pues, por victoria del socialismo en un solo país, no una fantasmagoría, una sociedad socialista que tuviera como fin su propia existencia (sobre todo en un país atrasado), sino algo mucho más realista: lo que la Revolución de Octubre realizó en nuestro país desde el primer período de su existencia.

¿Acaso es preciso aportar más pruebas para demostrar esto? Las hay tan numerosas que sólo la elección es difícil.

En su tesis sobre la guerra y la paz (7 de enero de 1918), Lenin habla de “la necesidad en Rusia, de cierto lapso de tiempo, no menos de algunos meses, para el éxito del socialismo...”.

A principios del mismo año 1918, en un artículo dirigido contra Bujarin y titulado: *Sobre el infantilismo izquierdista y de la pequeña burguesía*, Lenin escribía:

“Establecer en nuestro país, por ejemplo, en seis meses, el capitalismo de estado, sería un éxito inmenso y la garantía más segura de que de aquí a un año el socialismo se consolidaría definitivamente en Rusia y sería invencible”.

¿Cómo podía fijar Lenin un plazo tan breve para consolidar “definitivamente” el socialismo? ¿Qué sentido material, social, relativo a la producción, daba a esas palabras?

Esta cuestión presentará otro aspecto si se recuerda que, el 29 de abril del mismo año 1918, Lenin decía, en su informe al Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets:

“La generación que nos sigue inmediatamente, y que estará más desarrollada que nosotros, pasará apenas completamente al socialismo”.

El 3 de diciembre de 1919, en el congreso de los arteles agrícolas y de las explotaciones colectivas, Lenin se expresó con más vigor aún:

“Sabemos que no podemos introducir ahora el orden socialista; Dios quiera que se establezca en nuestro país en vida de nuestros hijos, o, al menos, en la de nuestros nietos...”.

¿En cuál de esos dos casos tenía Lenin razón; cuando fijaba un plazo de doce meses para consolidar “definitivamente” el socialismo o cuando encargaba, no a nuestros hijos, sino a nuestros nietos, el establecimiento del orden socialista?

Lenin tenía razón en los dos casos, pues se refería a etapas diferentes, completamente inconmensurables, de la construcción del socialismo.

En el primer caso, Lenin entendía por “consolidar definitivamente el socialismo”, no la organización de la sociedad socialista en el plazo de un año, e incluso en “algunos meses” (es decir, no la supresión de las clases, no la liquidación de las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo) sino *la puesta en marcha de las fábricas y usinas en manos del estado proletario*, garantizando así la posibilidad de cambiar productos entre las ciudades y las aldeas. La escasa duración del plazo fijado constituye por sí misma una clave que permite interpretar sin error el pensamiento del autor.

Incluso para esta tarea muy elemental se había previsto un plazo demasiado corto a principios de 1918. De esta “falta” puramente práctica se burlaba Lenin, en el IV Congreso de la Internacional Comunista, diciendo: “éramos más tontos que ahora”. Pero “habíamos” visto con justeza la perspectiva general, sin creer, ni mucho menos, que se pueda en doce meses erigir integralmente “el orden socialista”, y, por añadidura, en un país atrasado. Lenin contaba para alcanzar el objetivo fundamental y final (la realización de la sociedad socialista) con tres generaciones: nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos.

¿No está claro que en su artículo de 1915 Lenin entiende por organización de “la producción socialista” no la creación de una sociedad socialista, sino una obra infinitamente más simple, que ya hemos realizado en la URSS? De otro modo, sería necesario llegar a la conclusión absurda de que, según Lenin, el partido proletario, después de haber conquistado el poder, debe “aplazar” la guerra revolucionaria hasta la tercera generación.

Así, piadosamente, de punto de apoyo fundamental de la nueva teoría sólo queda la cita de 1915. Pero lo que la hace más lamentable aún es que, según Lenin, esta cita no se refería de ninguna manera a Rusia. Hablaba de Europa por oposición a Rusia, como se desprende no solamente del contenido del artículo consagrado a los Estados Unidos de Europa, sino de la actitud que observaba Lenin entonces. Algunos meses después, el 20 de noviembre de 1915, Lenin escribía especialmente sobre Rusia:

“De esta situación de hecho se deduce, evidentemente, la misión del proletariado: lucha revolucionaria audaz, sin vacilación, contra la monarquía (consigna de la conferencia de enero de 1912, los “tres pilares”), lucha que arrastrará a todas las masas democráticas, es decir, sobre todo a los campesinos. Y, al mismo tiempo, lucha implacable contra el chauvinismo, lucha por la *revolución socialista en Europa* en alianza con su proletariado... La crisis militar ha reforzado los factores económicos y políticos (la pequeña burguesía) que la empujan, así como a los campesinos, hacia la izquierda. Esta es la base objetiva que hace perfectamente posible la *victoria de la revolución democrática en Rusia*. No es necesario que demostremos aquí que *las condiciones objetivas de la revolución socialista están completamente maduras en Europa occidental*; todos los socialistas influyentes, en todos los países avanzados, lo admitían antes de la guerra”. (subrayado por mí).

Así, pues, en 1915, Lenin hablaba claramente de la revolución democrática en Rusia y de la revolución socialista en Europa occidental, y señalaba, de paso, como algo que cae por su propio peso, que, en Europa occidental, a diferencia de Rusia, en oposición con Rusia, las condiciones para la revolución socialista están “completamente maduras”. Pero los autores de la nueva teoría, que son, al mismo tiempo, los del programa, dejan simplemente de lado, entre otras muchas, esta cita, que se refiere directamente a Rusia, y obran del mismo modo con centenares de otras del conjunto de las obras de Lenin. Por el contrario, como hemos visto, se apoderan de una cita que concierne a Europa occidental, le dan un sentido que no tiene ni puede tener; atribuyen su significación arbitraria a Rusia, a la cual no se refiere y sobre estos “cimientos” erigen su nueva teoría.

¿Cómo planteaba Lenin esta cuestión durante el período que precedió inmediatamente a la Revolución de Octubre? Al partir de Suiza, después de la revolución de febrero, Lenin se dirigió a los obreros suizos en una carta en la que decía lo siguiente:

“Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede triunfar en él directamente, enseguida. Pero el carácter campesino del país dadas las inmensas propiedades agrarias conservadas por los nobles terratenientes, puede, como lo prueba la experiencia de 1905, darle a la revolución burguesa y democrática en Rusia una extensión inmensa; puede hacer de la nuestra el prólogo de la revolución socialista mundial, una etapa hacia ella... El proletariado ruso no puede, por sus propias fuerzas, acabar victoriosamente la revolución socialista. Pero puede dar a su revolución tal extensión que creará las mejores condiciones para la revolución socialista, y la comenzará, en cierto modo. Puede facilitar la intervención en las batallas decisivas de su aliado principal, y el más fiel y el más seguro, el proletariado socialista europeo y americano”.

Estas líneas contienen todos los elementos de la cuestión. Si en 1915, durante un período de guerra y de reacción, Lenin estimaba, como se trata de hacernos creer, que el proletariado en Rusia podía por sí sólo construir el socialismo y después declarar la guerra a los estados burgueses, ¿cómo, entonces, a principios de 1917, cuando la revolución de febrero se había producido ya, podía pronunciarse tan categóricamente sobre la imposibilidad para la Rusia

campesina de organizar el socialismo por sus propias fuerzas? Habría que ser, al menos, un poco lógico y, digámoslo francamente; respetar un poco más a Lenin.

Sería superfluo multiplicar las citas. Un estudio de los puntos de vista de Lenin sobre el carácter económico y político de la revolución socialista, condicionada por su extensión internacional, exigiría un trabajo especial y comprendería no pocos temas, salvo el de la construcción en un solo país de una sociedad socialista con su propia existencia como fin. Lenin no conocía ese tema.

Nos vemos, sin embargo, obligados a ocuparnos aún de otro artículo de Lenin; en efecto, el proyecto de programa parece citar el artículo póstumo de Lenin *De la cooperación*, sirviéndose de una expresión aislada de éste con un fin que no tiene nada de común con él. Nos referimos al capítulo V del proyecto de programa que dice que los obreros de las repúblicas soviéticas poseen “en el país las premisas *materiales* necesarias y suficientes... para construir el socialismo integral”. (subrayado por mí).

Si este artículo, dictado por Lenin durante su enfermedad y publicado solamente después de la muerte, decía verdaderamente que el estado soviético posee las premisas *materiales* (es decir, en primer lugar, de *producción*) necesarias y suficientes para construir por sí sólo el socialismo integral, no quedaría otra solución que suponer que el autor había dejado escapar un *lapsus* durante el dictado, o bien que se trataba de un error de taquigrafía. Uno y otro serían, en todo caso, más probables que el hecho de ver a Lenin renunciar en dos líneas cualesquiera al marxismo y a todo lo que había enseñado durante su vida. Felizmente, es inútil recurrir a esta explicación. El artículo *De la cooperación*, notable aunque inacabado, está ligado por una unidad de pensamiento a otros, no menos notables, aparecidos durante el último período de la existencia de Lenin y que forman, en cierto modo, los capítulos de un libro que no pudo terminar y que trata *del lugar que ocupa la Revolución de Octubre en el encadenamiento de las revoluciones de occidente y oriente*; el artículo *De la cooperación* no dice, ni mucho menos, lo que le atribuyen, con tanta ligereza, los revisionistas de la doctrina de Lenin.

Lenin explica en él que la cooperación “mercantil” puede y debe modificar completamente su papel social en el estado obrero; gracias a una política justa, puede coordinar en la vía socialista el interés particular del campesino con el interés general del estado. Lenin expone en las líneas que reproducimos a continuación los fundamentos de este pensamiento indiscutible:

“En efecto, el poder del estado, que se extiende a todos los medios de producción principales y que está en manos del proletariado, la alianza de la clase obrera y de numerosos millones de campesinos pobres, la garantía de que aquélla conservará la hegemonía con respecto a éstos, etc., ¿no es todo lo que necesita para poder, con ayuda de la cooperación, *de la cooperación sola* (que tratábamos antes de mercantil y que tenemos aún, hasta cierto punto, el derecho de tratar así, ahora que tenemos la NEP), construir la sociedad socialista integral? Eso no es aún la construcción de la sociedad socialista, pero es todo lo necesario y suficiente para ello”.

El texto de la cita, que contiene la frase inacabada “de la cooperación sola”, prueba indiscutiblemente que estamos en presencia de un borrador no corregido y, además de eso, dictado, y no escrito por la mano del autor. Por eso mismo tanto más imperdonable es agarrarse a palabras aisladas del texto, en lugar de meditar sobre el sentido general del artículo. Sin embargo, felizmente, la *letra* misma de la cita aportada, y no solamente su *espíritu*, no da derecho a cometer el abuso a que han recurrido los autores del proyecto. Hablando de las premisas “necesarias y suficientes”, Lenin delimita rigurosamente su tema en este artículo. En él examina simplemente por qué métodos y procedimientos llegaremos hasta el socialismo, desembarazándonos de la dispersión de las explotaciones campesinas, sin pasar por nuevos conflictos de clase, dada la existencia de las premisas del régimen soviético. El artículo está enteramente consagrado *a las formas sociales de la organización* de la transición entre la pequeña economía privada y la economía colectiva; no trata, ni mucho menos de las condiciones *materiales de producción* de esta transición. Si hoy triunfase el proletariado europeo y viniera a socorrernos con su técnica, la cuestión de la cooperación, planteada por Lenin como método social de organización que combina el interés privado con el de la colectividad, conservaría toda su importancia. La cooperación indica la ruta por la cual la técnica en desarrollo, la electrificación inclusive, podrá reorganizar y unir a millones de explotaciones campesinas si el régimen soviético

existe; pero no la substituye ni la crea en su seno. Como hemos visto, Lenin no hace más que hablar de las premisas “necesarias y suficientes” en general, y las enumera con precisión. Estas son: 1º, “el poder del estado, que se extiende a todos los medios de producción” (la frase no está corregida); 2º, el poder del estado “en manos del proletariado”; 3º, “la alianza de la clase obrera y de numerosos millones de campesinos”; 4º, “la garantía de la supremacía del proletariado con referencia a los campesinos”. Y sólo después de haber enumerado esas condiciones *estrictamente políticas* (no se habla aquí para nada de las condiciones materiales), Lenin saca su conclusión: esto (es decir, todas las condiciones enumeradas) “es todo lo necesario y suficiente” para construir la sociedad socialista. “Todo lo que es necesario y suficiente” *en el plano político*, y nada más. Pero, agrega Lenin, por esta razón “no es aún la construcción de la sociedad socialista”. ¿Por qué? Porque las condiciones políticas solas, incluso si son suficientes, no resuelven el problema en su conjunto. Queda aún la cuestión de la cultura. Nada más que eso, dice Lenin, y subraya las palabras “nada más” para demostrar la enorme importancia de las premisas que nos faltan. Lenin sabía tan bien como nosotros que la cultura está relacionada con la técnica; “para ser cultos (decía, haciendo descender a los revisionistas de las nubes) es preciso que haya cierta base material”. Basta recordar el problema de la electrificación, que Lenin ligaba, dicho sea de paso, a la cuestión de la revolución socialista internacional. La lucha por la cultura, en el marco de las condiciones “necesarias y suficientes” políticas (*pero no materiales*) ocuparía completamente toda nuestra actividad si no existiese el problema de la lucha incesante e implacable, económica, política, militar y cultural entre la sociedad socialista en construcción con una base atrasada y el capitalismo mundial, que marcha hacia su decadencia, pero que es poderoso por su técnica.

“Me inclinaría a decir [subraya Lenin, hacia el final del mismo artículo] que para nosotros el centro de gravedad se desplaza hacia el trabajo cultural, si no existiesen las relaciones internacionales, si no hubiera la obligación de luchar por nuestras posiciones en el dominio internacional”.

Este es el verdadero pensamiento de Lenin, incluso si se aísla el artículo sobre la cooperación de sus demás obras. ¿Cómo, pues, calificar de otra manera que de falsificación el método de los autores del proyecto de programa, que, tomando conscientemente de Lenin las palabras concernientes a la existencia en nuestro país de las premisas “necesarias y suficientes”, agregan, por su parte, la premisa fundamental, es decir, la material, mientras que Lenin demostraba con claridad qué precisamente faltaba en Rusia, que había que conquistarla aún en relación con la lucha, “por nuestras posiciones en el dominio internacional”, es decir, en relación con la revolución proletaria mundial. He aquí lo que queda del segundo y último punto de apoyo de la teoría.

Conscientemente no citamos aquí los innumerables artículos y discursos en que Lenin (desde 1905 hasta 1923) afirma y repite de la manera más categórica que sin la revolución mundial triunfante estamos amenazados de muerte; que no se puede triunfar contra la burguesía desde el punto de vista económico en un solo país, y menos aún en un país atrasado; que la tarea de construir la sociedad socialista es internacional por su esencia misma. Lenin saca conclusiones que parecerán acaso “pesimistas” a los creadores de la nueva teoría nacional y reaccionaria; pero que son suficientemente optimistas si se las considera desde el punto de vista del internacionalismo revolucionario. No concentramos aquí nuestra atención más que en las citas escogidas por los autores del proyecto para crear las premisas “necesarias y suficientes” para su utopía. Y vemos que todo su edificio se derrumba en cuanto se le toca con el dedo.

Creemos, sin embargo, que es normal dar aquí al menos un testimonio directo de Lenin respecto a la cuestión en litigio que no necesita ser explicada y no podría ser interpretada falsamente.

“Hemos señalado *en toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa*, que no ocurre lo mismo en Rusia que en los países capitalistas; tenemos una minoría de obreros ocupados en la industria y una mayoría de modestos cultivadores. En un país así, la revolución social no puede triunfar definitivamente más que con dos condiciones. Una, que sea sostenida *en tiempo oportuno* por la revolución social en uno o varios países avanzados... La otra es el acuerdo entre el proletariado que ejerce su dictadura o tiene en sus manos el poder del estado y la mayoría de la población campesina...”

Sabemos que no es el acuerdo con los campesinos lo que puede salvar a la revolución socialista en Rusia en tanto que no se produzca la revolución en otros países...” (subrayado por mí).

Esperamos que esta cita será suficientemente convincente; en primer lugar, Lenin mismo señala que las ideas que expone las ha desarrollado “en toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa”; en segundo lugar, está escrita no en 1915, no antes de octubre, sino en 1921, cuatro años después de la toma del poder.

Nos atrevemos a creer que, en lo concerniente a Lenin, la cuestión está ya suficientemente clara. Pero uno puede preguntarse aún: ¿Cómo planteaban en el pasado la cuestión que nos interesa los autores del proyecto de programa?

Stalin decía, a este respecto, en noviembre de 1926:

“El partido admitió siempre que el triunfo del socialismo en un solo país es la posibilidad de construirlo en él, y que esta obra puede realizarse con sus propias fuerzas”.

Sabemos ya que el partido no admitió eso jamás. Por el contrario, en “toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa”, como dice Lenin, el partido se basó en una posición contraria, que encontró justamente su expresión fundamental en el programa del partido comunista de la URSS. Pero, Stalin al menos, ¿partió “siempre” de la falsa idea de que puede organizarse el socialismo con las “fuerzas” de un “solo país”? Veámoslo.

Ignoramos totalmente cómo comprendía Stalin esta cuestión en 1905 o en 1915, pues sobre esto carecemos completamente de datos consignados en documentos. Pero, en 1924, Stalin expuso de la manera siguiente las concepciones de Lenin sobre la construcción del socialismo:

“...Derribar en un país el poder de la burguesía e instaurar el del proletariado no significa asegurar la victoria completa del socialismo. Queda aún por realizar la misión principal de éste: la organización socialista de la producción. ¿Se puede resolver este problema, se puede obtener la victoria definitiva del socialismo en un solo país sin que concuerden los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados? No; es imposible. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo prueba la historia de nuestra revolución. Para que el socialismo triunfe definitivamente, para organizar la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia, ya no bastan; son precisos para ello los de los proletarios de varios países avanzados...”

“Estos son, en general, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria”.

Hay que reconocerlo: “los rasgos característicos de la teoría leninista” están expuestos aquí con bastante exactitud. Sin embargo, en las ediciones posteriores del libro de Stalin esa frase ha sido corregida en un sentido directamente opuesto y “los rasgos característicos de la teoría leninista” fueron denunciados un año después como... trotskismo. El VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista adoptó su decisión con arreglo no a la edición de 1924, sino a la de 1926.

He aquí la situación de Stalin. No puede ser más lamentable. Es verdad que aún podríamos consolarnos si la actitud de la última reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hubiera sido tan lamentable como la de Stalin.

Queda una última esperanza: que al menos Bujarin, el verdadero autor del proyecto de programa, haya admitido “siempre” la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país. Veamos. He aquí lo que Bujarin escribía al respecto en 1917.

“Las revoluciones son las locomotoras de la historia. Sólo el proletariado, incluso en la atrasada Rusia, puede ser el maquinista irremplazable de estas locomotoras. Pero el proletariado ya no puede permanecer en los límites de las relaciones de propiedad de la sociedad burguesa. Marcha hacia el poder y hacia el socialismo. Sin embargo, no puede realizar esta misión, que en Rusia también ‘esta al orden del día’, ‘en el interior de las fronteras nacionales’. Aquí la clase obrera tropieza con un muro infranqueable [observadlo bien: “con un muro infranqueable”. L.T.], que sólo puede derribarse con el ariete de la revolución obrera internacional”.

No es posible expresarse más claramente. He aquí cuál era la opinión de Bujarin en 1917, dos años después del supuesto “cambio repentino” de Lenin en 1915. Pero la Revolución de Octubre, ¿no habrá enseñado algo nuevo a Bujarin? Veámoslo.

En 1919, Bujarin escribía las líneas que siguen respecto a “la dictadura del proletariado en Rusia y la revolución mundial”, en el órgano teórico de la Internacional Comunista:

“Dada la existencia de la economía *mundial* y la cohesión que une a sus diversas partes, dada la interdependencia de los diversos grupos burgueses organizados en estados, *ni que decir tiene* que no puede acabarse la lucha en un país aislado sin que una de las partes obtenga una victoria decisiva en varios países civilizados”. (subrayado por mí)

En esa época no había “ni que decir” eso. Después:

“En las publicaciones marxistas y semi marxistas de antes de la guerra se planteó más de una vez la cuestión de si era posible la victoria del socialismo en un solo país. La mayoría de los escritores respondieron negativamente [¿y Lenin, entonces, en 1915? L.T.], de lo cual no se puede deducir que sea imposible o inadmisibles comenzar la revolución y apoderarse del poder en un país aislado”.

¡Precisamente!

El mismo artículo decía más adelante:

“El período de progresión de las fuerzas productivas sólo puede comenzar con el triunfo del proletariado en varios países importantes... De donde se deduce que es necesario extender por todos los medios la revolución mundial y formar un bloque económico sólido entre los países industriales y Rusia soviética”.

La afirmación de Bujarin de que la progresión de las fuerzas productivas, es decir, la *verdadera progresión socialista* no comenzará en nuestro país hasta después de la victoria del proletariado de los países avanzados de Europa es precisamente la idea contra la cual van dirigidas todas las actas de acusación formuladas contra el “trotskismo”, entre otras ocasiones en el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Lo que es curioso es que Bujarin, que debe su salud a su corta memoria, actuase de acusador. Al lado de este aspecto cómico hay otro trágico: es que es Lenin quien está en el banquillo, porque ha expresado este mismo pensamiento elemental docenas de veces.

Así pues, en 1921, seis años después del supuesto cambio de actitud de Lenin en 1915, cuatro años después de octubre, el comité central, con Lenin a la cabeza, aprobó el programa de las juventudes comunistas, establecido por una comisión dirigida por Bujarin, y en cuyo párrafo cuarto se dice:

“El poder del estado ya se encuentra en la URSS en manos de la clase obrera. Durante tres años de lucha heroica contra el capital mundial, se ha mantenido y desarrollado el poder soviético. Aunque Rusia posee inmensas riquezas naturales es, sin embargo, desde el punto de vista industrial, un país atrasado, donde predomina una población pequeño burguesa. Rusia no puede llegar al socialismo más que a través de la revolución proletaria mundial, en cuya época ya hemos entrado”.

Este párrafo del programa de las juventudes comunistas (no de un documento cualquiera, sino de un programa) muestra por sí solo cuán ridículas e indignas son las tentativas de los autores del proyecto de demostrar que el partido ha considerado posible “siempre” la construcción del socialismo en un solo país, y, por añadidura, precisamente en Rusia. Si “siempre” fue esta la actitud del partido, ¿por qué Bujarin formuló así ese párrafo del programa de las juventudes comunistas? ¿Dónde tenía Stalin en ese momento los ojos? ¿Cómo Lenin y todo el comité central abrían podido aprobar semejante herejía? ¿Cómo nadie, en el partido, habría observado ese “detalle” y no habría planteado la cuestión? ¿No se parece demasiado todo esto a una siniestra farsa con la cual se ridiculizan cada vez más el partido, su historia y la Internacional Comunista? ¿No es ya hora de poner fin a todo esto? ¿No ha llegado ya el momento de decir a los revisionistas: no os ocultéis más tras de Lenin, tras la tradición teórica del partido?

En el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Bujarin, que sobrevive gracias a su corta memoria, argumentando en favor de la resolución condenatoria del “trotskismo”, declaró:

“La teoría de la revolución permanente del camarada Trotsky (pues el camarada Trotsky la profesa aún) dice también que, a causa de nuestra situación económica atrasada, pereceremos inevitablemente sin la revolución mundial”.

Yo había hablado en la VII reunión plenaria de las lagunas existentes en la teoría de la revolución permanente tal como la había formulado en 1905-1906. Pero ni qué decir tiene que no había ni siquiera pensado en renunciar a lo fundamental de esa teoría, a lo que me aproximaba y me aproximó a Lenin, a lo que no me permite admitir actualmente la revisión del leninismo.

Había dos tesis fundamentales en la teoría de la revolución permanente.

Primero: a pesar del atraso histórico de Rusia, la revolución puede dar el poder al proletariado ruso antes de dárselo al de los países avanzados. Segundo: para salir de las contradicciones con que tropezará la dictadura del proletariado en un país atrasado, rodeado por un mundo de enemigos capitalistas, será necesario descender al ruedo de la revolución mundial. La primera de estas tesis se basa en una justa concepción de la ley del desarrollo desigual. La segunda, en una comprensión exacta de la realidad de los lazos económicos y políticos que unen a los países capitalistas. Bujarin tiene razón cuando dice que continúo profesando esas dos tesis fundamentales de la teoría de la revolución permanente. Ahora más que nunca. Pues las considero enteramente comprobadas y confirmadas: en el dominio teórico, por las obras completas de Marx y de Lenin, y, en el dominio práctico, por la experiencia de la Revolución de Octubre.

6.- ¿Dónde está, pues, la “desviación socialdemócrata”?

Las citas mencionadas son más que suficientes para caracterizar la posición teórica de Stalin y Bujarin, ayer y hoy. Pero para determinar el carácter de sus procedimientos en política es preciso recordar que, después de haber cosechado en los escritos de la Oposición declaraciones completamente análogas a las que ellos mismos hicieron hasta 1925 (*en ese momento*, en perfecto acuerdo con Lenin), Stalin y Bujarin, basándose en ellas, pusieron en pie la teoría de nuestra “desviación socialdemócrata”. Y he aquí que sobre el problema esencial de las relaciones entre la Revolución de Octubre y la revolución internacional, la Oposición piensa como... Otto Bauer, que no admite que sea posible construir el socialismo en Rusia. Se creería en verdad que no se ha inventado la imprenta hasta 1924 y que todo lo que precede a esta fecha está condenado al olvido. Se cuenta de antemano con que la gente tiene poca memoria.

Sin embargo, ya en el IV Congreso, sobre la cuestión del carácter de la Revolución de Octubre, la Internacional Comunista arregló las cuentas con Otto Bauer y los otros filisteos de la Segunda Internacional. El informe que el comité central me encargó que presentase, y que expresaba sus puntos de vista sobre la nueva política económica y las perspectivas de la revolución mundial, contenía un juicio sobre las ideas de Otto Bauer, juicio que expresó los puntos de vista de nuestro comité central de entonces: no encontró ninguna objeción en el congreso, y estimo ha conservado enteramente todo su vigor hasta hoy. Bujarin renunció a aclarar el aspecto político del problema, puesto que “muchos camaradas, entre ellos Lenin y Trotsky”, ya habían hablado de él; en otros términos, Bujarin se solidarizó inmediatamente con mi informe. He aquí lo que dije a propósito de Otto Bauer:

“Los teóricos socialdemócratas admiten, de una parte, en sus artículos dominicales, que el capitalismo, sobre todo en Europa, se sobrevive y se ha convertido en un freno de la evolución histórica; por otra parte, expresan la certidumbre de que la evolución de Rusia soviética la conduce inevitablemente hacia la victoria de la democracia burguesa; así caen en una contradicción de las más vulgares, completamente digna de esos confusionistas obtusos. *La nueva política económica está calculada para condiciones de tiempo y de espacio determinadas; es una maniobra del estado obrero que vive aún rodeado de capitalistas y que cuenta firmemente con el desarrollo revolucionario de Europa...*

En los cálculos políticos no se puede dejar de lado un factor como el tiempo. Si se admite, en efecto, que el capitalismo durará en Europa aún un siglo o un medio siglo entero y que Rusia soviética, en su política económica, deberá adaptarse a él, entonces la cuestión se resuelve por sí misma; pues en esta hipótesis suponemos *a priori* que la revolución proletaria en Europa fracasará y que comenzará una nueva época de renacimiento capitalista. ¿En qué podríamos basarnos para aceptar esto? Si Otto Bauer ha descubierto en la vida de la Austria de hoy síntomas milagrosos de resurrección capitalista, entonces la suerte de Rusia está fijada de antemano. Pero, por ahora, no vemos milagros, y no creemos en ellos. Desde nuestro punto de vista, si la burguesía europea se asegurase en el poder por una serie de décadas, en las condiciones en que vive actualmente el mundo, ello equivaldría no a un nuevo florecimiento del capitalismo, sino a la descomposición económica y al desmembramiento cultural de Europa. Si se habla en general, no se puede negar que el renacimiento del capitalismo podría igualmente arrastrar a la Rusia soviética al abismo. ¿Debería ésta, en ese caso, pasar por el estadio de la “democracia” o bien se descompondría tomando otras formas? Esto ya es una cuestión secundaria. Pero no vemos ninguna razón para adherirnos a la filosofía de Spengler. Contamos firmemente con el desarrollo revolucionario de Europa. La nueva política económica no es más que una adaptación al ritmo de ese desarrollo”.

Esta manera de plantear la cuestión nos lleva al punto por el cual hemos comenzado a juzgar el proyecto de programa: en la época del imperialismo sólo se puede examinar el destino de un país aislado tomando como punto de partida las tendencias del desarrollo mundial como un bloque en el cual este país, con sus particularidades nacionales, está incluido, y del cual depende. Los teóricos de la Segunda Internacional aíslan a la URSS del resto del mundo y de la época imperialista; considerándola como país aislado, le aplican el criterio árido de la “madurez” económica; establecen que no está preparada para construir el socialismo con sus solas fuerzas, y de ahí deducen que es inevitable la degeneración capitalista del estado obrero.

Los autores del proyecto de programa se colocan en el mismo terreno desde el punto de vista teórico; aceptan enteramente la metodología metafísica de los teóricos socialdemócratas; exactamente como ellos, “hacen abstracción” del conjunto del mundo y de la época imperialista; toman como punto de partida la ficción del desarrollo aislado; aplican a la etapa nacional de la revolución mundial el árido criterio económico; no obstante, su “sentencia” es contraria a la de aquéllos. El “izquierdismo” de los autores del proyecto consiste en que reproducen, volviéndolo del revés, el juicio socialdemócrata. Sin embargo, la manera en que los teóricos de la Segunda Internacional plantean la cuestión no tiene importancia para nosotros. Es preciso adoptar la de Lenin, que *elimina* simplemente el diagnóstico de Bauer como ejercicio digno de un alumno del preparatorio.

He aquí lo que queda de nuestra “desviación socialdemócrata”. A quienes habrá que clasificar entre los parientes de Bauer no es a nosotros sino a los autores del proyecto.

7.- La dependencia de la URSS de la economía mundial

Vollmar fue el precursor, y nadie más, de los predicadores de la sociedad nacional socialista. Al trazar, en un artículo titulado *El estado socialista aislado*, la perspectiva de la construcción del socialismo en Alemania por las propias fuerzas del proletariado de este país, que ha sobrepasado con mucho a la avanzada Inglaterra, Vollmar, en 1878, se refería, con una claridad y una precisión absolutas, a la ley del desarrollo desigual, que, según cree Stalin, era desconocida por Marx y de Engels. Vollmar deduce de esta ley la conclusión incontrovertible siguiente:

“En las condiciones que prevalecen actualmente, y que se mantendrán durante todo el período que podemos prever ahora, la hipótesis de una victoria simultánea del socialismo en todos los países civilizados queda absolutamente excluida...”

Desarrollando este pensamiento más adelante, Vollmar dice:

“Llegamos así al estado socialista *aislado*, que es (espero haberlo demostrado) si no el único posible, al menos el más probable...”

Dado que se debe comprender aquí por estado socialista aislado solamente un estado de dictadura proletaria, Vollmar expone un pensamiento indiscutible y bien conocido de Marx y de Engels, y que Lenin expresó en el artículo de 1915 citado más arriba.

Pero después vienen los hallazgos hechos por el propio Vollmar, que, desde luego, no están formulados de una manera tan unilateral y errónea como los de nuestros teóricos del socialismo en un solo país. Para construir su argumentación, Vollmar toma como punto de partida la consideración que la Alemania socialista mantendría relaciones económicas estrechas con la economía capitalista mundial, disponiendo para ello de las ventajas de una técnica superiormente desarrollada y de escasos gastos de producción. Esta hipótesis se basa en la perspectiva de la *coexistencia pacífica* de los sistemas socialista y capitalista. Pero como, a medida que avance, el socialismo deberá manifestar sus enormes ventajas desde el punto de vista de la producción, la necesidad de la revolución mundial desaparecerá por sí misma; el socialismo triunfará contra el capitalismo a través del mercado, por la intervención de los bajos precios.

Bujarin, autor del primero y uno de los autores del segundo proyecto de programa, se basa enteramente, para su construcción del socialismo en un solo país, en la idea de la economía aislada considerada como un fin en sí misma. En su artículo titulado *Del carácter de nuestra revolución y de la posibilidad de la instauración victoriosa del socialismo en la URSS*, que constituye la realización suprema de la escolástica multiplicada por la sofística, todo el razonamiento se desarrolla en el marco de una economía aislada. El argumento principal y único es el siguiente:

“Puesto que tenemos todo lo necesario y suficiente para construir el socialismo, no llegará ningún momento a partir del cual esta organización sea imposible. Si tenemos en el interior de nuestro país una combinación de fuerzas tal que cada año que transcurre la preponderancia del sector socialista de nuestra economía crece, si los sectores socializados de nuestra economía progresan más rápidamente que los del capitalismo privado, entramos en cada nuevo año con fuerzas aumentadas”.

Es un razonamiento irrefutable: “*Puesto que* tenemos todo lo necesario y suficiente”, *entonces...* lo tenemos. Tomando como punto de partida los resultados de su demostración, Bujarin erige un sistema acabado de economía socialista con su propia existencia y como fin sin entradas ni salidas que comuniquen con el exterior. Bujarin, lo mismo que Stalin, no se acuerda del ambiente exterior, es decir, del mundo entero, más que para verlo desde el punto de vista de la intervención militar. Cuando Bujarin habla en ese artículo de la necesidad de “hacer abstracción” del factor internacional, se refiere a la intervención militar y no al mercado mundial. No necesita abstraerse de éste, pues lo olvida siempre simplemente. Con arreglo a ese esquema, Bujarin defendió en el XIV Congreso la idea que, si una intervención militar no venía a oponernos un obstáculo, instauraríamos el socialismo, “aunque sea a paso de tortuga”. La lucha incesante entre dos sistemas, el hecho que el socialismo no puede reposar más que en fuerzas productivas superiores, en una palabra, la dinámica marxista de la sustitución de una formación social por otra, basada en el crecimiento de las fuerzas de producción, todo eso lo dejó enteramente de lado. Reemplazó la dialéctica revolucionaria e histórica por la utopía reaccionaria de un socialismo encerrado en sí mismo, organizándose gracias a una técnica inferior, evolucionando a “paso de tortuga” en los límites nacionales y sin otra relación con el mundo exterior que el temor a la intervención armada. El hecho de no aceptar esta caricatura lamentable de la doctrina de Marx y de Lenin ha sido calificado de “desviación socialdemócrata”. En el artículo de Bujarin al que nos referimos es donde por primera vez se puso de manifiesto, con “argumentación”, esta manera de caracterizar nuestras opiniones. La historia registrará que fuimos condenados por “desviación socialdemócrata” porque no hemos admitido el retorno a la teoría de Vollmar sobre el socialismo en un solo país, retorno, que inversamente, la habría convertido en más errónea.

El proletariado de Rusia zarista no se habría apoderado del poder en octubre si este país no hubiera sido un eslabón, el más *débil*, pero un eslabón no obstante ello, de la cadena de la economía *mundial*. La conquista del poder por el proletariado no aisló ni mucho menos a la república de los soviets del sistema de la división internacional del trabajo creado por el capitalismo.

Del mismo modo que el prudente murciélago no levanta el vuelo hasta el crepúsculo, la teoría del socialismo en un solo país surgió en el momento en que nuestra industria, agotando cada vez más su antiguo capital de base que cristalizaba los dos tercios de la dependencia de nuestra industria con respecto a la del mundo, necesitaba renovar y extender urgentemente sus relaciones con el mercado mundial y en el que se planteaban claramente ante la dirección de la economía los problemas de comercio con el exterior.

En el XI Congreso, es decir, en el último en que pudo hablar, Lenin previno al partido a tiempo de que había que sufrir un nuevo examen, “un examen que organizarán el mercado ruso y *el mundial, al cual estamos subordinados, con el cual estamos ligados y del cual no podemos arrancarnos*”.

Nada golpea tan mortalmente a la teoría del “socialismo integral” aislado, como el simple hecho que las cifras de nuestro comercio exterior hayan pasado a ser, en el curso de los últimos años, la piedra angular de nuestros planes económicos. “La parte más débil” de toda nuestra economía, de nuestra industria inclusive, es la importación, que depende enteramente de la exportación. Pero como la resistencia de una cadena depende del eslabón más débil, las proporciones de nuestros planes económicos se adaptan a las de la importación.

En un artículo consagrado al sistema del establecimiento del plan, aparecido en la revista *La economía planificada*, órgano teórico del Plan de Estado, enero de 1927, pág. 27, leemos:

“Al establecer las cifras de control del año corriente, fue necesario, por metodología, tomar como punto de partida los planes de nuestra exportación y de nuestra importación, orientarse en ellos para establecer los planes de las diversas ramas de la industria, y, por consiguiente, todo el plan general industrial, y hacer concordar con ellos, en particular, la construcción de nuevas fábricas, etc.”

Este paso metodológico a propósito del Plan de Estado significa, sin ninguna duda, para todos los que tienen oídos para oír y ojos para ver, que las cifras determinan la dirección y el ritmo de nuestra evolución económica, pero que ya se han desplazado hacia la economía mundial, y esto ocurre no porque seamos más débiles, sino porque, habiendo devenido más fuertes, hemos salido del círculo vicioso del aislamiento.

Por las cifras de las exportaciones y de las importaciones, el mundo capitalista nos demuestra que hay otros medios de coacción que los de la intervención militar. Como la productividad del trabajo y del sistema social en su conjunto se mide en el mercado por los precios, la economía soviética está más bien amenazada por una intervención de mercancías capitalistas a bajo precio que por una intervención militar. Por esta razón, lo importante no es obtener un triunfo aislado, desde el punto de vista económico, contra la “propia burguesía”. “La revolución socialista que avanza en el mundo entero no consistirá solamente en que el proletariado de cada país triunfe contra su burguesía” (Lenin). Se trata de una lucha a muerte entre dos sistemas sociales, uno de los cuales ha comenzado a organizarse apoyándose en fuerzas productivas atrasadas, en tanto que el otro reposa hoy en fuerzas de producción de un poderío infinitamente más grande.

Quien tacha de “pesimismo” la simple confesión que dependemos del mercado mundial (Lenin decía francamente que le estamos *subordinados*), revela que le tiene miedo, pone enteramente al desnudo su pusilanimidad de pequeño burgués provinciano frente al mercado mundial y su pobre optimismo local puesto que éste escapa de la esta economía mundial por sus propios medios.

La nueva teoría considera como una cuestión de honor la idea extravagante de que la URSS puede perecer a causa de una intervención militar, pero en ningún caso por su atraso en el dominio económico. Pero, puesto que las masas trabajadoras de un país socialista deben estar mucho más dispuestas a defenderlo que los esclavos del capital a atacarlo, uno se pregunta: ¿Cómo podemos perecer a causa de una intervención militar? Porque el enemigo es infinitamente más fuerte desde el punto de vista técnico. Bujarin sólo admite el predominio de las fuerzas de producción en su aspecto militar técnico. No quiere comprender que el tractor Ford es tan peligroso como el cañón Creusot, con la diferencia de que este último no puede obrar más que de vez en cuando, en tanto que el primero hace continuamente presión sobre nosotros. Además, el tractor tiene detrás al cañón como última reserva.

Nosotros, el primer estado obrero, somos una parte del proletariado internacional, y con éste dependemos del capitalismo mundial. Se ha puesto en circulación la palabra “relación”, indiferente, neutra, castrada por los burócratas, para disimular el carácter, sumamente penoso y peligroso para nosotros, de esas “relaciones”. Si produjésemos a los precios del mercado mundial, continuaríamos bajo su dependencia, pero ésta sería infinitamente menos rigurosa que actualmente. Pero por desgracia no ocurre así. El monopolio del comercio exterior prueba por sí mismo el carácter peligroso y cruel de nuestra dependencia. La importancia decisiva que tiene ese monopolio para nuestra construcción del socialismo se deriva, precisamente, de la correlación de fuerzas desfavorable para nosotros. Y no se puede olvidar un sólo instante que el monopolio del comercio exterior no hace más que regularizar nuestra correlación con el mercado mundial, pero no la suprime.

“Mientras nuestra república de los soviets [escribió Lenin] *siga estando aislada* de todo el mundo capitalista, creer en nuestra independencia económica completa, en la desaparición de ciertos peligros, sería dar prueba de un espíritu fantástico y utópico”. (subrayado por mí).

Por consiguiente, los peligros esenciales son la consecuencia de la situación objetiva de la URSS como país aislado en la economía capitalista, que nos es hostil. Sin embargo, esos peligros pueden crecer o disminuir. Eso depende de la acción de dos factores: nuestra construcción del socialismo de una parte, y la evolución de la economía capitalista, de otra. Evidentemente, en *última* instancia, es el segundo factor, es decir, la suerte del conjunto de la economía mundial, el que tiene una importancia decisiva.

¿Puede ocurrir, y si ello es posible (y en qué caso preciso) que la productividad de nuestro sistema social este cada vez más atrasada con respecto a la del capitalismo? Pues, al fin de cuentas, eso provocaría inevitablemente el hundimiento de la república socialista. Si dirigimos con inteligencia nuestra economía durante esta nueva fase, en el curso de la cual estaremos obligados

a crear la base de la industria, que exige cualidades mucho más grandes por parte de la dirección, la productividad de nuestro trabajo aumentará. ¿Se puede suponer, no obstante, que la productividad del trabajo de los países capitalistas, o, por hablar con mayor precisión, de los países capitalistas predominantes, crecerá más rápidamente que la nuestra? Si no se da a esta pregunta una respuesta que tenga en cuenta las perspectivas, afirmar que nuestro ritmo será “por sí mismo” suficiente (sin hablar de la filosofía ridícula del “paso de tortuga”) es no decir absolutamente nada. Pero la sola tentativa de resolver el problema de la lucha entre los dos sistemas nos lleva al terreno de la economía y de la política mundiales, y en éste es la internacional revolucionaria, que comprende la república de los soviets, quien obra y decide (y no una república soviética que tenga como fin su propia existencia y recurra de vez en cuando a la ayuda de la internacional).

El proyecto de programa dice que la economía estatal de la URSS “desarrolla la gran industria a un *ritmo* que sobrepasa al de los países capitalistas”. En este ensayo de confrontación de los dos ritmos, es preciso reconocer que se da un paso adelante, en el dominio de los principios, con relación al período en que los autores del proyecto negaban categóricamente incluso el problema del coeficiente de comparación entre nuestra evolución y la del mundo. Es inútil “mezclar a esto el factor internacional”, decía Stalin. Organizaremos el socialismo “aunque sea a paso de tortuga”, anunciaba Bujarin. Siguiendo esta línea, precisamente, se desarrollaron las discusiones de principios durante diversos años. Formalmente ha ganado esta línea. Pero si, en vez de incluir simplemente en el texto una comparación entre los diferentes ritmos del desarrollo económico, se comprende lo que el problema tiene de esencial, se verá que no se puede hablar en otro capítulo del proyecto de un “mínimo suficiente de industria”, basándose sólo en la del interior, sin relación con el mundo capitalista; no solamente no se puede resolver *a priori* sino ni siquiera plantear la cuestión de saber si le es “posible” o “imposible” al proletariado de un país construir el socialismo por sus propias fuerzas. La cuestión la resuelve la dinámica de la lucha de dos sistemas, de dos clases mundiales; a pesar de los coeficientes elevados de nuestro progreso en el curso del período de reconstitución, sigue siendo un hecho esencial e indiscutible que:

“El capitalismo, si se le considera en una escala mundial, continúa siendo más fuerte que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta consideración fundamental y no olvidarla jamás”.

El problema de la relación entre los diferentes ritmos entre sí queda sin resolver, pues no depende solamente de nuestra habilidad para abordar la alianza entre la ciudad y el campo, asegurar el almacenaje de trigo, intensificar las importaciones y las exportaciones; dicho de otro modo, no depende únicamente de nuestros éxitos en el interior, que son, ciertamente, un factor de importancia excepcional en esta lucha, sino que está ligado también estrechamente a la marcha de la economía y de la revolución mundiales. Por consiguiente, no se resolverá la cuestión en los límites de una nación, sino en el terreno de la lucha económica y política en el mundo entero.

Así, pues, vemos, casi en cada punto del proyecto del programa, una concesión directa o disimulada a la crítica de la Oposición. Esta “concesión” se pone de manifiesto por una aproximación a Marx y a Lenin en el dominio teórico; pero las conclusiones revisionistas quedan completamente independientes de las tesis revolucionarias.

8.- La contradicción entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales es la causa del carácter utópico y reaccionario de la teoría del socialismo en un sólo país

La argumentación de la teoría del socialismo en un sólo país se reduce, como hemos visto, de una parte, a interpretar sofisticadamente algunas líneas de Lenin, y, de otra, a explicar escolásticamente “la ley del desarrollo desigual”. Interpretando juiciosamente tanto esta ley histórica como las citas en cuestión, llegamos a una conclusión directamente opuesta, es decir, a la que sacaban Marx, Engels, Lenin, a la que deducimos todos nosotros, incluso Stalin y Bujarin, hasta 1925.

Del desarrollo desigual, por sacudidas, del capitalismo, se deriva el carácter desigual, por sacudidas de la revolución socialista; en tanto que, de la interdependencia mutua de los diversos países, llegada a un grado muy avanzado, se desprende la imposibilidad no sólo política, sino también económica, de organizar el socialismo en un solo país.

Examinemos una vez más, desde este punto de vista, y más de cerca, el texto del Proyecto de programa. Ya hemos leído en la introducción:

“El imperialismo... agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y estados”.

Ya hemos dicho que esta tesis era, o, más bien, debería ser la piedra angular de un programa internacional. Pero excluye, refuta y barre a priori la teoría del socialismo en un solo país como reaccionaria, porque está en contradicción irreducible no sólo con la *tendencia* fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas, sino también con *los resultados materiales* que ese desenvolvimiento ha adquirido ya. Las fuerzas de producción son incompatibles con las fronteras nacionales. De ahí se derivan no solamente el mercado exterior, la exportación de hombres y de capitales, la conquista de territorio, la política colonial, la última guerra imperialista, sino también la imposibilidad de que viva, desde el punto de vista económico, una sociedad socialista que tenga como fin su propia existencia. Desde hace mucho tiempo, las fuerzas de producción de los países capitalistas no encuentran lugar suficiente en el interior de los límites de los estados nacionales. No se puede construir la sociedad socialista más que basándose en las fuerzas productivas más modernas, en la electrificación, en el empleo de la química en la producción, en la agrícola inclusive, en la combinación, en la generalización de los elementos superiores de la técnica contemporánea llevados a su desarrollo máximo.

Desde Marx no cesamos de repetir que el capitalismo es incapaz de dominar el espíritu de la nueva técnica que ha hecho nacer; espíritu que no solamente hace salir de sus límites a la producción burguesa, privada desde el punto de vista jurídico, sino que rompe también, como lo ha demostrado la guerra de 1914, el círculo nacional del Estado capitalista. El socialismo no sólo debe apoderarse del capitalismo las fuerzas de producción más desarrolladas, sino que debe llevarlas inmediatamente más lejos, elevarlas, dándoles un desenvolvimiento imposible bajo el capitalismo. ¿Cómo, entonces, se preguntará, reducirá el socialismo las fuerzas productivas para hacerlas entrar en los límites del estado nacional, de los cuales trataban de salir violentamente ya bajo el régimen burgués? ¿O acaso será preciso que renunciemos a las fuerzas de producción “indomables” que se sienten comprimidas en las fronteras nacionales y, por consiguiente, también en las de la teoría del socialismo en un solo país? ¿Será preciso que nos limitemos a las fuerzas productivas en cierto modo domesticadas, dicho de otro modo, a una técnica económica atrasada? Pero, entonces debemos, desde ahora, en toda una serie de ramos, no subir, sino bajar por debajo incluso del lamentable nivel técnico actualmente alcanzado, que ligó indisolublemente a la economía mundial la Rusia burguesa y la llevó a participar en la guerra imperialista *para extender el territorio de las fuerzas productivas* que rebasaban el marco del estado nacional.

Herederos de esas fuerzas, el estado obrero, después de haberlas restablecido, *está obligado* a exportar e importar.

La desgracia es que no se ha hecho más que introducir mecánicamente en el texto del proyecto de programa, razonando después como si no existiese, la tesis de la incompatibilidad de la técnica capitalista actual con las fronteras nacionales. En el fondo, todo el proyecto constituye una combinación de tesis revolucionarias de Marx y de Lenin y de conclusiones oportunistas o centristas absolutamente inconciliables con ellas. He aquí por qué es necesario, *sin dejarse seducir por algunas fórmulas revolucionarias* del proyecto, velar atentamente para darse cuenta de *la dirección de sus tendencias esenciales*.

Ya hemos citado el capítulo primero que habla de la posibilidad del triunfo del socialismo en “un solo país, considerado aisladamente”. Esta idea está expresada más clara y más brutalmente en el cuarto capítulo, donde se dice que:

“La dictadura (¿?) del proletariado mundial... no puede realizarse más que a continuación del triunfo del socialismo (¿?) en diversos países, cuando las repúblicas proletarias nuevamente constituidas se federen con las ya existentes”.

Si se interpretan las palabras “triumfo del socialismo” simplemente como otra denominación de la dictadura del proletariado, entonces estamos en presencia de un lugar común que es indiscutible y que habría debido formularse mejor, evitando una presentación con doble sentido. Pero no es ése el pensamiento de los autores del proyecto. Entienden por triunfo del socialismo no simplemente la conquista del poder y la nacionalización de los medios de producción, sino la organización de la sociedad socialista en un solo país. Si admitimos esta interpretación no estamos ante una economía socialista mundial basada en la división internacional del trabajo, sino ante una federación de comunas socialistas, cada una de las cuales tendrá como fin su propia existencia, algo así como las comunas que preconizaba el anarquismo, del cual no podemos acordarnos sin sonreír, sólo que ampliando sus límites a los del estado nacional.

El proyecto de programa, en su deseo de disimular con las antiguas fórmulas ya habituales la nueva manera de abordar la cuestión, recurre a la tesis siguiente:

“Sólo después de la victoria completa del proletariado en el mundo, después de que su poder mundial se haya consolidado, vendrá una época duradera de construcción intensiva de la economía socialista mundial”.

Esta tesis, destinada a servir de disfraz en el dominio teórico, desenmascara en realidad la contradicción esencial. Si en la tesis que analizamos se quiere decir que la época de la verdadera construcción socialista no podrá comenzar hasta después de la victoria del proletariado por lo menos en varios países avanzados, entonces se renuncia simplemente a la teoría de la organización del socialismo en un solo país, y se adopta la actitud de Marx y de Lenin. Pero si se toma como punto de partida la nueva teoría de Stalin-Bujarin, que ha echado raíces en diversas partes del proyecto de programa, se obtiene la perspectiva de que antes del triunfo mundial, completo, del proletariado una serie de países realizarán el socialismo integral; después, con esos países socialistas, se organizará la economía socialista mundial, lo mismo que los niños construyen una casa con tarugos de madera. En realidad, la economía socialista mundial no será la suma de las economías socialistas nacionales. En sus rasgos esenciales sólo podrá constituirse sobre la base de la misma división mundial del trabajo creada por la evolución precedente del capitalismo. En sus fundamentos ella se formará y se reconstruirá no después de la organización “integral del socialismo” en una serie de países, sino en medio de los huracanes y de las tempestades de la revolución proletaria mundial, que se prolongará durante varias décadas. Las victorias económicas obtenidas por los primeros países de la dictadura proletaria no se medirán según el grado de aproximación al “socialismo integral”, sino por la estabilidad política de la dictadura, por los éxitos obtenidos en la preparación de los elementos de la futura economía socialista mundial.

El pensamiento revisionista se expresa con más precisión, y, sí esto es posible, con más brutalidad aún en el quinto capítulo; ocultándose tras una línea y media del artículo póstumo de Lenin, que desfiguran, los autores del proyecto de programa afirman que la URSS “posee en el país las bases *materiales* necesarias y suficientes, no sólo para vencer a los propietarios agrarios y a la burguesía, sino también para construir el socialismo integral”.

¿Gracias a qué circunstancias hemos heredado, pues, privilegios históricos tan excepcionales? A ese respecto leemos en el segundo capítulo del proyecto:

“El frente imperialista se rompió [gracias a la revolución de 1917] por su *eslabón más débil*: la Rusia zarista”. (subrayado por mí).

He aquí una magnífica fórmula leninista. En el fondo, significa que Rusia era el estado imperialista más atrasado y más débil desde el punto de vista económico. Justamente por eso las clases dominantes en Rusia se hundieron las primeras por haber cargado las fuerzas productivas insuficientes del país con un fardo que no pudieron soportar. La evolución desigual, por sacudidas, obligó así al proletariado de la potencia imperialista más atrasada a ser el primero en apoderarse del poder. Antes se nos enseñaba que, precisamente por esta razón, la clase obrera “del eslabón más débil” encontraría mayores dificultades para acceder al socialismo que el proletariado de los países avanzados; éste tendría mayores dificultades para apoderarse del poder; pero, conquistándolo mucho antes de que nosotros hubiéramos vencido nuestro atraso, no solamente nos adelantaría, sino que nos remolcaría para llevarnos a la verdadera organización del socialismo, basada en una técnica mundial superior y en la división internacional del trabajo. He aquí la

concepción con la cual entramos en la Revolución de Octubre, concepción que el partido formuló decenas, centenares, millares de veces en la prensa y en las reuniones, pero que se trata de sustituir desde 1923 con una noción absolutamente opuesta. Ahora ocurre que el hecho de que la antigua Rusia zarista fuese el “eslabón más débil” pone en manos del proletariado de la URSS (heredero de la Rusia zarista y de sus debilidades) una ventaja inapreciable: poseer sus propias premisas nacionales para organizar “el socialismo integral”.

La desgraciada Inglaterra no dispone de semejante privilegio a causa del desenvolvimiento *excesivo* de sus fuerzas de producción, que tienen casi necesidad del mundo entero para abastecerse de materias primas y colocar sus productos. Si las fuerzas productivas de Inglaterra fueran más “moderadas”, si mantuviesen un equilibrio relativo entre la industria y la agricultura, entonces, sin duda, el proletariado inglés podría organizar el socialismo integral en su isla “considerada aisladamente”, protegida por la flota contra una intervención extranjera.

El proyecto de programa, en su capítulo cuarto, reparte los estados capitalistas en tres grupos: 1º, los países de capitalismo avanzado (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, etc.); 2º, los países donde el capitalismo ha alcanzado un nivel de desarrollo medio (Rusia antes de 1917, Polonia, etc.); 3º, los países coloniales y semicoloniales (India, China, etc.).

Aunque “Rusia antes de 1917” estuviera infinitamente más cerca de la China actual que de los Estados Unidos de ahora se podría no hacer objeciones especiales a este reparto esquemático si no fuera, en relación con otras partes del proyecto, una fuente de falsas deducciones. Teniendo en cuenta que el proyecto estima que los países “de desarrollo medio” disponen “de un mínimo de industria suficiente” para construir por sus propias fuerzas el socialismo, con mayor razón esto es cierto para los países de capitalismo superior. Así, pues, *sólo* los países coloniales y semicoloniales necesitan la ayuda de fuera; éste es precisamente (como veremos en otro capítulo) el rasgo distintivo del proyecto de programa.

Sin embargo, si abordamos los problemas de la construcción del socialismo con este solo criterio, haciendo abstracción de las riquezas naturales del país, de las relaciones que existen en su interior entre la industria y la agricultura, del lugar que ocupa en el sistema mundial de la economía, caeremos en nuevos errores no menos groseros. Hablemos de Inglaterra. Siendo, indiscutiblemente, un país de capitalismo superior, *precisamente por esto* no tiene ninguna probabilidad de organizar con éxito el socialismo en el marco de sus fronteras insulares. Inglaterra bloqueada se ahogaría al cabo de algunos meses.

Ciertamente, las fuerzas de producción superiores (si todas las demás condiciones son iguales) constituyen una ventaja enorme para organizar el socialismo. Dan a la economía una flexibilidad excepcional, incluso cuando ésta es víctima del bloqueo, como lo ha probado la Alemania burguesa en el curso de la guerra. Pero, para esos países avanzados la construcción del socialismo sobre bases nacionales sería hacer bajar en general, disminuir globalmente las fuerzas de producción, es decir, sería realizar la antinomia directa de la misión del socialismo.

El proyecto de programa olvida la tesis fundamental de la incompatibilidad entre las fuerzas productivas actuales y las fronteras nacionales, de la cual se desprende que las fuerzas de producción más desarrolladas no son un obstáculo menor para la construcción del socialismo en un solo país que las fuerzas poco desarrolladas, aunque éstas obren partiendo del extremo opuesto; si las segundas son insuficientes por su base, es por el contrario la base la que es demasiado limitada para las primeras. Se olvida la ley del desarrollo desigual precisamente cuando más se la necesita, cuando tiene mayor importancia.

La cuestión de la construcción del socialismo no se resuelve simplemente por la “madurez” o la “no madurez” industrial del país. Esta no madurez es también desigual. En la URSS ciertas ramas de la industria (más particularmente la construcción de máquinas) son muy insuficientes para satisfacer las necesidades más elementales del interior, otras, por el contrario, no pueden, en las circunstancias actuales, desarrollarse sin una exportación vasta y creciente. A la cabeza de estas últimas figuran las explotaciones forestales y la extracción de petróleo y de manganeso, sin hablar de la agricultura. De otra parte, las ramas “insuficientes” no podrán tampoco desarrollarse seriamente, si las ramas que producen “en exceso” (relativamente) no pueden exportar. La imposibilidad de organizar una sociedad socialista aislada (no en utopía, en la Atlántida, sino en las condiciones concretas geográficas e históricas de nuestra economía terrestre) está determinada en diversos países, en grados diversos, tanto por la extensión

insuficiente de ciertas ramas como por el desarrollo “excesivo” de otras. De conjunto, esto significa justamente que las fuerzas de producción contemporáneas son incompatibles con las fronteras nacionales.

“¿Qué fue la guerra imperialista? Una insurrección de fuerzas de producción no sólo contra las formas burguesas de propiedad, sino también contra las fronteras de los estados capitalistas. La guerra imperialista significaba de hecho, que las fuerzas productivas se encontraban insoportablemente constreñidas en los límites de los estados nacionales. Siempre hemos afirmado que el capitalismo no está en condiciones de dominar las fuerzas de producción que ha desarrollado, que sólo el socialismo es capaz de encauzarlas, cuando, después de su crecimiento, rebasan el marco de los Estados nacionales en un conjunto económico superior. Ya no hay caminos que conduzcan hacia atrás, hacia el estado aislado...”²

Al tratar de justificar la teoría del socialismo en un solo país, el proyecto de programa comete un error doble, triple, cuádruplo: exagera la altura del nivel de las fuerzas productivas de la URSS, cierra los ojos para no ver la ley del desarrollo desigual de los diversos ramos de la industria, olvida la división mundial del trabajo, y, finalmente, no se acuerda de la contradicción esencial que existe entre las fuerzas de producción y las barreras en el curso de la época imperialista.

Para no dejar fuera de nuestro examen ni un solo argumento, nos queda por recordar aún una consideración, la más general desde luego, formulada por Bujarin al defender la nueva teoría.

La relación existente, dice Bujarin, en el conjunto del mundo entre el proletariado y los campesinos no es más favorable que en la URSS. Si, por consiguiente, es a causa del retraso en el desenvolvimiento de la industria por lo que no ha podido construirse el socialismo en la URSS, es igualmente irrealizable a escala de la economía mundial.

Debería introducirse este argumento en todos los manuales de dialéctica como ejemplo clásico de procedimiento de reflexión escolástica. Primeramente: es muy probable que la relación entre el proletariado y los campesinos en el conjunto del mundo no difiera mucho de la existente en la URSS. Pero la revolución mundial, como, desde luego, la revolución en un solo país, no se realiza, ni mucho menos, según el método de la proporción media aritmética. Así, la Revolución de Octubre se produjo y se defendió sobre todo en el Petrogrado proletario; no eligió una región en que la relación entre los obreros y los campesinos correspondiese a la proporción media de toda Rusia. Después de que Petrogrado, y, más tarde Moscú, hubieron creado el poder y el ejército revolucionario, tuvieron, durante varios años, que vencer a la burguesía a través del país; sólo después de este proceso, que se llama revolución, se ha establecido en los límites de la URSS la relación existente actualmente entre el proletariado y los campesinos. La revolución no se realiza según el método de la proporción media aritmética. Puede incluso comenzar en un sector menos favorable, pero mientras no se haya consolidado en las partes decisivas, tanto del frente nacional como del mundial, no se puede hablar de su victoria definitiva.

En segundo lugar: la relación entre el proletariado y los campesinos, en el cuadro de un nivel “medio” de la técnica, no es el único factor que resuelve el problema. Existe aún la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. La URSS está rodeada no por un mundo obrero y campesino, sino por el sistema capitalista. Si derribase a la burguesía en el mundo entero, ni que decir tiene que esto en sí no modificaría aún ni la relación entre el proletariado y los campesinos ni el nivel medio de la técnica en la URSS y en todo el universo. Sin embargo, la construcción del socialismo en la URSS vería abrirse ante ella, inmediatamente, otras posibilidades y tomaría otra extensión, absolutamente incomparable con la actual.

En tercer lugar: como las fuerzas productivas de cada país avanzado han sobrepasado en un grado cualquiera las fronteras nacionales, habría que deducir, según Bujarin, que las fuerzas de producción de todos los países han sobrepasado los límites del globo terrestre y, por consiguiente, que el socialismo no podría construirse más que a escala del sistema solar.

Lo repetimos: el argumento bujarinista que se basa en la proporción media de obreros y de campesinos debería introducirse en los silabarios de la política, no como se hace probablemente ahora, para defender la teoría del socialismo en un solo país, sino como prueba de la incompatibilidad completa que existe entre la casuística y la dialéctica marxista.

² Actas taquigráficas de la VII Plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, discurso de Trotsky.

9.- La cuestión sólo puede ser resuelta en la arena de la revolución mundial

La nueva doctrina dice: puede organizarse el socialismo en un estado nacional *a condición de que no se produzca una intervención armada*. De ahí puede y debe desprenderse una política colaboracionista hacia la burguesía del exterior, a pesar de todas las declaraciones solemnes del proyecto de programa. El fin es evitar la intervención; en efecto, esto garantizará la organización del socialismo, y así el problema histórico fundamental estará resuelto. La misión de los partidos de la Internacional Comunista toma de esta manera un carácter secundario: preservar a la URSS de las intervenciones, y no luchar por la conquista del poder. Se trata, evidentemente, no de las intenciones subjetivas, sino de la lógica objetiva del pensamiento político.

“La divergencia de opiniones consiste [dice Stalin] en que el partido considera que pueden *perfectamente superarse* esas contradicciones (internas), y esos conflictos eventuales basándose en las propias fuerzas de nuestra revolución, en tanto que el camarada Trotsky y la Oposición estiman que sólo pueden serlo en el dominio mundial, en el terreno de la revolución internacional del proletariado”.

Sí, la divergencia de opiniones consiste precisamente en eso. No se podría expresar mejor, con más precisión, la contradicción existente entre el nacional-reformismo y el internacionalismo revolucionario. Si nuestras dificultades, nuestros obstáculos, nuestras contradicciones interiores, que son principalmente la refracción de las contradicciones mundiales, pueden resolverse simplemente por “las propias fuerzas de nuestra revolución”, fuera de la arena de la revolución internacional, entonces la Internacional es una institución medio auxiliar, medio decorativa, cuyos congresos pueden convocarse cada cuatro años, cada diez o incluso no convocarse nunca. Si se agrega que el proletariado de los otros países debe proteger nuestra obra contra una intervención militar, la Internacional debe, según ese esquema, desempeñar el papel de un instrumento *pacifista*. Su papel fundamental, el de instrumento de la revolución mundial, pasa entonces, inevitablemente, al último plano. Y, lo repetimos, se llega a estas conclusiones no conscientemente (por el contrario, toda una serie de párrafos del programa prueban que las mejores intenciones animan a los autores), sino como consecuencia lógica de la nueva manera de abordar la cuestión desde el punto de vista teórico, y esto es mil veces más peligroso que las peores intenciones subjetivas.

En efecto, ya en la VII Plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin había tenido la audacia de desarrollar y de sostener el pensamiento siguiente:

“Nuestro partido no tiene derecho a engañar (!) a la clase obrera; de lo contrario, debería haber dicho, francamente, que la *falta de seguridad* (!) de poder organizar el socialismo en nuestro país lleva hacia el abandono del poder, hacia la transformación del nuestro, de partido dirigente en partido de oposición”. (subrayado por mí).

Esto significa: “no tienes derecho a poner tus esperanzas más que en los escasos recursos de la economía nacional; no esperes nada de los recursos inagotables del proletariado mundial. Si no puedes prescindir de la revolución internacional, cede el poder, ese mismo poder de octubre que hemos conquistado en interés de la revolución internacional.” ¡He aquí hasta qué decadencia se puede llegar en el dominio de las ideas si se plantea de una manera radicalmente falsa la cuestión!

El proyecto expresa un pensamiento inobjetable cuando dice que los éxitos económicos de la URSS están indiscutiblemente ligados a la revolución proletaria mundial. Pero el peligro político de la nueva teoría está en el juicio comparativo erróneo sobre las dos palancas del socialismo mundial: la de nuestras realizaciones económicas y la de la revolución proletaria mundial. Sin que ésta triunfe no construiremos el socialismo. Los obreros de Europa y del mundo entero deben comprender esto claramente. La palanca de la construcción económica tiene una importancia enorme. Si la dirección comete faltas, la dictadura del proletariado se debilita; su caída asestaría tal golpe a la revolución mundial que ésta necesitaría una larga serie de años para reponerse. Pero la solución del proceso fundamental de la historia, suspendido entre el mundo del socialismo y el del capitalismo, depende de la segunda palanca, es decir, de la revolución proletaria internacional. La enorme importancia de la Unión Soviética consiste en que constituye

la base en que se apoya la revolución mundial y no en que, independientemente de ella, será capaz de construir el socialismo.

Adoptando un tono de superioridad que nada justifica, Bujarin nos pregunta repetidas veces:

“Si existen ya premisas, puntos de partida, una base suficiente e incluso ciertos éxitos en la obra de construcción del socialismo, ¿dónde está, entonces, el límite, la arista a partir de la cual ‘todo se opera en sentido inverso’? No hay tal límite”.

Esto es mala geometría y no dialéctica histórica. Puede haber esa “arista”. Pueden existir varias en los dominios interior, internacional, político, económico y militar. La “arista” más importante, la más amenazadora sería una consolidación seria y duradera, nuevo progreso del capitalismo mundial. Por consiguiente, desde el punto de vista político y económico, la cuestión nos lleva, pues, a la escena mundial. ¿Es que la burguesía puede asegurarse una nueva época de crecimiento capitalista? Negar esa eventualidad, contando con la situación “sin salida” del capitalismo, sería simplemente verborrea revolucionaria. “No hay situaciones que no tengan salida en absoluto” (Lenin). El estado actual de equilibrio inestable de las clases, existente en los países europeos, no puede durar infinitamente, precisamente porque es inestable.

Cuando Stalin-Bujarin demuestran que la URSS puede prescindir, como estado (es decir, en sus relaciones con la burguesía mundial), de la ayuda del proletariado extranjero, de su victoria contra la burguesía, pues la simpatía activa actual de las masas obreras nos preserva de la intervención armada, demuestran la misma ceguera que en todas las consecuencias de su error fundamental.

Es absolutamente innegable que, después del sabotaje socialdemócrata de la insurrección del proletariado europeo contra la, burguesía, después de la guerra, la simpatía activa de las masas obreras salvó a la república soviética. Durante estos últimos años, la burguesía europea no encontró fuerzas suficientes para sostener una gran guerra contra el estado obrero. Pero creer que esa correlación de fuerzas puede mantenerse durante muchos años, por ejemplo, hasta que hayamos construido el socialismo en la URSS, es dar prueba de una gran ceguera, es juzgar la curva por uno de sus segmentos reducidos. Una situación tan inestable, en la que el proletariado no puede tomar el poder ni la burguesía se siente firmemente dueña de la situación, debe, más pronto o más tarde, un año antes o un año después, decidirse brutalmente en un sentido o en otro, en el de la dictadura del proletariado o en el de una consolidación seria y duradera de la burguesía, que se instalará sobre las espaldas de las masas populares, sobre los huesos de los pueblos coloniales y... ¿quién sabe?, sobre los nuestros. “No hay situaciones absolutamente sin salida”. La burguesía puede escapar de una manera duradera a sus contradicciones más penosas únicamente siguiendo la ruta abierta por las derrotas del proletariado y los errores de la dirección revolucionaria. Pero lo contrario puede también suceder. No habrá nuevos progresos del capitalismo mundial (claro está, que si se tiene en cuenta la perspectiva de una nueva época de grandes conmociones) si el proletariado sabe encontrar el medio de salir por el camino revolucionario del presente equilibrio inestable.

“Es preciso que los partidos revolucionarios demuestran ahora, en el trabajo práctico [decía Lenin, el 19 de julio de 1920, en el Segundo Congreso], que tienen suficiente conciencia, espíritu de organización, contacto con las masas explotadas, resolución, habilidad para utilizar esta crisis en beneficio de una revolución que nos dé el triunfo”.

Nuestras contradicciones internas, que dependen directamente de la marcha de la lucha europea y mundial, pueden reglamentarse y atenuarse inteligentemente gracias a una política interior justa, basada en una previsión marxista; pero sólo se las podrá vencer eliminando las contradicciones de clases, lo que no puede ocurrir antes de que triunfe la revolución en Europa. Stalin tiene razón: hay divergencias justamente en este punto. Y ésta es la divergencia fundamental que existe entre el reformismo nacional y el internacionalismo revolucionario.

10.- La teoría del socialismo en un sólo país, fuente de errores socialpatriotas

La teoría del socialismo en un solo país conduce inevitablemente a menospreciar las dificultades que hay que vencer y a exagerar las realizaciones conseguidas. No se podría encontrar afirmación más antisocialista y antirrevolucionaria que la declaración de Stalin de que las 9/10 partes del socialismo están ya realizadas en nuestro país. Esto es el producto de la imaginación de un burócrata vanidoso. De esta manera se puede comprometer irremediamente la idea de la sociedad socialista ante las masas trabajadoras. Los éxitos obtenidos por el proletariado soviético son grandiosos si se tienen en cuenta las condiciones en que han sido obtenidos, así como el bajo nivel de cultura heredado del pasado. Pero esas realizaciones constituyen una muy pequeña cantidad si se las pesa en la balanza del ideal socialista. Para no cortar los ánimos al obrero, al jornalero agrícola, al campesino pobre (que en el año XI de la revolución ven en torno suyo la miseria, la pobreza, el paro, las colas ante las panaderías, el analfabetismo, los niños vagabundos, la embriaguez, la prostitución) es preciso decir la verdad, por cruel que sea, y no una agradable mentira. En lugar de mentir, asegurándoles que las 9/10 partes del socialismo están ya realizadas, es preciso decirles que actualmente, según nuestro nivel económico y nuestras condiciones de vida cotidiana y de cultura estamos mucho más cerca del capitalismo, y aún del capitalismo atrasado e inculto, que de la sociedad socialista. Es preciso decirles que sólo comenzaremos la *verdadera* organización del socialismo después de que el proletariado de los países más avanzados haya conquistado el poder, que es preciso trabajar sin descanso por instaurar el socialismo, sirviéndonos de las dos palancas: una, corta, la de nuestros esfuerzos económicos en el interior; la otra, larga, la de la lucha internacional del proletariado.

En una palabra; en lugar de las frases de Stalin sobre las 9/10 partes del socialismo ya realizadas, es preciso citarles estas palabras de Lenin:

“Rusia (indigente) sólo conocerá la abundancia si rechaza todo desaliento y toda fraseología, si, apretando los dientes, concentra todas sus fuerzas y pone en tensión sus nervios y sus músculos, si comprende que *sólo* es posible el éxito por medio de la revolución socialista internacional, en cuya época hemos entrado”.

Nos hemos visto obligados a oír a militantes de la Internacional Comunista expresar el argumento siguiente: evidentemente, la teoría del socialismo en un solo país no tiene consistencia, pero ofrece, en condiciones difíciles, una perspectiva a los obreros rusos, y por eso mismo les da valor. Es difícil medir la profundidad de la caída, desde el punto de vista teórico, de los que no buscan en un programa un medio de orientarse, un medio de clase, con una base científica, sino un consuelo moral. Las teorías consoladoras, que contradicen los hechos, forman parte de la religión y no de la ciencia, y la religión es el opio del pueblo.

Nuestro partido ha atravesado su período heroico con un programa que está enteramente orientado en la revolución internacional, y no en el socialismo en un solo país. La juventud comunista, que lleva un estandarte en el cual está escrito que la Rusia atrasada no construirá el socialismo por sus propias fuerzas, ha pasado a través de los años más duros de la guerra civil, a través del hambre, del frío, de los penosos sábados y domingos comunistas, de las epidemias, de los estudios hechos con el estómago vacío, de las víctimas innumerables que jalonaban cada paso recorrido. Los miembros del partido y de las juventudes comunistas combatieron en todos los frentes o acarrearón vigas en las estaciones no porque esperaban con éstas construir el edificio del socialismo nacional, sino porque servían a la revolución internacional, que exige que la fortaleza soviética resista, y para la fortaleza soviética cada nueva viga tiene su importancia. He aquí como abordábamos la cuestión. Los plazos han cambiado, se han prolongado (no tanto por otra parte); pero la manera de plantear el problema desde el punto de vista de los principios conserva todo su vigor aún ahora. El proletario, el campesino pobre insurrecto, el joven comunista, han demostrado de antemano, por su conducta anterior a 1925, época en la cual se predicó el nuevo evangelio por primera vez, que no lo necesitaban. Pero lo necesitaba el funcionario que mira a la masa de arriba a abajo, el administrador que lucha por migajas y no quiere que se le inquiete, el hombre de la burocracia que trata de mandar ocultándose tras la

fórmula saludable y consoladora. Son ellos los que creen que el pueblo oscuro necesita una “buena nueva”, que no se le puede dominar sin doctrinas consoladoras. Son justamente ellos los que aprovechan las palabras falsas sobre las “9/10 partes del socialismo”, pues esta fórmula consagra su posición privilegiada, su derecho al orden, al mando, su aspiración a liberarse de la crítica de los “hombres de poca fe” y de los “escépticos”.

Las quejas y acusaciones según las cuales la negación de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país extingue el espíritu y mata la energía se parecen mucho, a pesar de que las condiciones sean completamente diferentes, a los reproches que los reformistas formularon siempre contra los revolucionarios. “Decís a los obreros que no pueden obtener una mejora decisiva de su situación en los límites de la sociedad capitalista (objetaban los reformistas) y así matáis en ellos la energía para la lucha”. En realidad, sólo bajo la dirección de los revolucionarios los obreros lucharon de una manera eficaz por las conquistas económicas y las reformas parlamentarias.

El obrero que comprende que no se puede construir el paraíso socialista como un oasis en el infierno del capitalismo mundial, que el destino de la república soviética y, por consiguiente, el suyo, dependen enteramente de la revolución internacional, cumplirá su deber para con la URSS con mucha más energía que el obrero al cual se le ha dicho que lo que existe son ya las 9/10 partes del socialismo. La manera reformista de abordar la cuestión, en este punto como en todos los demás, perjudica no sólo a la revolución, sino también a la reforma.

En el artículo de 1915 ya citado, consagrado a la fórmula de los Estados Unidos de Europa, escribíamos:

“Examinar las perspectivas de la revolución social en los límites de una nación sería ser víctima del mismo espíritu nacional limitado que constituye el fondo del socialpatriotismo. Hasta el fin de sus días, Vaillant creyó que Francia era la tierra prometida de la revolución social; precisamente por eso quería defenderla hasta el fin. Leusch y consortes (unos hipócritamente, otros sinceramente) estimaban que la derrota de Alemania equivaldría, en primer lugar, a la destrucción de la base de la revolución social... En general, no hay que olvidar que, al lado del reformismo más vulgar, existe aún en los socialpatriotas un mesianismo revolucionario que canta las proezas de su estado nacional porque, considera que, por su situación industrial, su forma ‘democrática’ o sus conquistas revolucionarias, está precisamente llamado a llevar a la humanidad al socialismo o a la ‘democracia’. Si pudiera realmente concebirse la revolución triunfante en los límites de una nación mejor preparada, el programa de defensa nacional ligado a ese mesianismo tendría una justificación histórica relativa. Pero, en realidad, no hay ninguna. Luchar por conservar la base nacional de la revolución mediante métodos que minan las relaciones internacionales del proletariado, es zapar la revolución; ésta sólo puede comenzar en el terreno nacional, pero no puede acabarse sobre estos cimientos, teniendo en cuenta la interdependencia económica política y militar de los estados europeos, que nunca se ha manifestado con tanta fuerza como en el curso de la guerra actual. Justamente esta interdependencia, que condicionará directa e inmediatamente la coordinación de los actos del proletariado europeo en el curso de la revolución, se expresa en la fórmula de los Estados Unidos de Europa”.

Partiendo de la falsa interpretación que daba a la polémica de 1915, Stalin intentó más de una vez presentar la fórmula “espíritu nacional limitado” como dirigida contra Lenin. Sería difícil imaginar un absurdo mayor. Cuando polemiqué con Lenin, lo hice siempre abiertamente, pues siempre me guié únicamente por consideraciones ideológicas. En ese caso no se trataba ni mucho menos de Lenin. El artículo nombra francamente a aquellos contra quienes van dirigidas las acusaciones: Vaillant, Leusch, etc. Es preciso recordar que 1915 fue el año de la orgía socialpatriótica, y que nuestra lucha contra ella alcanzaba su punto culminante. Con esta piedra de toque abordábamos todas las cuestiones.

El problema fundamental contenido en la cita que acabamos de reproducir está indudablemente presentado de una manera justa: *prepararse a organizar el socialismo en un solo país es un procedimiento socialpatriota*.

El patriotismo de los socialdemócratas alemanes ha comenzado por ser el patriotismo muy legítimo que sentían hacia su partido, el más poderoso de la Segunda Internacional. La socialdemocracia alemana tenía la intención de erigir “su” sociedad socialista basándose en la alta

técnica alemana y en las cualidades superiores de organización del pueblo alemán. Si se deja de lado a los burócratas empedernidos, a los arribistas, a los negociantes parlamentarios y a los estafadores políticos en general, el socialpatriotismo del socialdemócrata de filas se derivaba precisamente de la esperanza de construir el socialismo alemán. No se puede pensar que los centenares de millares de militantes que formaban los cuadros socialdemócratas (sin hablar de los millones de obreros de base) trataran de defender a los Hohenzollern o a la burguesía. No, querían proteger la industria alemana, las carreteras y los ferrocarriles alemanes, la técnica y la cultura alemanas, y, sobre todo, las organizaciones de la clase obrera alemana como premisas nacionales “necesarias y suficientes” del socialismo.

En Francia se producía también un proceso del mismo género. Guesde, Vaillant, y con ellos millares de los mejores militantes del partido, centenares de millares de simples obreros, creían que era justamente Francia, con sus tradiciones insurreccionales, su proletariado heroico, su población flexible, altamente culta, la tierra prometida del socialismo. El viejo Guesde, Vaillant el comunista, y con ellos millares y centenares de millares de honrados obreros, no defendían ni a los banqueros ni a los rentistas. Creían sinceramente defender la base y la fuerza creadora de la sociedad socialista futura. Adoptaban enteramente la teoría del socialismo en un solo país; sacrificaban “provisionalmente” (así lo creían en beneficio de esta idea) la solidaridad internacional.

Esta comparación con los socialpatriotas hará responder, ciertamente, que, con relación al estado de los soviets, el patriotismo es un deber revolucionario, mientras que hacia el estado burgués constituye una traición. Esto es verdad. ¿Hay algún revolucionario mayor de edad que pueda discutir semejante cuestión? Pero cuanto más se avanza más sirve una tesis indiscutible para disfrazar por medios escolásticos un punto de vista falso, y que, además, se sabe que lo es.

El patriotismo revolucionario no puede tener más que un carácter de clase. Comienza por ser el patriotismo del partido y del sindicato, y se eleva hasta convertirse en patriotismo del estado, cuando el proletariado se apodera del poder. Allí donde el poder está en manos de los obreros, el patriotismo es un deber revolucionario. Pero este patriotismo debe ser parte integrante del internacionalismo revolucionario, de la internacional revolucionaria. El marxismo ha enseñado siempre a los obreros que incluso la lucha por los salarios y la limitación de la jornada de trabajo no puede tener éxito si no es una lucha internacional. Y he aquí que actualmente, de golpe, nos encontramos con que el ideal de la sociedad socialista puede realizarse con las solas fuerzas de una nación. Es un golpe mortal asestado a la Internacional. La convicción inquebrantable de que el objetivo fundamental de clase no puede alcanzarse, aún menos que los objetivos parciales, por medios nacionales, o en el marco de una nación, constituye la médula del internacionalismo revolucionario. Si se puede llegar al objetivo final en el interior de las fronteras nacionales por los esfuerzos del proletariado de una nación, entonces se rompe la espina dorsal del internacionalismo. La teoría de la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país, rompe la relación interior que existe entre el patriotismo del proletariado vencedor y el derrotismo del proletariado de los países burgueses. Hasta ahora el proletariado de los países capitalistas avanzados no hace otra cosa que marchar hacia el poder. ¿Cómo marchará hacia él, qué caminos seguirá en su marcha? Todo esto depende por completo, enteramente, de cómo considere la construcción de la sociedad socialista, es decir, de que la considere como un problema nacional o internacional.

En general, si es posible realizar el socialismo en un sólo país se puede admitir, esta teoría no solamente *después* de la conquista del poder, sino también *antes*. Si el socialismo es realizable en el marco nacional de la URSS atrasada, lo será mucho más en el de la Alemania avanzada. Mañana, los responsables del Partido Comunista de Alemania desarrollarán esta teoría. El proyecto de programa les da ese derecho. Pasado mañana le tocará el turno al Partido Comunista de Francia. Eso será el comienzo de la descomposición de la Internacional Comunista, que seguirá la línea política del socialpatriotismo. El partido comunista de cualquier país capitalista, después de haberse imbuido de la idea de que hay en el seno de su estado todas las premisas “necesarias y suficientes” para construir por sus propias fuerzas “la sociedad socialista integral”, en el fondo no se distinguirá en nada de la socialdemocracia revolucionaria, que tampoco había comenzado por Noske, pero que fracasó definitivamente al tropezar con esta cuestión el 4 de agosto de 1914.

Cuando se dice que el hecho mismo de la existencia de la URSS es una garantía contra el socialpatriotismo, pues el patriotismo hacia la república obrera es un deber revolucionario, se expresa justamente el espíritu nacional limitado por esta utilización unilateral de una idea justa: sólo se mira a la URSS y se cierran los ojos ante el proletariado mundial. No se puede orientar a éste por el derrotismo hacia el estado burgués sino abordando en el programa el problema esencial desde el punto de vista internacional, rechazando sin piedad el contrabando socialpatriota que se oculta aún, tratando de hacer su nido en el dominio teórico del programa de la internacional leninista.

Aún no es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos, para retornar a la senda de Marx y de Lenin. Este retorno abrirá el único camino que se puede concebir para ir adelante. Para facilitar este cambio saludable presentamos al VI Congreso de la Internacional Comunista esta crítica del proyecto de programa.

II.- LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA EN LA ÉPOCA IMPERIALISTA

1.-Total inconsistencia del capítulo principal del proyecto

El proyecto de programa comprende un capítulo consagrado a los problemas de la estrategia revolucionaria. No se puede por menos de reconocer esta intención como justa pues corresponde enteramente a los fines y al espíritu de un programa internacional del proletariado durante la época imperialista.

El concepto de una estrategia revolucionaria se consolidó en los años de posguerra, al principio, indudablemente, gracias a la afluencia de la terminología militar, pero no por puro azar. Antes de la guerra no habíamos hablado más que de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía con exactitud suficiente a los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no salían del marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular de actualidad o a un dominio determinado de la lucha de clases. La estrategia revolucionaria se extiende a un sistema combinado de acciones que en su relación y sucesión, como en su desarrollo, deben llevar al proletariado a la conquista del poder.

Es evidente que los principios fundamentales de la estrategia revolucionaria han sido formulados desde que el marxismo planteó ante los partidos revolucionarios del proletariado el problema de la conquista del poder sobre la base de la lucha de clases. Pero, en el fondo, la Primera Internacional sólo logró formular esos principios en el plano teórico y comprobarlos en parte gracias a la experiencia de diferentes países. La época de la Segunda Internacional obligó a recurrir a métodos y a concepciones a causa de los cuales, según la famosa expresión de Bernstein, “el movimiento es todo, el objetivo final no es nada”. En otros términos: la labor estratégica se reducía a nada, se disolvía en el “movimiento” cotidiano con sus fórmulas cotidianas de táctica. Sólo la Tercera Internacional restableció los derechos de la estrategia revolucionaria del comunismo, a la cual subordinó completamente los métodos tácticos. Gracias a la experiencia inapreciable de las dos primeras internacionales, sobre cuyos hombros se alza la tercera; gracias al carácter revolucionario de la época actual y a la inmensa experiencia histórica de la revolución de octubre, la estrategia de la Tercera Internacional adquirió inmediatamente una combatividad y una experiencia histórica enormes. Al mismo tiempo, la primera década de la nueva internacional desarrolla ante nosotros un panorama donde no hay sólo inmensas batallas, sino también crueles derrotas del proletariado a partir de 1918. He aquí por qué los problemas de estrategia y de táctica deben, evidentemente, ocupar el lugar principal en el programa de la Internacional Comunista. Sin embargo, en realidad, el capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y la táctica de la Internacional Comunista (que lleva como subtítulo “La ruta hacia la dictadura del proletariado”)

es el más débil; apenas tiene fondo; la parte concerniente a Oriente es una combinación de los errores cometidos en el pasado y prepara otros nuevos.

La parte que sirve de introducción a este capítulo se ocupa de la crítica del anarquismo, del sindicalismo revolucionario, del socialismo constructivo, del socialismo guildista, etc. Es una imitación puramente literaria del *Manifiesto Comunista*, que inauguró la era de una política proletaria basada en la ciencia mediante una crítica severa y genial de las diversas variedades del socialismo utópico. Criticar rápida y pobremente (en el décimo aniversario de la Internacional Comunista) las “teorías” de Cornélissen, de Arturo Labriola de Bernard Shaw o de los guildistas muy poco conocidos, no responde a una necesidad política sino que es la consecuencia de una pedantería estrictamente literaria. Se puede echar resueltamente ese peso muerto fuera del programa, dejarlo para las publicaciones de propaganda.

A continuación, en lo que concierne a los problemas estratégicos, propiamente dichos, el proyecto se limita a dar modelos apropiados para las escuelas primarias:

“Conquistar (¿?), influenciar en la mayoría de los miembros de su propia clase...”

“Conquistar (¿?), influenciar en vastos círculos de trabajadores en general...”

“El trabajo efectuado cotidianamente para conquistar sindicatos es particularmente importante...”

“La conquista de vastos círculos de campesinos pobres tiene también (¿?) una enorme importancia...”

Todas estas verdades elementales, indiscutibles en sí mismas, están simplemente enumeradas unas después de otras, es decir sin relacionarlas con el carácter histórico de la época; por ello, bajo la forma escolar y abstracta que revisten actualmente, podrían entrar a formar parte, fácilmente, de una resolución de la II Internacional. Se examina el problema fundamental del programa, es decir, la estrategia del golpe de estado revolucionario (las condiciones y los métodos para desencadenar la insurrección propiamente dicha, la conquista del poder) con aridez y parsimonia, en un pasaje esquemático que ocupa menos espacio del que se consagra al socialismo “constructivo” y “guildista”; de una manera abstracta, pedante, sin recurrir nunca a la experiencia viva de nuestra época.

Se mencionan las grandes batallas del proletariado en Finlandia, en Alemania y en Austria, la república de los soviets de Hungría, las jornadas de septiembre en Italia, los acontecimientos de 1923 en Alemania, la huelga general en Inglaterra, etc., en una enumeración cronológica árida, y no en el capítulo VI, que trata de la estrategia del proletariado, sino en el capítulo II, que expone “la crisis del capitalismo y la primera fase de la revolución mundial”. Es decir, se consideran los grandes combates del proletariado sólo como acontecimientos objetivos, como expresión de “la crisis general del capitalismo”, y no como experiencia estratégica del proletariado. Bastará decir que en el proyecto se condenan (y ello es un deber ineludible) las aventuras revolucionarias, el putchismo, sin intentar siquiera determinar si, por ejemplo, la sublevación de Estonia, la explosión de la catedral de Sofía en 1924 o la última insurrección de Cantón fueron aventuras revolucionarias heroicas, o, por el contrario, acciones metódicas de la estrategia revolucionaria del proletariado. Un proyecto que no se pronuncia acerca de esta cuestión urgente es simplemente un documento diplomático y no un estudio sobre la estrategia comunista.

Evidentemente, no se debe al azar la manera abstracta en que el proyecto plantea los problemas de la lucha revolucionaria del proletariado, colocándose por encima de la historia. A la forma literaria, pedante, bujariana, de plantear las cuestiones viene a añadirse otra: los autores del proyecto, por razones demasiado comprensibles, prefieren, en general, no tocar muy de cerca las lecciones estratégicas de los cinco últimos años.

No se puede, sin embargo, considerar un programa de acción revolucionaria como una recopilación de tesis abstractas, independientes de lo que ha ocurrido durante estos años históricos. Evidentemente, un programa no puede narrar todo lo sucedido, pero debe referirse a ello, apoyarse en ello. Es preciso que el programa permita comprender, a través de sus tesis, todos los grandes acontecimientos de la lucha del proletariado, y todos los hechos importantes de la lucha ideológica en el seno de la Internacional Comunista. Si esto es verdad para el conjunto del programa, lo es mucho más para la parte especialmente consagrada a la estrategia y a la táctica. Aquí, es preciso, según la expresión de Lenin, *registrar lo que se ha conquistado*, así como lo

que se ha dejado escapar y que se podrá conquistar si se comprenden y asimilan bien las lecciones del pasado. La vanguardia proletaria no necesita un catálogo de lugares comunes sino un manual de acción. Examinaremos, pues, los problemas del capítulo “estratégico” relacionándolos lo más posible con la experiencia de la lucha de después de la guerra, sobre todo de la de los cinco últimos años, años de errores trágicos de la dirección.

2.- Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y papel del partido

La época imperialista es la de las revoluciones proletarias pero el capítulo consagrado a la estrategia y a la táctica no caracteriza siquiera de una manera un poco coherente, desde el punto de vista “estratégico”, la época imperialista como época de revoluciones proletarias, confrontándola con la de antes de la guerra.

Es verdad que en el capítulo primero el proyecto caracteriza la época del capitalismo industrial en su conjunto como

“un periodo de evolución relativamente continua, de propagación del capitalismo por todo el globo terrestre gracias al reparto de las colonias aún no ocupadas, apoderándose de ellas con las armas en la mano...”

Esta apreciación es, ciertamente, bastante contradictoria; embellece de forma manifiesta la época del capitalismo industrial que ha conocido grandes conmociones, guerras y revoluciones, superando en violencia a todo el pasado. Hubiera sido necesario representarla como un idilio para justificar algo la reciente afirmación burlesca de los autores del proyecto de que en la época de Marx y Engels “no se podía siquiera” hablar de la ley del desarrollo desigual. Pero si es falso considerar la historia del capitalismo industrial como una “evolución continua”, es correcto, sin embargo, poner de relieve que la época que vivió el mundo, y Europa en particular, de 1871 a 1914, o, al menos, hasta 1905, fue un periodo en que las contradicciones se acumularon en el marco de la paz armada desde el punto de vista internacional, y en las relaciones entre las clases, en el interior de Europa, casi sin salir de los límites de la lucha legal. Entonces surgió, se desarrolló y se petrificó la II Internacional, cuya misión progresiva histórica termina con el comienzo de la guerra imperialista.

La política, considerada como fuerza histórica de masas, está siempre retrasada con respecto a la economía. Si el reinado del capital financiero y de los monopolios y *trusts* comenzó a fines del siglo XIX, no se reflejó en la política mundial hasta después de la guerra imperialista, de la Revolución de Octubre y de la creación de la III Internacional.

En el fondo del carácter explosivo de la nueva época, con sus bruscas alternativas de flujos y reflujos políticos, con sus espasmos continuos de lucha de clases entre el fascismo y el comunismo, subyace el hecho que, históricamente, el sistema capitalista mundial está agotado; ya no es capaz de progresar *en bloque*. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no puedan progresar con un ritmo desconocido hasta ahora. Pero ese progreso se realiza y se realizará en detrimento del de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista mundial devoran cada vez más sus beneficios. Como Europa está habituada a dominar el mundo, con la fuerza de la inercia adquirida por su rápido crecimiento de antes de la guerra, que se efectuaba casi sin interrupción, ha chocado más brutalmente que las otras partes del mundo contra la nueva correlación de fuerzas, contra el nuevo reparto del mercado mundial, contra las contradicciones cada vez más profundas a causa de la guerra; por eso es precisamente Europa quien sufre la transición más brusca de la época de desarrollo “orgánico” de antes de la guerra a la de las revoluciones.

Teóricamente no se puede excluir la posibilidad de un nuevo periodo de progreso capitalista *general* en los países más avanzados, dominadores y animadores. Pero para eso el capitalismo tendría que saltar previamente inmensas barreras en el dominio de las clases y en el de las relaciones entre estados; aplastar por largo tiempo la revolución proletaria, reducir definitivamente a China a la esclavitud, derribar la república de los soviets, etc. Todo eso está aún muy lejos. Una eventualidad teórica difiere mucho de una probabilidad política. Ni que decir tiene que en esto no pocas cosas dependen de nosotros mismos, es decir, de la estrategia revolucionaria

de la Internacional Comunista. En último análisis, resolverá esta cuestión la lucha mundial entre las clases. Pero, en la época actual, para la cual está establecido el programa, el desarrollo general del capitalismo se encuentra ante barreras infranqueables hechas de contradicciones, entre las cuales, este desarrollo conoce furiosos remolinos. Esto es, justamente, lo que le da a la época un carácter de revolución, y a la revolución un carácter de permanente.

El carácter revolucionario de la época no consiste en que permite realizar la revolución, es decir, apoderarse del poder a cada momento, sino en sus profundas y bruscas oscilaciones, en sus transiciones frecuentes y brutales que la hacen pasar de una situación directamente revolucionaria, en que el partido comunista puede pretender arrancar el poder, a la victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, de esta última al régimen provisional del justo medio (bloque de las izquierdas en Francia, entrada de la socialdemocracia en la coalición en Alemania, advenimiento al poder del partido de Mac Donald en Inglaterra, etc.) para hacer de nuevo, más tarde, las contradicciones cortantes como una navaja de afeitar y plantear claramente el problema del poder.

¿A qué hemos asistido en Europa en el curso de las últimas décadas que precedieron a la guerra? En el dominio económico, a una poderosa progresión de las fuerzas productivas a través de las oscilaciones “normales” de la coyuntura de la situación industrial. En el de la política, al crecimiento de la socialdemocracia, sufriendo zigzags de orden secundario, en detrimento del liberalismo y de la “democracia”. En otros términos: a un proceso metódico en el cual se agravaban las contradicciones económicas y políticas; en ese sentido, se creaban las premisas de la revolución proletaria.

¿Frente a qué nos encontramos en Europa después de la guerra? En economía: altos y bajos irregulares, convulsiones de la producción que gravitan, en general, a pesar de los grandes progresos de la técnica en ciertas ramas, en torno al nivel de antes de la guerra. En política: oscilaciones furiosas de la situación a izquierda y a derecha. Es absolutamente evidente que los bruscos cambios que operan en esta situación en el curso de uno, dos o tres años están determinados no por modificaciones de los factores fundamentales de la economía, sino por causas e impulsos que provienen estrictamente del dominio de la superestructura, simbolizando así la extrema inestabilidad de todo el sistema, cuyos cimientos carcomen las contradicciones incompatibles.

De ahí se deduce integralmente la significación de la estrategia revolucionaria por oposición a la táctica, y también la nueva significación del partido y de su dirección.

El proyecto se limita a dar una definición del partido desde el punto de vista de la forma (vanguardia, teoría del marxismo, encarnación de la experiencia, etc.) que no produciría ninguna disonancia en el programa de la socialdemocracia de izquierda de antes de la guerra. Actualmente todo eso es absolutamente insuficiente.

Frente a un capitalismo en expansión, la mejor dirección del partido no podía hacer otra cosa más que precipitar la formación del partido obrero. Por el contrario, los errores de la dirección no podían tener otro resultado más que retrasar esa formación. Las premisas objetivas de la revolución proletaria maduraban lentamente; el trabajo del partido conservaba su carácter de preparación.

Actualmente, toda nueva variación brusca de la situación política hacia la izquierda pone la decisión en manos del partido revolucionario. Si éste deja pasar el momento crítico en que la situación cambia, ésta se transforma en su antinomia. En tales circunstancias, la función de la dirección del partido adquiere una importancia excepcional. Cuando decía que dos o tres días pueden decidir la suerte de la revolución internacional, Lenin no habría podido ser comprendido en la época de la II Internacional. Por el contrario, en nuestra época esas palabras han recibido demasiadas confirmaciones, todas en un sentido negativo, con excepción de octubre. Sólo el conjunto de esas condiciones hace comprender el lugar excepcional que la Internacional Comunista y su dirección ocupan en la época histórica presente.

Es preciso comprender claramente que la causa fundamental y original de la llamada “estabilización” es la contradicción existente entre el desquiciamiento económico y social que han sufrido la Europa capitalista y el oriente colonial, de una parte, y de otra, la debilidad, la falta de preparación, la irresolución de los partidos comunistas y los errores crueles de su dirección.

No es la amada estabilización, venida no se sabe de dónde, la que detuvo el desenvolvimiento de la situación revolucionaria de 1918-1919 o de los años posteriores, sino que, por el contrario, fue esa situación, que no se había aprovechado, la que se transformaba en su antinomia y aseguraba a la burguesía la posibilidad de luchar con un éxito relativo a favor de la estabilización. Las contradicciones cada vez más agudas de esta lucha por la “estabilización”, o, mejor dicho, por la continuación de la existencia y el desarrollo del capitalismo, preparan en cada nueva etapa las premisas de nuevas conmociones en el dominio de las clases y de las relaciones internacionales, es decir, de nuevas situaciones revolucionarias, cuyo desarrollo depende enteramente del partido proletario.

El rol del factor subjetivo puede quedar completamente subordinado durante la época de la revolución orgánica lenta, cuando nacen justamente los diversos proverbios de la gradualidad: “quien mucho corre, pronto para”, “nadie está obligado a hacer más de lo que puede”, etc., que reflejan la sabiduría de la táctica de la época del crecimiento orgánico, que no puede soportar que se “salten las etapas”. Mientras que, cuando las premisas objetivas están maduras, la clave de todo el proceso histórico pasa a manos del factor subjetivo, es decir, del partido. El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, se inclina siempre a menospreciar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de su dirección. Esto se hace sentir en las discusiones que se produjeron acerca de las lecciones del octubre alemán, del Comité Angloruso y de la revolución china. En todas esas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista siguió una línea política que contaba directamente con las “masas” y, por consiguiente, olvidaba los problemas de la dirección revolucionaria. Esta manera de abordar la cuestión, en general, falsa desde el punto de vista teórico, es particularmente funesta durante la época imperialista.

La Revolución de Octubre fue el resultado de una correlación de fuerzas de clases especial en Rusia y en el mundo entero y del desarrollo particular que habían adquirido en el proceso de la guerra imperialista. Esta tesis general es elemental para un marxista. Sin embargo, no se contradice ni mucho menos al marxismo si, por ejemplo, se hace la pregunta siguiente: ¿Nos habríamos apoderado del poder en octubre si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en tiempo oportuno? Numerosos signos indican que podríamos no haberlo conquistado. Incluso en presencia de Lenin, la resistencia fue muy considerable en las esferas superiores del partido (que, dicho sea de paso, eran en gran parte los mismos hombres que determinan la política actual). La resistencia hubiera sido infinitamente más fuerte si Lenin no hubiera estado presente. El partido habría podido no lograr adoptar con tiempo la orientación necesaria, y nos quedaba muy poco tiempo. En periodos semejantes, algunos días son a veces decisivos. Las masas obreras habrían ejercido presión desde abajo con un gran heroísmo, pero sin una dirección que marchase conscientemente y con certidumbre hacia el fin, la victoria habría sido poco probable. Entre tanto, después de haber cedido Petrogrado a los alemanes y vencido las insurrecciones proletarias desperdigadas, la burguesía habría podido consolidar su poder, tomando muy probablemente una forma bonapartista, concertando una paz separada con Alemania y adoptando otras medidas. La marcha de los acontecimientos habría podido seguir otro camino durante una serie de años.

Durante las revoluciones alemana de 1918 y húngara de 1919, en el movimiento del proletariado italiano de septiembre de 1920, en la huelga general inglesa de 1926, en la insurrección vienesa de 1927, durante la revolución china de 1925-1927, en grados diferentes, bajo formas diversas, se hace sentir la misma contradicción política de toda la década: en una situación revolucionaria madura, no solamente por sus bases sociales, sino, frecuentemente, también por el estado de espíritu combativo de las masas, falta el factor subjetivo, es decir, un partido revolucionario de masas, y si existe, carece de una dirección perspicaz y valiente. Desde luego, la debilidad de los partidos comunistas y de su dirección no ha llovido del cielo, sino que es un producto del pasado de Europa. Puesto que las condiciones revolucionarias objetivas están actualmente maduras, los partidos revolucionarios podrían desarrollarse, evidentemente, con un ritmo rápido si la dirección de la internacional obrase juiciosamente, precipitando el proceso de su madurez, y no retrasándolo. Si, en general, la contradicción es el resorte más importante del movimiento de progresión, entonces, actualmente, para la Internacional Comunista, o, al menos, para su parte europea, el resorte principal del movimiento histórico debe ser una comprensión

clara de la contradicción existente entre la madurez general (a pesar de los flujos y reflujos) de la situación objetiva y la falta de madurez del partido internacional del proletariado.

Si no se comprende de una manera amplia, generalizada, dialéctica, que la actual es una época de cambios bruscos, no es posible educar verdaderamente a los jóvenes partidos, dirigir juiciosamente desde el punto de vista estratégico la lucha de clases, combinar exactamente sus procedimientos tácticos ni, sobre todo, cambiar de armas brusca, resuelta, audazmente ante cada nueva situación. Y precisamente, dos o tres días de cambio brusco deciden a veces de la suerte de la revolución internacional para varios años.

El capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y a la táctica habla de la lucha del partido por conquistar al proletariado *en general*, de la huelga general y de la insurrección *en general*, pero no explica el carácter particular y el ritmo de la época actual, y sin comprenderlos teóricamente, sin “sentirlos”, en política no se puede concebir una dirección verdaderamente revolucionaria.

Por eso este capítulo es tan pobre, tan pedante, tan inconsistente, desde el comienzo hasta el fin.

3.- El III Congreso y la cuestión de la permanencia del proceso revolucionario según Lenin y Bujarin

En el desarrollo político que Europa ha seguido después de la guerra se pueden distinguir tres periodos: el primero, de 1917 a 1921; el segundo, de marzo de 1921 a octubre de 1923, y el tercero de octubre de 1923 a la huelga general inglesa, e incluso hasta ahora.

El movimiento revolucionario de masas después de la guerra era completamente suficiente para derribar a la burguesía. Pero no había nadie para dirigirlo. La socialdemocracia, que estaba a la cabeza de las viejas organizaciones de la clase obrera, concentró todas sus fuerzas para salvar el régimen burgués. Esperando que en ese periodo el proletariado conquistase directamente el poder, dábamos por descontado que el partido revolucionario maduraría rápidamente en el fuego de la guerra civil. Pero los plazos no coincidieron. La ola revolucionaria de después de la guerra se retiró antes de que los partidos comunistas en lucha contra la socialdemocracia hubieran crecido y se hubieran reforzado suficientemente para dirigir la insurrección.

En marzo de 1921, el Partido Comunista de Alemania hace una tentativa para utilizar el reflujo y derribar de un golpe el estado burgués. El pensamiento que guiaba al comité central alemán era salvar la república de los soviets (todavía no había surgido la teoría del socialismo en un solo país). Pero para vencer no bastaban la resolución de la dirección y el descontento de las masas; eran necesarias otras condiciones, y, sobre todo, un estrecho contacto entre la dirección y las masas, así como la confianza de éstas hacia aquélla. Esta condición faltaba.

El III Congreso de la Internacional Comunista, que es el jalón que marca la separación entre el segundo y el tercer periodo, estableció que los recursos políticos y de organización de los partidos comunistas eran insuficientes para conquistar el poder y determinó que había que marchar “hacia las masas”, es decir, hacia la conquista del poder por la *conquista previa de las masas*, basándose en su lucha y en su vida cotidianas. Incluso en una época revolucionaria, y a pesar de todos los cambios, las masas viven la vida de todos los días.

Esta manera de abordar el problema encontró en el congreso una resistencia furiosa, cuyo inspirador teórico era Bujarin, que adoptó entonces el punto de vista de la revolución permanente, no el de Marx, sino el suyo: *puesto que el capitalismo está muerto, entonces es preciso sostener sin cejar la ofensiva revolucionaria para obtener la victoria*. La argumentación de Bujarin se redujo siempre a silogismos de este género.

No creo necesario decir que no he compartido nunca la teoría de Bujarin sobre la revolución “permanente”, según la cual no se puede concebir en el proceso revolucionario ninguna discontinuidad: periodo de calma, retrocesos, reivindicaciones transitorias, etc. Por el contrario, desde los primeros días de octubre he combatido esta caricatura de la revolución permanente.

Cuando hablaba, como Lenin, de la incompatibilidad existente entre Rusia soviética y el mundo del imperialismo, yo tenía en cuenta la gran curva de la estrategia y no sus sinuosidades de táctica. Por el contrario, Bujarin, antes de transformarse en su antinomia, desarrolló invariablemente su caricatura escolástica de la teoría marxista de la revolución continua. Durante toda la época del “comunismo de izquierda”, Bujarin estimó que la revolución no admitía ni retiradas ni compromisos provisionales con el enemigo. Mucho tiempo después del problema planteado en Brest-Litovsk, ante el cual mi actitud no tuvo nada de común con la de Bujarin, éste, con toda el ala ultraizquierdista de la Internacional Comunista de entonces, adoptó la línea política de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania, estimando que, si no se “electrizaba” al proletariado de Europa, si no se producían nuevos estallidos revolucionarios, el poder de los soviets iba a perecer inevitablemente. Aunque tuviese conciencia de los peligros que amenazaban al poder de los soviets, ello no me impidió luchar en el III Congreso, hombro con hombro con Lenin, contra esta parodia putchista de la concepción marxista de la revolución permanente. Dirigiéndonos a los izquierdistas impacientes, durante ese congreso repetimos decenas de veces: no es precipitéis para salvarnos; así no haréis más que perderos y, por consiguiente, perdernos también; seguid el camino de la lucha sistemática para conquistar a las masas, para llegar a la conquista del poder; tenemos necesidad de vuestra victoria y no de que estéis prestos a batiros por nosotros en condiciones desfavorables; en la Rusia soviética, nos mantendremos en nuestras posiciones basándonos en la NEP y avanzaremos un poco; podréis venir en el momento oportuno en nuestra ayuda, preparando vuestras fuerzas y aprovechando una situación favorable.

Incluso después del X Congreso, que prohibió la formación de fracciones, Lenin tomó la iniciativa de crear el núcleo de una nueva fracción para luchar contra el ultraizquierdismo, que era fuerte en esta época; en nuestras reuniones restringidas, Lenin planteaba la cuestión de cómo sería necesario luchar más tarde si el III Congreso hacía suya la actitud de Bujarin. Nuestra “fracción” de entonces no se amplió pues, ya en el congreso, el frente de los adversarios disminuyó sensiblemente.

Naturalmente, Bujarin se alejaba a la izquierda del marxismo más que los otros. En ese mismo III Congreso y después de él, Bujarin combatió una idea que yo desarrollé: la de un mejoramiento inevitable de la situación económica en Europa; yo esperaba que, después de una serie de derrotas del proletariado, ese relanzamiento económico no asestaría un golpe a la revolución, sino, por el contrario, determinaría un nuevo impulso de la lucha revolucionaria. Bujarin, con su punto de vista de la permanencia escolástica no sólo de la crisis económica, sino también de la revolución en su conjunto, me combatió mucho, hasta que los hechos le obligaron a reconocer, como siempre, con mucho retraso, que se había equivocado.

En el tercer y cuarto congresos, Bujarin combatió la política del frente único y de las reivindicaciones transitorias, partiendo de su concepción mecánica de la permanencia del proceso revolucionario.

Se podría seguir la lucha de esas dos tendencias, la marxista, sintética, del carácter continuo de la revolución proletaria y la parodia del marxismo (que no es, ni mucho menos, una particularidad individual de Bujarin) en toda una serie de cuestiones, tanto de detalle como de primera importancia, Pero es inútil: en el fondo, la actitud que adopta Bujarin hoy es la misma escolástica de la “revolución permanente” presentada simplemente al revés. Si, por ejemplo, hasta 1923, Bujarin estimaba que sin crisis económicas y sin guerra civil permanentes en Europa la república de los soviets perecería, por el contrario, ahora ha descubierto una receta que permite construir el socialismo prescindiendo de la revolución internacional. La permanencia bujariana vuelta del revés no es mejor que antes, sobre todo porque, frecuentemente los dirigentes actuales de la Internacional Comunista combinan su actitud oportunista de hoy con el espíritu aventurero de ayer e inversamente.

El III Congreso fue un jalón de gran importancia. Sus enseñanzas están vivas y son fecundas aún hoy día. El IV Congreso no hizo más que concretarlas. La fórmula del III Congreso no decía simplemente: *hacia las masas*, sino *hacia el poder conquistando previamente a las masas*. Al final del congreso, en el curso del cual, en todas las sesiones, la fracción dirigida por Lenin (que éste llamaba, significativamente, ala “derecha”) recomendó insistentemente mayor moderación, Lenin convocó una pequeña conferencia en la que lanzó una advertencia profética:

“Recuerden ustedes que se trata simplemente de tomar bien el impulso para dar el salto revolucionario; la lucha por las masas es la lucha por el poder”.

Los acontecimientos de 1923 han demostrado que no solamente los “dirigidos”, sino incluso no pocos dirigentes no habían seguido esta recomendación de Lenin.

4.- Los acontecimientos de 1923 en Alemania y las lecciones de octubre

El punto crítico que inaugura el nuevo periodo de la evolución de la Internacional Comunista después de Lenin son los acontecimientos de 1923 en Alemania. La ocupación del Rhur por las tropas francesas (a principios de 1923) significaba que Europa volvía a caer en el caos guerrero. Aunque este segundo acceso de la enfermedad fuese incomparablemente más débil que el primero, teniendo en cuenta que caía sobre el organismo de Alemania, agotado ya desde el principio, era preciso esperar, desde el principio, complicaciones revolucionarias agudas. La dirección de la Internacional Comunista no lo tuvo en cuenta en tiempo oportuno. El Partido Comunista de Alemania continuaba entonces viviendo de la fórmula del III Congreso, que le había alejado con firmeza de la ruta del putchismo amenazador, pero que asimiló de una manera unilateral. Ya hemos dicho más arriba que en nuestra época de cambios bruscos lo que es más difícil para una dirección revolucionaria es saber en el momento oportuno tomar el pulso a la situación política, percibir su inflexión brusca y cambiar firmemente de rumbo. Semejantes cualidades de dirección revolucionaria no se obtienen simplemente por el hecho de prestar juramento de fidelidad a la última circular de la Internacional Comunista; se conquistan, si las premisas teóricas indispensables existen, por la experiencia adquirida por sí mismo y practicando una autocrítica verdadera. No sin dificultad se realizó el giro que llevó de la táctica de las jornadas de marzo de 1921 a la actividad revolucionaria sistemática en la prensa, en las reuniones, en los sindicatos y en el parlamento. Vencida la crisis debida al cambio de situación, creció el peligro desarrollarse una nueva desviación unilateral, de carácter completamente opuesto. La lucha cotidiana para conquistar a las masas absorbe toda la atención, crea su propia rutina en la táctica e impide ver los problemas estratégicos que se deducen de las modificaciones de la situación objetiva.

En el verano de 1923 la situación interior de Alemania, sobre todo en lo que concernía a la quiebra de la táctica de resistencia pasiva, tomó el carácter de una catástrofe. Era absolutamente evidente que la burguesía alemana sólo lograría salir de esta situación “sin salida” si el partido comunista no comprendía que la burguesía estaba en esa situación y no deducía de ello todas las conclusiones revolucionarias necesarias. Pero, precisamente, el partido comunista, que tenía la llave en sus manos, la utilizó para abrir las puertas a la burguesía.

¿Por qué la revolución alemana no ha llevado a la victoria? Las causas de este hecho deben buscarse enteramente en la táctica y no en las condiciones o en el azar. Tenemos aquí un ejemplo clásico de cómo se deja pasar una situación revolucionaria. Habría sido posible llevar al proletariado alemán al combate si éste hubiera podido convencerse de que esta vez se planteaba claramente la cuestión, de que el partido comunista estaba presto a ir a la batalla y de que era capaz de asegurar el triunfo. Pero el partido comunista realizó el cambio de orientación sin convicción y con un retraso extraordinario. No sólo los derechistas, sino también los izquierdistas, a pesar de la lucha encarnizada que sostenían entre ellos, vieron con un fatalismo, hasta septiembre y octubre el proceso del desarrollo de la revolución.

Corresponde a un pedante y no a un revolucionario analizar ahora hasta qué punto la conquista del poder habría sido “segura” con una política justa. Limitémonos a citar a este respecto este magnífico testimonio de *Pravda*, debido, sin embargo, únicamente al azar, puesto que fue completamente aislado y contradicho por todos los demás juicios publicados en el mismo periódico.

“Si en mayo de 1924, cuando el marco está relativamente estabilizado, y la burguesía parcialmente consolidada, y las capas medias de la población y la pequeña burguesía pasan a los nacionalistas, después de una crisis profunda del partido y de una cruel derrota del proletariado, los comunistas han logrado reunir 3.700.000 votos, es evidente que en octubre de 1923, con una

crisis económica sin precedentes, la desmembración completa de las clases medias, la confusión más espantosa en las filas de la socialdemocracia, con contradicciones poderosas y brutales en el seno de la propia burguesía y un inaudito estado de espíritu combativo en las masas proletarias de los centros industriales, el partido comunista tenía con él a la mayoría de la población; así, pues, pudo combatir y debió hacerlo, pues tenía todas las probabilidades de triunfar.”

Citemos también las palabras que un delegado alemán, cuyo nombre no recuerdo, pronunció en el V Congreso:

“No existe en Alemania un solo obrero que no sepa que el partido debía haber entrado en la batalla entonces, en lugar de evitarla. Los dirigentes del Partido Comunista de Alemania olvidaron que el partido debe tener su valor propio, y ésta, es una de las causas principales de la derrota de octubre”.

Se ha dicho en el curso de las discusiones no pocas cosas respecto a lo ocurrido en el transcurso de 1923, sobre todo en la segunda mitad de ese año, en las esferas superiores del Partido Comunista de Alemania y de la Internacional Comunista; sin embargo, lo que se ha dicho a este respecto está frecuentemente lejos de corresponder a lo que ocurrió en realidad. Kuusinen es sobre todo quien ha introducido la confusión en estas cuestiones; en 1924-1926 tenía como misión demostrar que la dirección de Zinóviev había sido saludable, lo mismo que a partir de cierta fecha de 1926 se puso a probar que esta dirección fue funesta. Se le ha conferido a Kuusinen la autoridad necesaria para poder establecer tales juicios por el hecho de que él mismo, en 1918, hizo todo lo que le permitieron sus modestas fuerzas para hacer perecer la revolución del proletariado finlandés.

Más de una vez se ha intentado hacerme solidario de la línea de conducta de Brandler; en la URSS esto se hacía disimuladamente, pues allí eran numerosos los que sabían lo que había sucedido; en Alemania, se procedía abiertamente, pues allí nadie sabía nada. Por casualidad, tengo entre las manos un recorte de periódico que habla de la aguda lucha ideológica que se desarrolló en nuestro comité central en torno a los problemas de la revolución alemana. En la documentación concerniente a la conferencia de enero de 1924, el buró político me acusó claramente de haber adoptado una actitud desconfiada y hostil hacia el Comité Central del Partido Comunista de Alemania en el curso del periodo que *precedió* a su capitulación. He aquí lo que se cuenta en ese documento:

“El camarada Trotsky, antes de abandonar la reunión del comité central (sesión plenaria de septiembre de 1923), pronunció un discurso, que emocionó profundamente a todos los miembros presentes, se decía que la dirección del Partido Comunista de Alemania no valía nada, que el comité central de ese partido estaba saturado de fatalismo, que pasaba el tiempo mirando las musarañas, etc. Por consiguiente, declaró el camarada Trotsky, la revolución alemana está condenada a perecer. Este discurso produjo en todos los presentes una impresión deprimente. Pero la enorme mayoría de ellos estimaba que esta filípica estaba ligada a un episodio (¿?) que no tenía nada que ver con la revolución alemana, producido en una reunión plenaria del comité central, y que ese discurso *no se correspondía con el estado de cosas objetivo*.” (subrayado por nosotros)

Los miembros del comité central habrán podido interpretar como hayan querido mi alerta, que no era la primera, pero estaba únicamente dictada por la preocupación que me causaba la suerte de la revolución alemana. Desgraciadamente, la marcha de los acontecimientos me dio enteramente la razón, entre otras cosas porque la mayoría del comité central del partido dirigente, según su propia confesión, no había comprendido a tiempo que mi advertencia “se correspondía” perfectamente “con el estado de cosas objetivo”. Ciertamente, no propuse que se sustituyese precipitadamente al comité central brandleriano por otro cualquiera; hacerlo en vísperas de acontecimientos decisivos hubiera sido simplemente una manifestación de espíritu aventurero; propuse, desde el verano de 1923, una manera más oportuna y decisiva de abordar la cuestión del paso a la insurrección, y, por consiguiente, de movilizar nuestras fuerzas para ayudar al comité central del partido alemán. La tentativa posterior de hacerme solidario de la línea de conducta del comité central brandleriano, cuyos errores no eran más que el reflejo de las faltas generales de la dirección de la Internacional Comunista, se debe, sobre todo, a que *después de la capitulación* del partido alemán me he opuesto a que se haga de Brandler la cabeza de turco, *aunque* o, más bien, *porque* juzgaba la derrota alemana mucho más seria de lo que creía la mayoría del comité central. En ese caso, como en otros, me he opuesto a un sistema inadmisibile que, para salvar a la dirección

de la internacional, destrona periódicamente a los comités centrales nacionales, a cuyos componentes se somete después a una persecución salvaje, e incluso se les expulsa del partido.

En las *Lecciones de Octubre*, que escribí bajo la impresión de la capitulación del comité central alemán, desarrollé la idea que, en la época actual, una situación revolucionaria puede perderse en algunos días por varios años. Parece increíble, pero es verdad: se calificó esta opinión de “blanquismo” y de “individualismo”. Los innumerables artículos escritos contra las *Lecciones de Octubre* demostraron cómo se había olvidado a fondo la experiencia de la revolución de octubre y cuán poco habían penetrado en las conciencias sus enseñanzas. Culpar a las “masas”, descargando sobre éstas la responsabilidad de los errores de la dirección, o disminuir la significación de la dirección *en general* para disminuir así la culpabilidad, es una actitud típicamente menchevique, actitud que se deriva de la incapacidad para comprender dialécticamente la “superestructura” en general, la superestructura de la clase que es el partido, la superestructura del partido, que es su centro dirigente. Hay épocas en que Marx y Engels no podrían hacer avanzar ni un centímetro el desarrollo histórico ni aunque fuese fustigándolo; hay otras en que hombres de talla mucho menor, si tienen el timón en la mano, pueden retrasar el desenvolvimiento de la revolución internacional durante una serie de años.

Las recientes tentativas para hacer creer que he repudiado las *Lecciones de Octubre* son completamente absurdas. Es verdad que he “reconocido” un “error” secundario: cuando escribí las *Lecciones de Octubre*, es decir, en el verano de 1924, me parecía que Stalin había tenido en el otoño de 1923 una actitud que estaba más a la izquierda (es decir, en el centro izquierda) que la de Zinóviev. No estaba al corriente de la vida interior del grupo que ejercía las funciones de centro secreto de la fracción de la mayoría. Los documentos publicados después de la escisión de esta fracción, sobre todo la carta puramente brandleriana de Stalin a Zinóviev y a Bujarin, me han convencido de que el juicio que yo había formulado sobre los grupos de personalidades era inexacto; sin embargo, esta inexactitud no tiene nada que ver con el fondo de los problemas planteados. Desde luego, el error desde el punto de vista de las personas no fue tan grande; el centrismo es capaz, es verdad, de describir grandes zigzags hacia la izquierda, pero, como lo ha demostrado de nuevo la evolución de Zinóviev, es absolutamente incapaz de seguir una línea de conducta revolucionaria un poco sistemática.

Las ideas que desarrollé en las *Lecciones de Octubre* conservan hoy aún toda su fuerza. Más aún: después de 1924, han sido confirmadas de nuevo.

Entre las numerosas dificultades de la revolución del proletariado, hay una completamente precisa, concreta, específica, que se deriva de la situación y de las tareas de la dirección revolucionaria del partido. Cuando se produce un cambio brusco en los acontecimientos, los partidos, incluso los más revolucionarios, corren el riesgo de quedarse retrasados y de proponer las fórmulas o los métodos de lucha de ayer a las tareas y a las necesidades nuevas. No puede haber, en general, cambio más brusco que el que crea la necesidad de la insurrección del proletariado. Precisamente aquí surge el peligro de que la dirección del partido, la política del partido en su conjunto, no se corresponda con la conducta de la clase y con las exigencias de la situación. Cuando la vida política se desarrolla con relativa lentitud, esas discordancias acaban por desaparecer, y, aunque causen daños, no provocan catástrofes. Por el contrario, en período de crisis revolucionaria aguda no se tiene, precisamente, *tiempo* para superar los desequilibrios y, de alguna manera, rectificar el frente bajo el fuego; los períodos durante los cuales la crisis revolucionaria alcanza su grado máximo de intensidad, tienen, por su naturaleza misma, un ritmo rápido. La discordancia entre la dirección revolucionaria (vacilaciones, oscilaciones, espera, en tanto que la burguesía ejerce una presión furiosa) y las tareas objetivas puede en algunas semanas, e incluso en algunos días, causar una catástrofe, haciendo perder el beneficio de numerosos años de trabajo. Evidentemente, el desequilibrio entre la dirección y el partido, o bien entre el partido y la clase, puede tener también un carácter opuesto, cuando la dirección *sobrepasa* el desenvolvimiento de la revolución, confundiendo el quinto mes de embarazo con el noveno. El ejemplo más claro de un desequilibrio de este género lo suministró Alemania en marzo de 1921. Tuvimos entonces en el partido alemán una manifestación extrema de “la enfermedad infantil de izquierda”, y por consiguiente, del putchismo (aventurerismo revolucionario). Ese peligro es completamente real, incluso para el porvenir. Las enseñanzas del III Congreso de la Internacional Comunista conservan todo su vigor al respecto de esta cuestión.

Pero la experiencia alemana de 1923 nos ha mostrado cruelmente un peligro de naturaleza contraria: la situación estaba madura y la dirección atrasada. Cuando la dirección logra alinearse con la situación, ésta cambia, las masas se retiran y la correlación de fuerzas se convierte bruscamente en desfavorable.

En el fracaso alemán de 1923 hubo, evidentemente, muchas particularidades nacionales, pero hubo también rasgos profundamente típicos que simbolizan un peligro general. Se podría calificar a éste de *crisis de la dirección revolucionaria en vísperas del tránsito a la insurrección*. La base del partido proletario, por su naturaleza misma, está menos inclinada a sufrir la presión de la opinión pública burguesa. Pero determinados elementos de las capas superiores y medias del partido se dejan inevitablemente influir más o menos por el terror material e intelectual ejercido por la burguesía en el momento decisivo. No se puede cerrar los ojos para no ver este peligro. Ciertamente, no existe contra él ninguna receta saludable aplicable en todos los casos. Pero el primer paso en la lucha contra un peligro es comprender su origen y su naturaleza. La aparición inevitable o el desarrollo de un grupo de derecha en cada partido comunista en el curso del periodo del “preoctubre” refleja, de una parte, las dificultades objetivas inmensas y los peligros de dar el “salto”, y, de otra, la presión furiosa de la opinión pública burguesa. Este es el fundamento y la significación de un grupo de derecha. Precisamente por esto es inevitable que surjan en los partidos comunistas vacilaciones y reticencias justamente en el momento en que son más peligrosas. En nuestro país, en 1917, las vacilaciones, que se apoderaron de una minoría de las capas superiores, fueron vencidas gracias a la severa energía de Lenin. En Alemania, vaciló toda la dirección, y esta vacilación se transmitió al partido, y, a través de él, a la clase obrera. No serán éstas las últimas crisis de dirección en los momentos históricos decisivos. Reducir esas crisis inevitables al mínimo, constituye una de las tareas más importantes de cada partido comunista y de la Internacional Comunista en su conjunto. Sólo se puede llegar a ello después de haber comprendido la experiencia de octubre de 1917 (y el fundamento político de la oposición de derecha de aquella época en el seno de nuestro partido) confrontándola con la experiencia del Partido Comunista de Alemania en 1923.

En esto reside la significación de las *Lecciones de Octubre*.

5.- El radical error estratégico del V Congreso

A partir de fines de 1923, hemos podido leer una serie de documentos de la Internacional Comunista y de declaraciones de sus dirigentes respecto al “error de ritmo” cometido en el otoño de 1923, en los que se alude inevitablemente a Marx, que también, al parecer, se habría equivocado al fijar los plazos de la revolución. Al mismo tiempo, conscientemente, no se precisaba si el “error de ritmo” de la internacional consistía en no haber percibido o, por el contrario, en haber exagerado la proximidad del momento crítico de la toma del poder. En conformidad con el sistema de contabilidad por partida doble que, durante los últimos años, ha llegado a ser una tradición de la dirección, se dejaba vía libre para una y otra interpretación.

Sin embargo, no es difícil deducir de la política de la Internacional Comunista en este periodo que, en todo el año 1924 y en buena parte de 1925, la dirección de la Internacional Comunista consideraba que no se había llegado aún al punto culminante de la crisis alemana. No es conveniente, pues, referirse a Marx en este caso. Si a veces Marx vio más cerca la revolución de lo que efectivamente estaba, no hay ningún caso en el que no hubiese reconocido su rostro cuando ésta se adelantaba ni el que se hubiese obstinado en pretender que la situación seguía siendo revolucionaria cuando ésta había evolucionado claramente.

Durante la XIII Conferencia del partido comunista ruso, lanzando la fórmula con doble sentido del “error de ritmo”, Zinóviev declaró:

“El comité central y la Internacional Comunista, deben decirnos que si se renovasen acontecimientos semejantes, en la misma situación deberíamos hacer lo mismo.”

Esta promesa sonaba como una amenaza. El 2 de febrero de 1924, Zinóviev declaró, en la conferencia del Socorro Rojo Internacional, que en toda Europa la situación era la siguiente:

“No hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de tranquilidad, una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos... Alemania se dirige, al parecer, hacia la guerra civil aguda...”

A principios de febrero de 1924, en una resolución sobre las enseñanzas de los acontecimientos de Alemania, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dice:

“El Partido Comunista de Alemania no debe borrar del orden del día la cuestión de la insurrección y de la conquista del poder. Por el contrario (!), debemos plantearnos esta cuestión con toda urgencia y concretamente...”

El 26 de marzo de 1914, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista escribía en su mensaje al Partido Comunista de Alemania:

“El error sobre el ritmo de los acontecimientos [¿cuál?, L. T.] que se produjo en octubre de 1923 causó gran número de dificultades a nuestro partido. Pero, sin embargo, esto *sólo es un episodio*. El juicio fundamental sigue siendo el del pasado”. (subrayado por mí)

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista extrae de todo esto la conclusión siguiente:

“El Partido Comunista de Alemania debe, como antes, continuar con todas sus fuerzas la labor de armar a los obreros”.

¡El inmenso drama histórico de 1923 (el abandono sin combate de una posición revolucionaria grandiosa) era considerado, seis meses después, como un episodio! “Nada más que un episodio”. Europa sufre aún hoy las penosas consecuencias de este episodio. El hecho de que la Internacional Comunista haya podido permanecer cuatro años sin reunirse en congreso, la derrota repetida de su ala izquierda, son resultados del “episodio” de 1923.

El V Congreso se reunió ocho meses después de la derrota del proletariado alemán, cuando todas las consecuencias de la catástrofe aparecían ya de una manera manifiesta. Entonces era mucho más necesario examinar el presente que prever lo que pasaría en el porvenir. Las tareas esenciales del V Congreso deberían haber consistido, en primer lugar, en llamar clara e implacablemente a la derrota por su nombre y poner al desnudo la causa “subjetiva”, y no permitir que nadie se ocultase detrás de las condiciones objetivas, en segundo lugar señalar que iba a comenzar una nueva etapa (en el curso de la cual inevitablemente, durante cierto tiempo, las masas se retirarían, la socialdemocracia crecería, el partido comunista perdería influencia), en tercer lugar preparar a la Internacional Comunista para que la nueva situación no la cogiese de improviso, armarla con los métodos necesarios para las batallas ofensivas y consolidar su organización hasta que la situación cambiase de nuevo.

En todas estas cuestiones, el congreso adoptó la actitud opuesta.

En el congreso Zinóviev definió de la manera siguiente la significación de lo que había ocurrido en Alemania:

“Esperábamos la revolución alemana pero no ha venido”.

En realidad, la revolución tendría derecho a responder: he llegado, pero vosotros, señores, habéis llegado tarde a la cita.

Los dirigentes del congreso, así como Brandler, estimaban que habíamos “exagerado” el carácter revolucionario de la situación, siendo así que, en realidad, le habíamos atribuido, demasiado tarde, un escaso valor. Zinóviev se consolaba fácilmente de su supuesta “sobreestimación”; veía el mal principal en otro lugar:

“Haber exagerado la gravedad de la situación no fue lo peor. Lo peor es que, como lo ha probado el ejemplo de Sajonia, en las filas de nuestro partido hay no pocas supervivencias de la socialdemocracia”.

Zinóviev no veía la catástrofe, y no era el único. Con él, todo el V Congreso pasó al lado de la más grande derrota de la revolución mundial sin verla. Los acontecimientos de Alemania fueron analizados sobre todo desde el punto de vista de la política de los comunistas... en el *Landtag* de Sajonia. En su resolución, el congreso apoyó al comité ejecutivo por haber:

“condenado la actitud oportunista del comité central alemán y *sobre todo* la desviación de la táctica del frente único que se ha producido durante la experiencia gubernamental de Sajonia”.

Es poco más o menos como condenar a un asesino “sobre todo” por no haberse quitado el sombrero al entrar en casa de la víctima.

“La experiencia de Sajonia (insistía Zinóviev) ha creado una situación nueva. Amenaza con inaugurar la liquidación de la táctica revolucionaria de la Internacional Comunista”.

Puesto que la “experiencia de Sajonia” estaba condenada y Brandler destituido, ya no quedaba más que seguir el orden del día.

“Las perspectivas políticas generales (dice Zinóviev y con él el congreso) siguen siendo esencialmente las de antes. La situación lleva en sí la revolución. Ya están en marcha nuevas batallas de clases, se desarrolla una lucha gigantesca...”, etc.

¡Cuán poco seguro es este “izquierdismo”, que retiene en su tamiz los mosquitos y deja pasar impasiblemente los camellos! A los que sabían ver la situación con sus ojos, a los que ponían de relieve la importancia de la derrota de octubre, a los que señalaban que eran inevitables una larga época de reflujo revolucionario y una consolidación provisional (“estabilización”) del capitalismo (con todas las consecuencias políticas que de ella derivan), los dirigentes del V Congreso los condenaban como oportunistas y liquidadores de la revolución. En eso veían su objetivo principal Zinóviev y Bujarin. Ruth Fischer, que con ellos menospreciaba la importancia de la derrota del año anterior, veía en la Oposición rusa

“la pérdida de la perspectiva de la revolución mundial, la ausencia de fe en la proximidad de las revoluciones alemana y europea, un pesimismo sin esperanza, la liquidación de la revolución en Europa, etc.”

Inútil explicar que los responsables más directos de las derrotas eran los más ardientes en combatir a los “liquidadores”, es decir, a los que no querían llamar a los fracasos victorias. Así, por ejemplo, Kolárov atacaba violentamente a Radek, que había tenido la audacia de considerar la derrota del partido búlgaro como decisiva:

“Ni en junio, ni en septiembre, fue decisiva la derrota del partido. El partido comunista de Bulgaria es sólido y se prepara para nuevas batallas.

En lugar del análisis marxista de las derrotas, la fanfarronada burocrática irresponsable se alza en toda la línea. Sin embargo, la estrategia bolchevique es incompatible con la *kolaroviquiada* vanidosa e inerte.

En los trabajos del V Congreso hubo muchas cosas justas e indispensables. La lucha contra las tendencias de derecha que trataban de levantar la cabeza no podía diferirse. Pero esta lucha descarriaba, se hacía confusa, se desviaba a causa del juicio radicalmente falso formulado sobre la situación; a causa de eso, todas las cartas estaban revueltas. Se clasificaba en el campo de la derecha a los que comprendían mejor y más claramente la jornada de ayer, de hoy y de mañana. Si en el III Congreso hubieran triunfado los izquierdistas de entonces, Lenin, por las mismas razones, hubiese sido clasificado en el ala derecha con Levi, Clara Zetkin y otros. La confusión ideológica que engendró la falsa orientación política del V Congreso fue más tarde una fuente de nuevas y grandes desgracias.

En el dominio económico se aplicó también enteramente el juicio establecido por el congreso en materia política. Se negaban o se consideraban como insignificantes los síntomas de la consolidación económica de la burguesía alemana, que ya habían tenido tiempo de manifestarse. Varga, que presenta siempre los hechos económicos adaptándolos a la tendencia política dominante en cada momento, señalaba esta vez en su informe:

“No hay ninguna perspectiva de saneamiento del capitalismo”.

Un año después, cuando se rebautizó con algún retraso al “saneamiento” con el nombre de “estabilización”, Varga la descubrió cuidadosamente... después, a toro pasado. Pero ya había habido tiempo de acusar a la Oposición de no admitir la estabilización, pues había tenido la audacia de señalar su comienzo año y medio antes, y ya en 1925 señalaba las tendencias que la amenazaban. [*¿Adónde va Inglaterra?* EIS]

El V Congreso veía los procesos políticos fundamentales y los grupos ideológicos en el espejo cóncavo de su falsa orientación; de ahí nació la resolución que clasificaba a la Oposición rusa entre las desviaciones “pequeñoburguesas”. La historia corrigió este error a su manera, obligando dos años después a Zinóviev, el acusador principal del V Congreso, a admitir públicamente que el núcleo central de la Oposición de 1923 había tenido razón en las cuestiones fundamentales de la lucha.

El error estratégico del V Congreso comportó la incompreensión del proceso que se producía en la socialdemocracia alemana e internacional. En el congreso no se hizo más que hablar de su decadencia, de su descomposición, de su hundimiento. Refiriéndose a los resultados de las últimas elecciones parlamentarias, que dieron al partido comunista 3.700.000 votos, Zinóviev decía:

“Si tenemos en Alemania, en el aspecto parlamentario, la proporción de 62 comunistas por 100 socialdemócratas, esto debe probar a todo el mundo *cuán próximos estamos de la conquista* de la mayoría en la clase obrera alemana”.

Zinóviev no comprendía en absoluto la marcha del proceso; durante ese año y los siguientes, la influencia del partido comunista no aumentó, sino que disminuyó; 3.700.000 votos no eran más que un *resto* impotente de la influencia decisiva que el partido tenía hacia fines de 1923 en la mayoría del proletariado alemán: en las elecciones posteriores esa cifra de votos disminuyó inevitablemente.

En tanto que la socialdemocracia, durante el año 1923, se deshilachaba como una estera podrida, por el contrario, después de la derrota de la revolución, a fines del mismo año, se reforzó sistemáticamente, se levantó, creció, en gran parte en detrimento del comunismo. Porque habíamos previsto eso (¿cómo no preverlo?), se atribuyó nuestra previsión a nuestro “pesimismo”. ¿Hay necesidad de demostrar, ahora, después de las últimas elecciones de mayo de 1928, en las cuales los socialdemócratas han recogido más de nueve millones de votos, que éramos nosotros quienes tenían razón cuando al principio de 1924, decíamos y escribíamos que era inevitable que la socialdemocracia renaciese en cierto periodo, y que eran los “optimistas” quienes le cantaban entonces *Réquiem*? Fue el V Congreso sobre todo el que cometió este gran error.

La segunda juventud de la socialdemocracia, que tenía todos los rasgos del veranillo de San Martín, no es evidentemente, eterna. Su muerte es inevitable. Pero la fecha de su muerte no está escrita en ninguna parte. Depende también de nosotros. Para aproximarla, es preciso saber mirar los hechos cara a cara, distinguir a tiempo los cambios de la situación política, llamar a las derrotas, derrotas, y aprender a prever el mañana.

Si la socialdemocracia alemana representa hoy aún una fuerza multimillonaria en la clase obrera, es por dos causas inmediatas. Primero: la capitulación de Partido Comunista de Alemania en otoño de 1923. Segundo: la falsa orientación estratégica del V Congreso. Si en enero de 1921 la proporción entre electores comunistas y socialdemócratas era casi de 2 a 3, cuatro años y medio después, por el contrario, esta proporción ha bajado, ya que no es más que de 1 a 3; dicho de otro modo, durante este período, tomado en su conjunto, no nos hemos acercado sino alejado de la conquista de la mayoría en la clase obrera. Y esto a pesar del reforzamiento innegable de nuestro partido en el curso del último año, que, si se practica una política justa, puede y debe ser el punto de partida de la verdadera conquista de la mayoría.

Volveremos más adelante a hablar de las consecuencias políticas de la actitud del V Congreso. Pero es evidente que no se puede hablar seriamente de estrategia bolchevique sin saber abarcar con la mirada tanto a la curva fundamental de nuestra época en su conjunto como a las diferentes sinuosidades que a cada momento determinado tienen para la dirección del partido la misma importancia que los recodos de la vía para el mecánico de la locomotora: marchar a toda velocidad en un recodo es ir, inevitablemente, hacia el abismo.

Sin embargo, hace sólo unos meses que *Pravda* reconoció, de forma más o menos clara, la exactitud del juicio que habíamos emitido precisamente a fines de 1923. El 28 de enero de este año *Pravda* escribía:

“La fase relativa [¡!] de apatía y depresión que comenzó después de la derrota de 1923, y que permitió al capital alemán consolidar sus posiciones, toca a su fin”.

La “relativa” depresión que comenzó en el otoño de 1923 sólo empieza a pasar en 1928. Estas palabras, publicadas con un retraso de cuatro años, constituyen una condena implacable de la orientación errónea seguida por el V Congreso, y también del sistema de dirección, que no divulga, no pone de relieve los errores cometidos, sino que los oculta, aumentando así la confusión ideológica.

Un proyecto de programa que no contiene un juicio ni sobre los acontecimientos de 1923 ni sobre el error radical cometido por V Congreso, vuelve la espalda a los verdaderos problemas de la estrategia del proletariado durante la época imperialista.

6.- “La era democrático-pacífica” y el fascismo

La capitulación del Partido Comunista de Alemania en el otoño de 1923, la desaparición de la terrible amenaza proletaria, debilitó no sólo, necesariamente, la posición del partido

comunista sino también la del fascismo. Una guerra civil, incluso victoriosa para la burguesía, zapa las condiciones en que se ejerce la explotación capitalista. Ya entonces, es decir, a fines de 1923, nos pronunciamos contra la exageración de las tuerzas del fascismo alemán y de su peligro; habíamos insistido en que el fascismo, durante cierto periodo, pasaría a segundo plano, y en que ocuparían el proscenio de la política las organizaciones democráticas y pacifistas: Bloque de las Izquierdas en Francia, *Labour Party* en Inglaterra. Su reforzamiento, a su vez, ejercería un impulso que haría que la socialdemocracia alemana se desarrollase. En lugar de comprender este proceso inevitable y de organizar la lucha en un frente *nuevo*, la dirección oficial continuó identificando fascismo y socialdemocracia y profetizando su muerte simultánea en el curso de la guerra civil próxima.

La cuestión del fascismo y de la socialdemocracia estaba ligada al problema de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. Sólo la derrota de la revolución alemana en 1923 le permitió al capitalismo norteamericano abordar de lleno la realización de sus planes “pacíficos” para reducir a la servidumbre a Europa (por el momento). Bajo estas condiciones, era necesario plantear el problema norteamericano en toda su amplitud. Sin embargo, la dirección del V Congreso dejó simplemente la cuestión de lado. La dirección se basaba únicamente en la situación en el interior de Europa, sin observar que un aplazamiento prolongado de la revolución europea hacía de la ofensiva de Norte América contra Europa el eje de la situación mundial. Esta ofensiva tomaba el carácter de “consolidación” económica, de normalización, de pacificación de Europa y del “saneamiento” de los principios democráticos. El pequeño burgués arruinado e incluso el obrero se decían: si el partido comunista no ha sabido triunfar, acaso la socialdemocracia nos dé, no la victoria (no se espera eso de ella), sino un pedazo de pan, relanzando la industria gracias al oro norteamericano. Habría sido necesario comprender que la infame ficción del pacifismo norteamericano, recubierto de dólares (después de la derrota de la revolución alemana), debía convertirse y se convertía en el factor político más importante de la vida de Europa. La socialdemocracia alemana creció gracias a ese germen, y también a causa de él, en gran parte, progresaron los radicales franceses y el *Labour Party*.

Para plantarle cara a ese nuevo frente enemigo hubiera sido necesario demostrar que la Europa burguesa no podía subsistir más que como vasallo financiero de los Estados Unidos; que el pacifismo de este país equivalía a la aspiración de imponerle a Europa un racionamiento de hambre. Pero en lugar de tener en cuenta precisamente esta perspectiva para luchar contra la socialdemocracia con su nuevo culto del norteamericanismo, la dirección de la Internacional Comunista se orientó en el sentido opuesto: se nos atribuyó una mezquina e imbécil teoría sobre el imperialismo normalizado, sin guerras ni revoluciones, basado en el racionamiento norteamericano.

Incluso en la misma reunión de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que cuatro meses antes del congreso, ponía al orden del día del Partido Comunista de Alemania la insurrección “en toda su urgente concreción”, el presidium apreciaba de la manera siguiente la situación en Francia, que justamente entonces, veía aproximarse las elecciones parlamentarias de “izquierda”:

“Esta animación (la que precedía a las elecciones) afecta también a los partidos más mezquinos e insignificantes, así como a las organizaciones políticas muertas. El partido socialista, bajo los rayos solares de las elecciones que se aproximan, se reanima y se despereza...”

Mientras que en Francia avanzaba manifiestamente una ola de izquierdismo pacifista pequeñoburgués que se apoderaba también de vastos círculos obreros, debilitando simultáneamente al partido del proletariado y a los destacamentos fascistas del capitalismo, mientras que, en una palabra, se aproximaba la victoria del “Bloque de las Izquierdas”, la dirección de la Internacional Comunista partía de una perspectiva directamente opuesta. Negaba totalmente la posibilidad de una fase de pacifismo; en vísperas de las elecciones de 1924, hablaba del partido socialista francés, es decir, del defensor del ala izquierda del pacifismo pequeñoburgués, como de un agrupamiento “ya muerto”. Protestamos, en una carta especial dirigida a la delegación del partido comunista de la URSS., contra un juicio sobre el partido socialpatriota formulado tan a la ligera. ¡Fue en vano! La dirección de la Internacional Comunista consideraba obstinadamente que cerrar los ojos para no ver los hechos era dar prueba de “izquierdismo”. De ahí nació la polémica sobre el pacifismo democrático, polémica desfigurada,

sacada fuera de quicio, como todas las desarrolladas en el curso de los últimos años, y que por eso introdujeron tanta perturbación en la conciencia de los partidos de la Internacional Comunista. Se nos acusó a los representantes de la Oposición de tener prejuicios reformistas, simplemente porque no compartíamos los de la dirección de la Internacional Comunista y porque habíamos previsto a tiempo que la derrota sufrida, sin haber afrontado la batalla, por el proletariado alemán haría entrar inevitablemente en escena (después de que las tendencias fascistas se hubiesen intensificado durante un espacio breve de tiempo) a los partidos pequeñoburgueses y reforzaría a la socialdemocracia.

Ya hemos señalado más arriba que en la conferencia del Socorro Rojo Internacional, tres o cuatro meses antes de la victoria de *Labour Party* en Inglaterra y del Bloque de Izquierdas en Francia, Zinóviev, polemizando visiblemente conmigo, declaró:

“En casi toda Europa la situación es tal que no hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de pacifismo, ni siquiera una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos... Alemania se dirige, al parecer, hacia la guerra civil”.

Zinóviev ha olvidado, al parecer, que ya en el IV Congreso, en 1922, yo había logrado, a pesar de su resistencia obstinada y de la de Bujarin, que la comisión introdujese una enmienda (bastante atenuada, por cierto) en la resolución del congreso, en la que se hablaba de la próxima instauración de una era “pacífica-democrática” que constituiría una etapa probable en el camino de la decadencia política del estado burgués y sería una especie de antecámara de la dominación del comunismo o... de la del fascismo.

En el V Congreso, que se reunió después de que hubieran surgido los gobiernos de “izquierda” en Inglaterra y Francia, Zinóviev se acordó oportunamente de mi enmienda y leyó en voz alta:

“La situación internacional política en el momento presente se caracteriza por el fascismo, el estado de sitio y el terror blanco contra el proletariado. Pero esto no excluye la posibilidad de que, en un porvenir muy próximo, en los países más importantes, una “era democrática y pacífica” sustituya a la reacción burguesa abierta”.

Zinóviev agregó, con satisfacción, a esta cita:

“Esto fue dicho en 1922. Así, pues, hace ya año y medio que la Internacional Comunista predijo claramente la era democrático-pacífica”.

La verdad es la verdad. La previsión, que se me reprochó durante largo tiempo como una desviación “pacifista” (que sería *mi* desviación y no la del desarrollo de los acontecimientos) llegó a su punto en el V Congreso, en plena luna de miel de los ministerios Mac-Donald y Herriot. Desgraciadamente ocurre igual en lo tocante a las previsiones.

Es preciso agregar que Zinóviev y la mayoría del V Congreso se han tomado demasiado al pie de la letra la antigua perspectiva de la “era pacífica y democrática” como etapa de desagregación del capitalismo. Zinóviev afirmó en el V Congreso: “La era democrático-pacífica es un síntoma de la desagregación del capitalismo” Y lo dijo de nuevo en el discurso de clausura:

“Repito que precisamente la era democrático-pacífica es un síntoma de la desagregación capitalista y de su crisis incurable”.

Esto habría sido verdad si no se hubiese producido la crisis del Ruhr, si la evolución se hubiese efectuado más regularmente, sin ese “salto” de la historia. Esto hubiese sido doble y triplemente verdad si el proletariado alemán hubiese triunfado en 1923. En ese caso, el régimen de Mac Donald y de Herriot, sólo hubiese tenido la significación del “kerenskysmo” inglés y francés. Pero la crisis del Ruhr se desencadenó planteando claramente la cuestión de quién sería el dueño de la casa. El proletariado alemán no obtuvo la victoria, sino una derrota decisiva, y en una forma que tenía que alentar y reforzar en un alto grado a la burguesía alemana. La fe en la revolución resultó resquebrajada en toda Europa para varios años. Bajo estas condiciones, los gobiernos Mac Donald y Herriot no tenían, ni mucho menos, la significación del kerenskysmo, ni, en general, reflejaban la descomposición de la burguesía, sino que podían ser y han sido simplemente los precursores efímeros de gobiernos burgueses más serios, más sólidos, más seguros de sí mismos. El V Congreso no lo comprendió: en efecto, no habiendo estimado en su justo valor las proporciones de la catástrofe alemana, habiendo reducido ésta a la simple cuestión de la comedia en el *Landtag* de Sajonia, no se dio cuenta de que el proletariado de Europa, en todo el frente, estaba ya en retirada política; que la misión que le incumbía no era la insurrección,

sino una orientación nueva, batallas de retaguardia, la consolidación de las posiciones del partido desde el punto de vista de la organización, sobre todo en los sindicatos.

En relación con estos problemas se desarrolló una polémica sobre el fascismo, no menos desfigurada y sacada de quicio que la anterior. La Oposición explicaba que la burguesía sólo aumenta su apoyo al fascismo en el momento en que un peligro revolucionario inmediato amenaza las bases de su régimen, cuando los órganos normales del estado burgués son ya insuficientes. En este sentido, el fascismo activo corresponde a un ensayo de guerra civil de la sociedad capitalista contra el proletariado insurrecto. Por el contrario, la burguesía se ve obligada a aumentar su apoyo de izquierda, a la socialdemocracia, sobre todo en dos momentos: en los tiempos que preceden a la guerra civil a fin de engañar, apaciguar y desagregar al proletariado o bien tras una serie de derrotas de las más amplias masas del pueblo, cuando para restablecer el régimen normal se ve forzada a movilizarlas en la vía parlamentaria, y con ellas a los obreros que han perdido la confianza en la revolución. Para contradecir este análisis teórico indiscutible, que ha verificado todo el desarrollo de la lucha, la dirección de la Internacional Comunista lanza una afirmación absurda y simplista sobre la *identidad* de la socialdemocracia y del fascismo. Partiendo del incontestable hecho que la socialdemocracia está tan ligada como el fascismo a las bases fundamentales de la sociedad burguesa y que siempre está dispuesta, en el momento de peligro, a avanzar a sus Noske, la dirección de la Internacional Comunista borra de un golpe toda diferencia política entre socialdemocracia y fascismo, borrando al mismo tiempo la distinción entre el periodo de guerra civil abierta y el de “normalización” de la lucha de clases. En una palabra, se le da la vuelta, se mezcla y confunde todo para conservar la apariencia de una orientación hacia el desarrollo inmediato de la guerra civil, como si nada especial hubiese pasado, en el otoño de 1923, en Alemania y en Europa: ¡simplemente un episodio!

Para mostrar la dirección y el nivel de esta polémica debe citarse el artículo de Stalin *A propósito de la situación internacional*.

“Algunos piensan [decía Stalin polemizando contra mi] que la burguesía ha llegado al “pacifismo” y a la “democracia” no por necesidad sino por su propia voluntad, como resultado de su libre decisión”

Dos conclusiones políticas de importancia seguían a esta tesis fundamental, de orden histórico y filosófico (sobre la que es inútil insistir):

“Primero, es falso que el fascismo sólo sea una organización de combate de la burguesía. El fascismo no sólo es una categoría (¿?) militar y técnica.”

No se puede comprender por qué una organización de combate de la sociedad burguesa debe ser considerada como una “categoría” técnica y no política. Pero entonces ¿qué es, pues, el fascismo? A ello se responde indirectamente con estas palabras:

“La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo”.

Se pueda decir que la socialdemocracia es el ala izquierda de la sociedad burguesa; esta definición es absolutamente justa, a condición, sin embargo, de no comprenderla de una manera demasiado simplista; no hay que olvidar que la socialdemocracia continúa todavía arrastrando a millones de obreros y que se ve, pues, obligada a tener en cuenta, dentro de ciertos límites, no sólo la voluntad de su patrono burgués, sino también los intereses de su mandato proletario que estafa. Pero sería absurdo definir la socialdemocracia como “ala moderada del fascismo”. ¿Dónde está en todo esto la sociedad burguesa? Para orientarse, incluso de la manera más elemental, en política no hay que reunir todo en un solo montón, sino distinguir que la socialdemocracia y el fascismo constituyen los dos polos del frente burgués, unidos en el momento del peligro, pero polos, no obstante. ¿Hay que insistir en esto después de las elecciones de mayo de 1928, caracterizadas a la vez por la decadencia del fascismo y el crecimiento de la socialdemocracia, (a la que, dicho sea de paso, el partido comunista proponía esta vez aún formar el frente único de la clase obrera) ?:

“Segundo [dice el artículo], es falso que hayan pasado ya las batallas decisivas, que el proletariado haya sido vencido en ellas y que, por consiguiente, la burguesía se haya consolidado. No ha habido aún combates decisivos, porque ni siquiera ha habido verdaderos partidos bolcheviques de masas”.

La burguesía no ha podido, pues, consolidarse porque no se han producido batallas; y no se han entablado batallas “aunque sólo sea” porque no había partido bolchevique. Así, pues, lo que impide a la burguesía reforzarse... es la ausencia de partidos bolcheviques. En realidad, es

precisamente porque no había, más bien que partido, *dirección* bolchevique por lo que la burguesía ha podido consolidar sus posiciones. La capitulación sin combate ante el enemigo de un ejército que se encuentra en una situación crítica, reemplaza perfectamente a una “batalla decisiva”, tanto en la política como en la guerra. Ya en 1850, Engels enseñaba que un partido que deja escapar una situación revolucionaria desaparece durante mucho tiempo de la escena. Pero ¿quién ignora que Engels, que vivió “antes del imperialismo”, ha caducado ya? Es lo que, a buen seguro, Stalin escribe:

“Es imposible, bajo el imperialismo, sostener combates por el poder si no existen tales partidos (bolcheviques).”

Hay que creer, pues, que esas batallas eran posibles en la época de Engels, cuando la ley del desarrollo desigual no habla sido descubierta todavía.

Todo este encadenamiento de disertaciones está coronado, como conviene, con un pronóstico político:

“En fin, es falso también... que por el “pacifismo” se deba obtener una consolidación del poder de la burguesía, un aplazamiento de la revolución por un tiempo indeterminado”.

Sin embargo, la revolución se ha aplazado, no según los pronósticos de Stalin, sino según los de Engels. Un año más tarde, cuando incluso los ciegos vieron claramente que la posición de la burguesía era más fuerte y que la revolución había retrocedido por un tiempo indeterminado, Stalin se puso a acusarnos de... no admitir la estabilización. Esta acusación se hizo particularmente insistente durante el periodo en que la “estabilización” comenzaba ya a vacilar bajo el impacto de la nueva oleada revolucionaria que avanzaba en Inglaterra y en China. Hay que remarcar que la definición del fascismo y de sus relaciones con la socialdemocracia tal y como se hace en el proyecto (capítulo II), a pesar de los equívocos que voluntariamente se han tolerado para conservar un lazo con el pasado, es más razonable y justa que el esquema estalinista citado más arriba, que en el fondo era el del V Congreso. Pero este ligero progreso no resuelve la cuestión. Un programa de la Internacional Comunista no puede, tras la experiencia de la última década, caracterizar la situación revolucionaria, mostrar cómo se forma y desaparece, sin señalar los errores clásicos cometidos en el análisis de esta situación, sin explicar cómo el maquinista debe conducir en las curvas, sin inculcar a los partidos esta verdad: que hay momentos en los que la victoria de la revolución depende de dos o tres días de lucha.

7.- Política ultraizquierdista y levadura de derecha

Después del periodo de flujo violento, en 1923 vino el largo reflujó, que en el lenguaje estratégico significaba: retirada en orden, batallas de retaguardia, atrincheramiento en las organizaciones de masas, revista de las tropas, bruñido y afilado de las armas políticas y teóricas. Se calificó esta actitud de espíritu de liquidación. En el curso de los últimos años se cometieron con esta noción, como con otras del vocabulario bolchevique, groseros abusos; no se enseñaba ni se educaba; se creaba la confusión y se inducía a la gente a error. El espíritu de liquidación es renunciar a la revolución, es tender a sustituir sus caminos y métodos por los del reformismo. La política leninista no tiene nada en común con este espíritu, pero tiene menos que ver con la manera de obrar que consiste en olvidar las modificaciones en la situación objetiva, en mantener verbalmente la orientación hacia la insurrección cuando la situación revolucionaria ha dado ya la espalda, cuando es preciso de nuevo tomar el camino del trabajo entre las masas, largo, tenaz, sistemático, minucioso, para preparar el partido para una nueva revolución.

El hombre tiene necesidad de un género de movimiento cuando sube una escalera, y de otro cuando la desciende. La posición más peligrosa es la del hombre que, después de haber apagado su vela, prepara sus pies para subir, cuando ante él los escalones descienden. Las caídas, los chichones y las luxaciones son entonces inevitables. La dirección de la Internacional Comunista hizo todo lo posible en 1924 por impedir la crítica de la experiencia del octubre alemán, y, en general, toda crítica. Y ha repetido obstinadamente: los obreros van directamente a la revolución; la escalera va hacia arriba. No tiene, pues, nada de sorprendente que las normas del V Congreso, aplicadas en presencia de un reflujó revolucionario, hayan conducido a crueles derrotas y luxaciones políticas.

El número 5-6 del *Boletín de Información de la Oposición alemana* del 1 de marzo de 1927, decía:

“El error más grande que la izquierda en el congreso (el de Francfort, en la primavera de 1924, en el que la dirección pasó a la izquierda) consistió en *no haber dicho al partido de una manera suficientemente vigorosa la gravedad de la derrota de 1923, en no haber extraído las conclusiones necesarias, en no haber explicado al partido con sangre fría y sin adornos las tendencias de la estabilización relativa del capital, y, por consiguiente, en no haber presentado ni el programa ni las consignas a seguir en el periodo inmediatamente posterior*; existía la posibilidad de hacerlo, a costa de estigmatizar brutalmente, con perfecta razón, las tesis del programa”. (Subrayado por mí).

Estas líneas nos mostraron entonces que una parte de la izquierda alemana, que había participado durante el V Congreso en la lucha contra nuestro supuesto “espíritu de liquidación”, había comprendido seriamente las enseñanzas de 1923-1924. Esto es lo que hizo posible más tarde una aproximación sobre una base de principios.

El verdadero año del cambio en la situación fue 1924. Sin embargo, sólo año y medio más tarde se admitió que se había producido esta variación brusca (“estabilización”). No hay, pues, por qué extrañarse de que 1924-1925 fueran años de errores de izquierda y de experiencias putchistas. La aventura terrorista búlgara, así como la trágica insurrección de diciembre de 1924 en Estonia, fueron estallidos de desesperación correspondientes a una falsa orientación. Esas tentativas de violentar el proceso histórico siguiendo la ruta del putchismo llevaron a una recaída en este mal en Cantón, a fines de 1927. Ni siquiera los pequeños errores quedan impunes en política, y mucho menos los grandes; pero la mayor falta es disimular los errores cometidos, contrarrestar de una manera mecánica su crítica e impedir que se formule sobre ellos un juicio marxista ponderado.

No escribimos la historia de la Internacional Comunista en el curso de estos cinco años. No hacemos más que ilustrar con hechos, con ocasión de las etapas fundamentales de este periodo, las dos líneas estratégicas; señalamos, así y al mismo tiempo, la falta de vitalidad del proyecto de programa para el cual no existen todas estas cuestiones. No podemos describir aquí, pues, ni siquiera limitándonos a sus rasgos esenciales, las contradicciones sin salida en que se debatieron los partidos de la Internacional Comunista, cogidos entre las directivas del V Congreso, de una parte, y la realidad política, de otra. Ciertamente, no se salió de esta contradicción en todas partes por medio de convulsiones tan funestas como las de Bulgaria en 1923 o las de Estonia en 1924. Pero en todas partes los partidos se veían reducidos a la impotencia, no podían responder a las aspiraciones de las masas, tenían puestas las orejeras y perdían el paso. En la agitación y la propaganda del partido, propiamente dichas; en la actividad sindical, en la tribuna parlamentaria, en todas partes los comunistas arrastraban como una cadena la falsa posición del V Congreso. Todos los partidos, unos más y otros menos, eran víctimas del falso punto de partida, perseguían fantasmas, se desentendían de la realidad, transformaban las fórmulas revolucionarias en frases altisonantes, se comprometían ante las masas y perdían pie. Para colmo de desgracias, a la prensa de la Internacional Comunista le era imposible, entonces como ahora, agrupar y publicar hechos y cifras concernientes a la actividad de los partidos comunistas en el curso de los últimos años. Después de las derrotas, los errores y los fracasos, la dirección de los epígonos, prefirió batirse en retirada y repartir palos de ciego.

Como los hechos reales le infringían siempre cada vez más crueles desmentidos, la dirección debía poner en primera fila cada vez más los hechos imaginarios. Perdiendo pie cada vez más, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se veía obligado a descubrir fuerzas y hechos revolucionarios donde ni siquiera había traza de ellos, y agarrarse a cuerdas podridas para mantenerse en equilibrio.

Como se producían en el proletariado manifiestos desplazamientos hacia la derecha, la Internacional Comunista entró en una fase de idealización de los campesinos, exagerando, sin criticarlos, todos los síntomas de “ruptura” entre ellos y la sociedad burguesa, coloreando vivamente toda clase de organizaciones campesinas efímeras y adulando francamente a los “demagogos campesinos”.

Se sustituía cada vez más la *tarea* de la vanguardia proletaria, que es luchar amplia y tenazmente contra la burguesía y la demagogia seudocampesina para influir en la parte más

desheredada de las aldeas, con la esperanza de que los campesinos desempeñarían un papel revolucionario directo e independiente nacional e internacionalmente.

Durante 1924, es decir, durante el año fundamental de la “estabilización”, la prensa comunista insertó datos completamente fantásticos sobre la fuerza de la Internacional Campesina, que acababa de organizarse. Su representante, Dombal, decía en su informe que, seis meses después de su creación, ya agrupaba a varios millones de miembros.

Entonces surgió el escandaloso asunto Raditch, el jefe del partido “campesino” croata, que para aumentar sus posibilidades de ser ministro en la Belgrado blanca, hizo pasar su ruta, que venía de la verde Zagreb, por la roja Moscú. El 9 de julio de 1924, Zinóviev cuenta su nueva “victoria” en un informe sobre el balance del V Congreso, presentado a los militantes activos de Leningrado:

“Actualmente se producen desplazamientos importantes en el campesinado. Probablemente todos habéis oído hablar del partido campesino croata de Raditch. Éste está actualmente en Moscú. Un verdadero jefe popular... Los campesinos pobres y medios de Croacia le siguen unánimemente... Ahora, Raditch ha decidido adherirse, en nombre de su partido, a la Internacional Campesina. Consideramos este acontecimiento como capital. La fundación de la Internacional Campesina es un hecho de gran importancia. Algunos camaradas no querían creer que se convertiría en una gran organización... Ahora acude a nosotros una gran masa auxiliar: el campesinado...”

Y así sucesivamente y del mismo estilo.

En el otro lado del océano, para hacer juego con Raditch, estaba el “verdadero jefe popular”, el jefe La Follette. A fin de hacer avanzar más rápidamente a la “masa auxiliar” de los campesinos norteamericanos, Pepper, el delegado de la Internacional Comunista, empujó al partido comunista norteamericano, débil y joven, a una aventura absurda y vergonzosa, creando en torno a La Follette el *Workers and Farmers Party*, para derribar más rápidamente al capitalismo norteamericano.

La buena nueva de la proximidad de una revolución, que se apoyaría en los campesinos en los Estados Unidos inspiraba en esta época todos los discursos y artículos de los líderes oficiales del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Kolarov decía en su informe, en una sesión del V Congreso:

“En los Estados Unidos, los pequeños granjeros han formado un partido de granjeros y campesinos que se radicaliza cada vez más, que se acerca a los comunistas y que se embebe de la idea de la creación en los Estados Unidos de un gobierno obrero y campesino.”

¡Ni más ni menos!

Un militante de la organización de La Follette, Green, de Nebraska, vino al congreso campesino de Moscú y también se adhirió a algo; después, como es natural, en la conferencia de Saint-Paul ayudó a derrotar al partido comunista cuando éste intentó débilmente comenzar a poner en práctica las grandiosas intenciones de Pepper, consejero del conde Karoly, ultraizquierdista del III Congreso, reformador del marxismo, uno de los que asesinaron a la revolución húngara.

El 29 de agosto de 1924, *Pravda* se lamentaba:

“En su conjunto, el proletariado norteamericano todavía no ha llegado a comprender la necesidad de un partido ni siquiera de un partido tan colaboracionista como el *Labour Party* inglés”.

Sin embargo, casi un mes y medio antes, Zinóviev declaró en su informe a los militantes activos de Leningrado:

“Varios millones de campesinos, de buen o mal grado (!), se ven directamente empujados por la crisis agraria hacia la clase obrera”.

¡Y directamente hacia el gobierno obrero y campesino! (añadía Koralov). La prensa repetía que se crearía pronto en los Estados Unidos un *Workers and Farmers Party* que no sería puramente proletario, pero que sería no obstante de clase “para derribar al capital”. Lo que significa un carácter no puramente proletario no hay un solo astrólogo, ni de este ni del otro lado del océano, que pueda explicarlo. Eso no era, a fin de cuentas, más que la edición pepperizada de la idea de los “partidos obreros y campesinos bipartidos”, de los que hablaremos más en detalle a propósito de las enseñanzas de la revolución china. Aquí bastará señalar que la idea reaccionaria de partidos no proletarios, pero no obstante de clase, se ha desarrollado enteramente basándose

en la política llamada de “izquierda” de 1924, que, para ocultar sus derrotas, se agarraba a Raditch, La Follette y a las cifras hinchadas de la Internacional Campesina.

“Actualmente asistimos [declara Miliutin, académico de los lugares comunes] a un acontecimiento sumamente significativo e importante: la autonomía de las masas campesinas que se separan de la burguesía, la intervención de los campesinos contra el capitalismo y el reforzamiento cada vez mayor del frente único de los campesinos y de la clase obrera que luchan en los países capitalistas contra el sistema social”.

Durante todo el año 1924, la prensa de la Internacional Comunista no se cansó de hablar de la “radicalización” general “de las masas campesinas”. ¡Como si de esta radicalización de los campesinos pudiese esperarse un resultado válido en un período en el que, manifiestamente, los obreros marchaban hacia la derecha, en el que la socialdemocracia se reforzaba y se consolidaba la burguesía!

Volvemos a encontrar el mismo error de visión política a fines de 1927 y a principios de 1928 en lo concerniente a China. Mucho tiempo después de toda grande y profunda crisis revolucionaria en que el proletariado sufre una derrota que decide su suerte para un largo período, continúan los sobresaltos de indignación de las masas atrasadas, semiproletarias, de las ciudades y del campo, como se forman ondas circulares después de que una roca haya caído sobre el agua. Si la dirección concede a esas ondas un valor propio, interpretándolas, contrariamente a los procesos en curso en la clase obrera, como signos de que la revolución se aproxima, sabedlo bien: eso es un síntoma que indica sin ninguna duda que la dirección va en busca de aventuras como las de 1924 en Bulgaria y Estonia o 1927 en Cantón.

Durante este mismo período de ultraizquierdismo se obligó al Partido Comunista de China a entrar por algunos años en el Kuomintang, que el V Congreso proclamó “partido simpatizante”. (*Pravda*, 25 de junio de 1924), sin intentar seriamente definir su carácter de clase. A medida que pasa el tiempo más se desarrolla la idealización de la “burguesía nacional revolucionaria”. Así es como el falso curso de izquierda en Oriente también, cerrando los ojos y ardiendo de impaciencia, echa los cimientos del oportunismo que le sucederá. Para codificarlo se recurrió a Martynov; era para el proletariado chino como un consejero tanto más seguro cuanto que durante las tres revoluciones rusas trotó detrás de la pequeña burguesía.

Buscando aplazar artificialmente los plazos, la dirección no solamente se aferró a Raditch, La Follette, a los millones de campesinos de Dombal e incluso a Pepper, sino que estableció una perspectiva radicalmente falsa para Inglaterra. La debilidad del partido comunista inglés hizo surgir la necesidad de sustituirlo lo antes posible por algún factor más impresionante. Entonces apareció una apreciación falsa de las tendencias del tradeunionismo inglés. Zinóviev dio a entender que esperaba que la revolución vendría, no a través del estrecho pórtico del partido comunista inglés, sino pasando por la ancha barrera de las tradeunions. Se sustituyó la lucha del partido comunista por conquistar a las masas organizadas en las tradeunions por la esperanza de utilizar lo antes posible al aparato de estas organizaciones con fines revolucionarios. Gracias a esta manera de abordar el problema se desarrolló después la política del Comité Angloruso, que asestó un rudo golpe tanto a la Unión Soviética como a la clase obrera inglesa; golpe superado sólo por la derrota sufrida en China.

Las Lecciones de octubre, escritas en el verano de 1924, refutan de la manera siguiente la idea de recurrir a la amistad de Purcell y de Cook para recorrer más rápidamente el camino que conduce a la revolución:

“No puede triunfar la revolución proletaria sin el partido, al encuentro del partido o por un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los diez años últimos.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, tornarse una palanca poderosa de la revolución proletaria y reemplazar a los mismos soviets, obreros, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto período. Pero no lo conseguirán sin el apoyo del partido comunista, ni mucho menos contra él, imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista prepondere. Harto cara, para no retenerla íntegramente, hemos pagado tamaña lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria.”

En el libro *¿Adónde va Inglaterra?* planteamos el mismo problema de una manera más extensa. Desde la primera hasta la última página, todo el libro está consagrado a demostrar que la revolución inglesa tampoco puede pasar más que por la puerta comunista; pero practicando una

política justa, valiente, desprovista de toda ilusión, el partido comunista inglés puede crecer y madurar a saltos y elevarse en algunos años al nivel de las tareas que le incumben.

Las ilusiones izquierdistas de 1924 se han desarrollado gracias a una concepción de derechas. Para disimular a los otros, y disimularse a sí mismo, la importancia de los errores y derrotas de 1923, fue necesario negar que el proletariado se orientara hacia la derecha y exagerar de una manera optimista los procesos revolucionarios que se producían en otras clases. Así comenzó el deslizamiento que condujo de la línea política proletaria a la del centrismo, es decir, a la de la pequeña burguesía, línea política a la que, más tarde, dado el reforzamiento de la estabilización, debía molestar su concha ultraizquierdista hasta acabar por manifestarse como groseramente colaboracionista en la URSS, China, Inglaterra, Alemania y en todas partes.

8.- Período de deslizamiento hacia el centro-derecha

La política de los partidos comunistas más importantes, establecida según la orientación decidida en el V Congreso, demostró pronto su completa ineficacia. Los errores del pseudo-“izquierdismo”, que retrasaron el desarrollo de los partidos comunistas, determinaron después un nuevo zigzag empírico, a saber, un deslizamiento acelerado hacia la derecha. Los comités centrales de “izquierda” de numerosos partidos fueron destronados tan abusivamente como se les había instalado antes del V Congreso. El izquierdismo de los aventureros cedía el puesto a un oportunismo declarado de tipo centro derecha. Para comprender el carácter y el ritmo del cambio hacia la derecha es preciso recordar que, en septiembre de 1924, Stalin, que dirigía el cambio repentino, juzgaba que el paso de la dirección de los partidos a manos de Maslov, Ruth Fischer, Treint, Suzanne Girault, etc., era la expresión de la bolchevización de los partidos y respondía a las reivindicaciones de los obreros bolcheviques que van hacia la revolución y “quieren tener jefes revolucionarios”.

“El último semestre transcurrido [escribía Stalin] es notable porque en él se ha producido una modificación radical en los partidos comunistas de Occidente: se liquidan resueltamente las supervivencias socialdemócratas, se bolchevizan los cuadros del partido, se aísla a los elementos oportunistas”.

Aproximadamente diez meses después, los “bolcheviques” auténticos, los “jefes revolucionarios” eran tildados de socialdemócratas y de renegados y se les eliminaba de la dirección y echaba del partido.

Aunque ese cambio de dirigentes, realizado a menudo mediante medidas mecánicas, groseras y desleales del aparato, haya adquirido un carácter de pánico, no se puede trazar una línea de demarcación ideológica precisa entre la fase de política de izquierdas y el período de deslizamiento oportunista que le sigue.

Sobre los problemas de la industria y de los campesinos en la URSS, de la burguesía nacional, de los partidos “campesinos” en los países capitalistas, del socialismo en un solo país, del papel del partido en la revolución proletaria, las tendencias revisionistas estaban en pleno desarrollo en 1924-1925, disimulándose tras el estandarte de la lucha contra el “trotskismo”, y se expresaron en las resoluciones oportunistas de la conferencia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS de abril de 1925.

Considerada en su conjunto, la orientación a derecha fue una tentativa de adaptación (medio ciego, puramente empírica) al retraso de la revolución a causa de la derrota de 1923. Bujarin abordaba la cuestión de una manera primitiva, considerando el desarrollo “permanente” de la revolución en el sentido más directo y mecánico de esta palabra. Bujarin no admitía ni “pausa”, ni interrupción ni retirada; consideraba como un deber revolucionario proseguir “la ofensiva bajo no importa qué condiciones”. El artículo de Stalin (*De la situación internacional*) citado más arriba, que es, en cierto modo, un programa (se puede decir que fue la primera intervención general de Stalin en los problemas internacionales), demuestra que también el segundo autor del proyecto, en el curso del primer período de lucha contra el “trotskismo”, se esforzó por admitir la concepción mecánica de la “izquierda”, para la cual, invariablemente, sólo existía “descomposición” de la socialdemocracia, “radicalización” de los obreros, “crecimiento” de los partidos comunistas, revolución “próxima”. En cuanto a aquel que mira en torno suyo y hace distinciones, es un “liquidador”.

Después de la ruptura que se produjo en la situación europea en 1923, esta “tendencia” necesitó un año y medio para experimentar una sensación nueva y, en pleno pánico, transformarse radicalmente. Carente de toda comprensión sintética de nuestra época y de las tendencias que contiene, la dirección (Stalin) se orientaba a tientas, o completando sus conclusiones fragmentarias con esquemas escolásticos que renovaba cada vez (Bujarin). En conjunto, la línea de conducta política constituye, por esta razón, un encadenamiento de zigzags. La línea ideológica es un calidoscopio de esquemas encaminados a llevar al absurdo cada segmento de los zigzags estalinistas.

El VI Congreso obraría juiciosamente si encargase a una comisión especial la misión de reunir todas las teorías expuestas por Bujarin para edificar sobre ellas su argumentación, en cada etapa, por ejemplo, del Comité Angloruso; sería necesario disponerlas cronológica, sistemáticamente, para tratar de trazar el diagrama febril del pensamiento que contienen. Sería uno de los diagramas estratégicos más fecundos en enseñanzas. Otro tanto podría hacerse en lo que concierne a la revolución china, al desarrollo económico de la URSS y a todas las otras cuestiones de menor importancia. *Un empirismo ciego multiplicado por la escolástica*, tal es la orientación que aún no ha sido despiadadamente condenada.

Este empirismo se ha manifestado de la manera más fatal en los tres problemas capitales: la política interior de la URSS, la revolución china y el Comité Angloruso, y con menor violencia, con consecuencias inmediatas menos funestas en general en todas las cuestiones de la política de la Internacional Comunista.

En lo que concierne a los problemas interiores de la URSS, se ha juzgado la política de orientación a derecha de una manera completa en la *Plataforma de los bolcheviques leninistas (Oposición)*: nos vemos obligados aquí a limitarnos a referirnos a ella. Esta *Plataforma* recibe actualmente una confirmación inesperada: todas las tentativas de la dirección actual del Partido Comunista de la URSS (Bolchevique) para escapar a las consecuencias de la política de 1923-1928 se basan en argumentos extraídos casi textualmente de la *Plataforma*, cuyos autores y partidarios están dispersados por las prisiones y los lugares de destierro. El hecho que los dirigentes actuales recurran a la *Plataforma* por fragmentos, sin ningún espíritu de continuidad en su actos, hace sumamente inestable e incierta la nueva orientación a izquierda; pero, al mismo tiempo, confirma sobradamente que la *Plataforma* en su conjunto expresa la política de Lenin.

En cuanto a la cuestión china, nos vemos obligados a someterla a un análisis más minucioso en un capítulo especial (el tercero), dada la importancia del problema para la Internacional Comunista y porque la *Plataforma* la ha presentado de una manera extremadamente insuficiente, incompleta y a veces incluso totalmente inexacta, por culpa de Zinóviev.

En lo que concierne al Comité Angloruso, tercera etapa por orden de importancia de la experiencia estratégica de la Internacional Comunista en el curso de los últimos años, después de todo lo que ha dicho la Oposición en una serie de artículos, discursos y tesis, no nos queda más que establecer aquí un breve balance.

El punto de partida del Comité Angloruso fue, como ya hemos visto, una aspiración impaciente a saltar por encima del joven partido comunista inglés, que se desarrollaba demasiado lentamente. Esto daba a la experiencia, ya antes de la huelga general, un carácter erróneo.

El Comité Angloruso, no era considerado como una coalición temporal, entre esferas superiores, que debería ser rota y lo sería de una manera demostrativa a la primera prueba seria, a fin de comprometer al Consejo General; no, se le consideraba, y no solamente por Stalin, Bujarin, Tmsky, etc., sino también por Zinóviev, como un “bloque amigable” de larga duración, y como un instrumento destinado a “revolucionar” sistemáticamente a las masas obreras inglesas; se veía en ese comité, si no la puerta, al menos un acceso a la puerta por donde debería entrar la revolución del proletariado inglés. Cada vez más, el Comité Angloruso, que era un acuerdo circunstancial, se transformaba en un organismo intangible, colocado por encima de la lucha de clases, como se vio claramente durante la huelga general.

La entrada de las masas en una fase abiertamente revolucionaria lanzó al campo de la reacción burguesa a los políticos laboristas liberales que habían ido un poco hacia la izquierda. Estos traicionaron consciente y abiertamente la huelga general; después zaparon y traicionaron la huelga general de los mineros. El reformismo contiene siempre la posibilidad de una traición. Pero esto no significa que reformismo y traición se identifiquen a cada instante. Puede haber

acuerdos provisionales con los reformistas cuando estos dan un paso adelante. Pero cuando asustados por el desarrollo del movimiento de masas traicionan a éste, mantener la coalición con ellos equivale a tolerar de una manera criminal a los traidores y disimular la traición.

La huelga general tenía como fin ejercer, con la fuerza de cinco millones de obreros, una presión unificada contra los industriales y el estado; en efecto, la cuestión de la industria carbonífera se convirtió en el problema más importante de la política del estado. Gracias a la traición de los jefes, la huelga fue sabotada desde su primera etapa. Era una gran ilusión creer después de esto que sola, aislada, la huelga económica de los mineros obtendría lo que la huelga general no había logrado. *En esto residía la fuerza del Consejo General*. Calculando fríamente, llevó a los mineros a la derrota, a continuación de lo cual numerosos obreros debían convencerse de que las indicaciones de Judas del Consejo General eran “justas” y “razonables”.

El mantenimiento de la coalición amistosa con éste y la ayuda prestada al mismo tiempo a la huelga económica, aislada, de los mineros, que se prolongaba indefinidamente, y contra la cual intervenía el Consejo General, parecían haber sido calculados de antemano para permitir a los que constituían la cabeza de las tradeunions salir con las menores pérdidas posibles de las pruebas más penosas.

Desde el punto de vista revolucionario el papel desempeñado por los sindicatos rusos fue muy desventajoso y lamentable. Ni qué decir tiene que era un deber ayudar a la huelga económica, incluso aislada; entre revolucionarios no puede haber dos opiniones diferentes sobre esto. Pero esa ayuda no debía haber tenido solamente un carácter pecuniario; sino también revolucionario y político. La dirección sindical rusa debía haber dicho abiertamente a la federación de mineros y a toda la clase obrera inglesa que la huelga de mineros no tenía probabilidades serias de triunfar más que en el caso de que por su obstinación, su tenacidad y extensión, estuviese en condiciones de abrir el camino a una nueva explosión de huelga general. No se podía llegar a ello más que luchando directa y abiertamente contra el Consejo General, agencia del gobierno y de los patronos del carbón. La lucha por transformar la huelga económica en huelga política habría debido significar que se haría una guerra furiosa en todos los terrenos al Consejo General; el primer paso hacia esta guerra debía ser la ruptura del Comité Angloruso, que era un obstáculo reaccionario, una cadena atada a los pies.

Ningún revolucionario que sopesa sus palabras afirmará que marchando en esta dirección la victoria estaba *asegurada*. Pero para llegar no era *posible* seguir otro camino. El fracaso que se habría podido sufrir hubiera sido una derrota experimentada en un camino que *podía llevar* más tarde al triunfo. Una derrota semejante inculca, es decir, refuerza, las ideas revolucionarias en la clase obrera. En tanto que sosteniendo sólo pecuniariamente una huelga corporativista, sin salida (corporativista por sus métodos, revolucionaria y política por sus fines), que se prolongaba indefinidamente, no se hacía más que ayudar al Consejo General, que esperaba tranquilamente que la huelga acabase por consunción para demostrar que tenía “razón”. Ni que decir tiene que no era fácil esperar durante varios meses haciendo abiertamente de esquirol. Precisamente para este período profundamente crítico, el Consejo General necesitaba una careta política para presentarse ante las masas: el Comité Angloruso. Así, pues, la lucha de clases a muerte entre el capital y el proletariado ingleses, entre el Consejo General y los mineros, parecía transformarse en discusión amistosa entre dos aliados, Consejo General y dirección sindical rusa, sobre el camino mejor por el momento: el del acuerdo o el de la lucha económica aislada. La derrota inevitable de la huelga provocó un acuerdo, es decir, cortó trágicamente la “discusión” amistosa en favor del Consejo General.

Desde el principio hasta el fin, toda la política del Comité Angloruso, a causa de la falsa línea de conducta fijada, consistió en ayudar, en sostener, en reforzar al Consejo General. Incluso el hecho que la huelga fuese alimentada desde el punto de vista pecuniario, durante mucho tiempo, gracias al gran espíritu de sacrificio de los obreros rusos sirvió, no a los mineros, ni al partido comunista inglés, sino al Consejo General. A continuación del más gran movimiento revolucionario que Inglaterra haya conocido después del cartismo, el partido comunista inglés apenas ha crecido mientras que el Consejo General es más sólido que antes de la huelga general.

Tales son los resultados de esta “maniobra estratégica”, única en su género.

Para justificar la obstinación que se manifestó en mantener la coalición con el Consejo General (se llegó a arrastrarse ante él en la vergonzosa Conferencia de Berlín en abril de 1927) se

recurre, aún y siempre, a la “estabilización”. Si la revolución tarda en llegar, debe uno agarrarse incluso a un Purcell. Este argumento, que le parece extraordinariamente profundo a un funcionario soviético o a un tradeunionista del tipo de Melnitchansky, es en realidad una perfecta muestra de ciego empirismo agravado, además, por la escolástica. ¿Qué significa “estabilización” cuando se aplica esta expresión a la economía y política inglesas, sobre todo en 1926-1927? ¿Desarrollo de las fuerzas productivas? ¿Mejora de la situación económica? ¿Esperanzas crecientes en el futuro? ¿Relativo bienestar y calma de las masas obreras? Nada, absolutamente nada. Toda la supuesta estabilización del capitalismo británico se basa en la fuerza conservadora de las viejas organizaciones obreras de todos los matices y tendencias frente a la debilidad e indecisión del partido comunista inglés. En Inglaterra, la revolución está completamente madura en el dominio económico y social. La cuestión se plantea únicamente desde el punto de vista político. Las bases principales de la estabilización son las esferas superiores del *Labour Party* y de las *tradeunions*, que en Inglaterra constituyen un todo, pero practican la división del trabajo. Dado el estado, que se manifestó durante la huelga general, en que se encuentran las masas obreras, no son Mac Donald y Thomas quienes ocupan el lugar principal en el mecanismo de la estabilización capitalista, sino Pugh, Purcell, Cook y compañía. Estos obran y Thomas completa su trabajo. Sin Purcell, Thomas pierde todo punto de apoyo, y Baldwin al mismo tiempo que Thomas. El “izquierdismo” falso, diplomático, de mascarada de Purcell, que fraterniza sucesiva y simultáneamente con la gente de iglesia y con los bolcheviques, que está siempre presto, no solamente a batirse en retirada sino, además, a traicionar, es el principal freno de la revolución en Inglaterra. *La estabilización es el purcellismo*. Se ve, pues, qué absurdo teórico, qué ciego oportunismo es recurrir a la “estabilización” para justificar el bloque político constituido con Purcell. Para quebrantar la “estabilización” era necesario, en primer lugar, derrotar al “purcellismo”. Conservar, en estas condiciones, ante las masas obreras, aunque sólo fuese una sombra de solidaridad con el Consejo General era el crimen más grande, la vergüenza más profunda.

Incluso la estrategia más justa está lejos de conducirnos siempre a la victoria. Se comprueba si un proyecto estratégico es justo examinando si sigue la línea del verdadero desarrollo de las fuerzas de clase, si aprecia de una manera realista, los elementos de ese desarrollo. La derrota más penosa, vergonzosa y funesta para un movimiento, derrota típicamente menchevique, es la causada por un falso análisis de las clases, por el menosprecio de los factores revolucionarios, por la idealización de las fuerzas enemigas. Nuestras derrotas en China y en Inglaterra fueron de este tipo.

¿Qué se esperaba del Comité Angloruso para la URSS? En julio de 1926, Stalin nos enseñaba lo siguiente en la reunión plenaria del comité central y de la Comisión Central de Inspección:

“La tarea de ese bloque (Comité Angloruso) es organizar un vasto movimiento de la clase obrera contra nuevas guerras imperialistas y, en general, contra toda intervención en nuestro país, en particular de alguna de las más fuertes potencias imperialistas de Europa., y más especialmente de Inglaterra”.

Enseñándonos a nosotros, miembros de la Oposición, que, naturalmente, no lo ignorábamos, que hay que “tener la preocupación de defender a la primera república obrera del mundo contra la intervención”, (en esto de aquí arriba teníamos, ciertamente necesidad de ser instruidos) Stalin agregaba:

“Si los sindicatos reaccionarios ingleses están prestos a formar con los sindicatos revolucionarios de nuestro país una coalición contra los imperialistas contrarrevolucionarios del suyo, ¿por qué no aprobaríamos ese bloque?”

Si los “sindicatos reaccionarios” fueran capaces de luchar contra sus imperialistas, no serían reaccionarios. Stalin ya no reconoce la línea de demarcación que separa las nociones de *reaccionario* y *revolucionario*. Por rutina, califica a los sindicatos de Inglaterra de reaccionarios, pero se hace piadosas ilusiones sobre su “espíritu revolucionario”.

Después de Stalin, el comité de Moscú de nuestro partido decía a los obreros de esta ciudad:

“El Comité Angloruso puede y debe desempeñar, y sin ninguna duda desempeñará, un papel enorme en la lucha contra toda clase de intervenciones dirigidas contra la URSS y se

convertirá en el centro de organización de las fuerzas internacionales del proletariado en lucha contra toda clase de tentativas de la burguesía internacional de provocar una nueva guerra”.

¿Qué respondía a esto la Oposición?

“A medida que se agrave la situación internacional, el Comité Angloruso se transformará en instrumento del imperialismo británico e internacional”.

En la misma reunión plenaria, Stalin calificó “de paso del leninismo al trotskismo” esta crítica de las esperanzas estalinistas puestas en Purcell, considerado como ángel de la guarda del estado obrero.

“Vorochilov: “Eso es muy cierto”.

Una voz: “Vorochilov ha puesto en ello su sello”.

Trotsky: “Felizmente, todo esto se encontrará en las actas taquigráficas”.

Sí; todo esto está en las actas taquigráficas de la reunión plenaria de julio, donde oportunistas ciegos, groseros y desleales tuvieron la audacia de lanzar contra la Oposición la acusación de “derrotismo”.

Todo este diálogo, que me veo obligado a reproducir de mi artículo *¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido?*, ofrece una lección de estrategia que contiene infinitamente más enseñanzas que el artículo para institutos dedicado a la estrategia que figura en el proyecto de programa. La pregunta: *¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido?* es, en general, el criterio principal en estrategia. Es preciso aplicarlo en el VI Congreso a todos los problemas que estuvieron a la orden del día durante los últimos años. Se verá entonces, de una manera indiscutible, que la estrategia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, particularmente a partir de 1927, es la de las cantidades imaginarias, de los falsos cálculos, de las ilusiones respecto al enemigo, de la persecución de los militantes más seguros y firmes; es, en una palabra, la estrategia del centrismo podrido.

9.- Las maniobras y la estrategia revolucionaria

A primera vista no se puede comprender por qué el proyecto de programa ignora totalmente el problema de “la maniobra” en la estrategia bolchevique y de la “flexibilidad” de ésta. De toda esta inmensa cuestión, sólo se aborda un único punto: los acuerdos con la burguesía indígena en las colonias.

Sin embargo, el oportunismo, en el curso del último período describiendo zigzags cada vez más acentuados a derecha, se cubrió sobre todo con la bandera de la *maniobra* estratégica. Se calificó la negativa a aceptar la realización de compromisos desprovistos de principios, y, por eso mismo, perjudiciales desde el punto de vista práctico, de falta de “flexibilidad”. La mayoría proclamó que su principio fundamental era la maniobra. Zinóviev, en 1925, maniobraba con Raditch y La Follette. Stalin y Bujarin maniobraron después con Chang Kai-shek, con Purcell, con el campesinado rico. La burocracia maniobró todo el tiempo con el partido. Zinóviev y Kámenev maniobran ahora con la burocracia.

En la vida cotidiana del burocratismo ha surgido todo un ejército de especialistas de la maniobra compuesto, sobre todo, por hombres que nunca fueron militantes revolucionarios y que, por eso mismo, se inclinan ahora tanto más ante la revolución que ha conquistado el poder. Borodin maniobra en Cantón; Rafès, en Pekín; D. Petrovsky, en torno a la Mancha; Pepper, en los Estados Unidos, pero hay que hacerlo también en Polinesia; Martynov maniobra a distancia, pero, en cambio, lo hace en todas las partes del mundo. Han surgido camadas enteras de jóvenes académicos de la maniobra, que entienden sobre todo por flexibilidad bolchevique la elasticidad de su propio espinazo. La misión de esta escuela estratégica consiste en obtener por la maniobra todo lo que sólo puede dar la fuerza revolucionaria de la lucha obrera. Lo mismo que cada alquimista de la Edad Media, a pesar de los fracasos de los demás, confiaba en fabricar oro, los estrategas actuales de la maniobra, cada uno en su puesto, esperan engañar a la historia.

Es evidente que, de hecho, no son estrategias, sino hombres de combinaciones burocráticas, de todas tallas, salvo la grande. Algunos de ellos, después de haber observado cómo el maestro resuelve las pequeñas cuestiones, se han imaginado que poseen todos los secretos de la estrategia. En el fondo, en esto consiste toda la doctrina de los epígonos. Otros, después de haber recibido, de segunda o tercera mano, los secretos de las combinaciones y de haberse

convencido en las pequeñas cosas de que a veces obran grandes milagros, han estimado que serían tanto más convenientes para los grandes asuntos. En todas partes, todas las tentativas de aplicar el método burocrático de las combinaciones a la solución de las grandes cuestiones, como comparativamente más “económico” que el de la lucha revolucionaria, ha causado inevitablemente vergonzosas quiebras; la doctrina de las combinaciones, en manos de la burocracia del partido y del estado, ha quebrado la columna de los jóvenes partidos y de las jóvenes revoluciones. Chang Kai-shek, Wan Tin-wie, Purcell y el kulak, todos han salido hasta ahora vencedores frente a todas las tentativas para reducirlos recurriendo al método de las “maniobras”. Esto no quiere decir, sin embargo, que, en general, toda maniobra sea inadmisibles, es decir incompatible con la estrategia revolucionaria de la clase obrera. Pero es preciso comprender claramente el valor, auxiliar, subordinado de las maniobras, que deben ser utilizadas estrictamente como medio, en relación con los métodos fundamentales de la lucha revolucionaria. Es preciso comprender de una vez, y para siempre, que una maniobra no puede decidir jamás una gran causa. Si las combinaciones parecen resolver alguna cosa ventajosamente en los pequeños asuntos, es siempre en detrimento de las obras importantes. Una maniobra justa no hace más que facilitar la solución permitiendo ganar tiempo o esperar mayores resultados gastando menos fuerzas. No es posible esquivar las dificultades fundamentales gracias a la maniobra.

La contradicción que existe entre el proletariado y la burguesía es una contradicción fundamental. He aquí por qué tratar de atar a la burguesía china recurriendo a las maniobras, de cualquier clase que sean, y obligarla a someterse a planes previstos en combinaciones, no es proceder a una maniobra, es engañarse a sí mismo de una manera despreciable, aunque la operación sea importante. No se puede engañar a las clases. Si se consideran las cosas bajo el punto de vista histórico, esto es verdad para todas las clases, pero es más particular y directamente cierto para las clases dominantes, poseedoras, explotadoras, instruidas. Su experiencia del mundo es tan grande, sus instintos de clase están tan ejercitados, sus órganos de espionaje son tan variados, que tratando de engañarlas, simulando ser lo que no se es, se llega, en realidad, a hacer caer en la trampa no a los enemigos, sino a los amigos.

La contradicción que existe entre la URSS y el mundo capitalista es una contradicción fundamental. No es posible esquivarla recurriendo a maniobras. Se puede, por medio de concesiones al capital, clara y abiertamente enunciadas, explotando las contradicciones existentes entre sus diversas partes, prolongar una pausa, ganar tiempo, y esto solamente bajo condiciones determinadas y no en cualesquiera circunstancias. Creer que se puede “neutralizar” a la burguesía mundial antes de organizar el socialismo, es decir, que se puede escapar, gracias a algunas maniobras, a las contradicciones fundamentales, es equivocarse groseramente, y ese engaño puede costarle caro a la república soviética. Sólo la revolución internacional puede liberarnos de las contradicciones fundamentales.

Una maniobra puede consistir ya en una concesión al enemigo, ya en establecer un acuerdo con un aliado provisional y siempre dudoso, ya en efectuar una retirada calculada en el momento oportuno para no permitir al adversario que nos aplaste, ya en hacer alternar las reivindicaciones parciales y las consignas destinadas a provocar la escisión en el campo enemigo. He aquí las formas principales de la maniobra. Se puede citar aún otras, secundarias. Pero toda maniobra, por su naturaleza misma, no es más que un episodio en comparación con la línea estratégica fundamental de la lucha. En las maniobras hechas en torno al Kuomintang y al Comité Angloruso (hay que tenerlas presentes siempre como muestras consumadas de maniobras mencheviques y no bolcheviques) se produjo, precisamente, lo contrario: lo que no habría debido ser más que un episodio de táctica se infló hasta devenir en línea estrategia, y la verdadera tarea estratégica (la lucha contra la burguesía y los reformistas) se hizo añicos en una serie de episodios pequeños y secundarios de táctica, de carácter sobre todo decorativo.

Cuando se ejecuta una maniobra hay que prever siempre las hipótesis más desfavorables, tanto respecto al enemigo al que se le hacen concesiones como, también, respecto del aliado con el que se establece un acuerdo. Siempre hay que recordar que a partir del día siguiente el aliado puede devenir enemigo. Esto es cierto incluso respecto a un aliado como el campesinado:

“Desconfiar de los campesinos, organizarse separadamente de ellos, estar presto a luchar contra ellos en la medida en que intervengan como reaccionarios o antiproletarios”.

Esto no está ni mucho menos, en contradicción con la gran tarea estratégica del proletariado, que Lenin fue el primero en determinar, teórica y prácticamente, de una manera tan profunda y genial: arrancar las capas inferiores de los campesinos explotados de la influencia de la burguesía y atraerlas a nuestro lado. Pero la alianza del proletariado y de los campesinos, que la historia no presenta, ni mucho menos, de una manera acabada, no puede crearse por medio de maniobras dulzonas, de coqueterías triviales y de declamaciones patéticas: es una cuestión de correlación política de fuerzas, y, por consiguiente, de independencia del proletariado con respecto a *todas* las clases. En primer lugar, hay que educar al aliado. Se puede educar al campesinado, manifestando, de una parte, una atención profunda por todas sus necesidades históricas progresistas, y, por otra, una desconfianza organizada hacia él, y luchando infatigable e implacablemente contra todas sus tendencias y maneras antiproletarias.

El sentido y los límites de la maniobra deben meditarse y determinarse siempre claramente. Una concesión debe llamarse una concesión, y una retirada, una retirada. Es menos peligroso exagerar las concesiones y retiradas a que se ve uno obligado que sobreestimarlas. Se debe mantener la vigilancia de clase y la sistemática desconfianza en su propio campo y no adormecerlas.

El instrumento esencial de una maniobra, como, en general, de toda acción histórica de la clase obrera, es el partido. Pero éste no es únicamente un instrumento dócil en manos de los “maestros” de la maniobra; es una herramienta consciente, que obra por sí misma; es la expresión suprema de la acción propia del proletariado. Es preciso, pues, que el partido comprenda claramente cada maniobra. No se trata, evidentemente, de secretos diplomáticos, militares o conspirativos, es decir, de la *técnica* de la lucha del estado proletario o del partido comunista bajo el régimen capitalista. Se trata del fondo *político* de la maniobra. Las explicaciones que se dan, a la fuerza, para probar que la política seguida de 1924 a 1928 con los campesinos ricos fue una gran maniobra son, pues, absurdas y criminales. Al campesino rico no se le engaña. Éste no juzga por las palabras sino por los actos, por los impuestos, por los precios; calcula en especies. Pero sí se puede engañar a la clase obrera, al partido proletario. Nada corroe tanto el espíritu revolucionario del partido proletario como las maniobras desprovistas de principios y efectuadas a sus espaldas.

He aquí la regla más importante, inquebrantable e invariable, que debe aplicarse en toda maniobra: no te permitas, jamás fundir, confundir o entrelazar tu organización de partido con la de otro, por “amistoso” que éste sea hoy. No te permitas jamás recurrir a gestiones que, directa o indirectamente, abiertamente o a escondidas, subordinen el tuyo a otros partidos o a organizaciones de otras clases, que restrinjan la libertad de tu acción o que te hagan responsable, aunque sólo sea en parte, de la línea de conducta política de otros partidos. No te permitas jamás confundir tus banderas con las suyas, y aún menos, sobra decirlo, no te arrodilles ante la bandera de otro.

Lo peor y más peligroso es cuando una maniobra se debe a la impaciencia o al oportunismo de querer adelantar el crecimiento del partido, saltar las etapas inevitables de su desarrollo (este es, justamente, el caso en que no se deben saltar las etapas), y que se realiza ligando de manera artificial, hipócrita, diplomática, mediante combinaciones y estafas, organizaciones y elementos que se lanzan a degüello. Semejantes experiencias, peligrosas siempre, son fatales para los partidos jóvenes y débiles.

En la maniobra, como en la batalla, no es la sabiduría estratégica (y menos aún el ardid de las combinaciones) lo que decide el resultado: es la correlación de fuerzas. De una manera general, el peligro que una maniobra, incluso juiciosamente concebida, hace correr a un partido revolucionario es más grande cuanto más joven y débil es respecto a sus enemigos, aliados o semialiadados. He aquí por qué (y aquí abordamos el punto más importante para la Internacional Comunista) el Partido Bolchevique no comenzó haciendo maniobras, considerándolas como una panacea, sino que recurrió a ellas sólo cuando fue bastante fuerte para realizarlas, cuando había echado raíces profundas en la clase obrera, cuando se había consolidado en el dominio político y madurado ideológicamente.

El mal radica, precisamente, en que los epígonos de la estrategia bolchevique presentan a los jóvenes partidos comunistas el espíritu de maniobra y la flexibilidad como la quintaesencia de la estrategia bolchevique, arrancándoles de su eje histórico y de sus bases de principios,

realizando así combinaciones que se parecen con demasiada frecuencia a la carrera del león en su jaula. No es la flexibilidad lo que constituyó (y, desde luego, actualmente no debe constituirlo) el rasgo característico fundamental del bolchevismo, sino *su firmeza de acero*. Precisamente esta cualidad (de la que el bolchevismo se enorgulleció con mucha razón) es la que le reprochaban sus enemigos y adversarios. No “optimismo” beato, sino intransigencia, vigilancia, desconfianza revolucionaria, lucha por cada centímetro de su independencia: éstos son sus rasgos esenciales. Justamente por ahí deben comenzar los partidos comunistas de occidente y de oriente. Tienen aún que conquistar el derecho a ejecutar grandes maniobras, preparando primero las posibilidades materiales y políticas de realizarlas, a saber: la fuerza, la solidez y la seriedad en la elección de los medios que utilizan para su propia organización.

Las maniobras mencheviques realizadas en torno a Guomindang y al Consejo General son diez veces criminales porque han recaído sobre los hombros, frágiles aún, de los comunistas de China y de Inglaterra. No solamente provocaron la derrota de la revolución y de la clase obrera, sino que han debilitado y saboteado el instrumento esencial de la lucha futura: los jóvenes partidos comunistas. Al mismo tiempo, han introducido elementos de desmoralización política en el más viejo partido de la Internacional Comunista: el Partido Comunista de la URSS (Bolchevique).

El capítulo del proyecto que habla de la estrategia no dice ni una palabra respecto a las maniobras, es decir, al caballo de batalla que se ha montado con predilección en el curso de los últimos años. Algunos críticos bonachones dirán: ese silencio es ya un bien. Pero razonar así sería cometer un grave error. Desgraciadamente, el proyecto de programa, como lo hemos demostrado ya en una serie de ejemplos, y como lo probaremos aún más adelante, tiene también carácter de maniobra, en el mal sentido de la palabra. El proyecto maniobra en torno al partido. Disimula algunos de sus puntos débiles disfrazándose “tras Lenin”, y esquivo otros mediante el silencio. Así es como trata la cuestión de la estrategia de las maniobras. Actualmente, no es posible hablar de ese tema sin evocar la experiencia reciente de China y de Inglaterra. El solo hecho de mencionar las maniobras evocará las imágenes de Chang Kai-shek y de Purcell. Esto es lo que los autores no quieren. Prefieren callarse sobre su tema favorito, dejando las manos libres a la dirección de la Internacional Comunista. Pero no se puede tolerar esto. Es preciso atar las manos a los especialistas de las combinaciones y a los candidatos a esta especialización. Para esto debe servir el programa. Si no, es inútil.

Es preciso que el capítulo sobre la estrategia contenga las reglas fundamentales que definan y delimiten las maniobras, es decir, el procedimiento auxiliar empleado en la lucha revolucionaria, que no puede ser más que una lucha a muerte contra la clase enemiga. Se puede, indudablemente, exponer con más concisión y exactitud las reglas esbozadas aquí, basadas en lo que enseñaron Marx y Lenin. Pero es preciso introducirlas, a toda costa, en el programa de la Internacional Comunista.

10.- La estrategia de la guerra civil

El proyecto de programa dice someramente, a propósito de la cuestión de la insurrección.

“Esta lucha está sometida a las reglas del arte de la guerra; presupone un plan militar, el carácter ofensivo de las operaciones del combate, la abnegación sin reservas y el heroísmo del proletariado”.

Aquí el proyecto se limita a repetir, en resumen, algunas observaciones hechas de pasada por Marx. Sin embargo, tenemos, por una parte, la experiencia de la revolución de octubre, y, por otra parte, la de las derrotas de las revoluciones húngara y bávara, de la lucha en Italia en 1920, de la insurrección en Bulgaria en septiembre de 1923, del movimiento de 1923 en Alemania, del de 1924 en Estonia, de la huelga general inglesa en 1926, de la insurrección de los obreros vieneses en 1927, de la segunda revolución china de 1925-1927. El programa de la Internacional Comunista debe caracterizar mucho más clara y concretamente tanto las premisas sociales y políticas de la insurrección como las condiciones y los métodos estratégicos y militares necesarios para obtener el éxito. Nada desenmascara tanto el carácter superficial y literario del documento como el hecho que el capítulo consagrado a la estrategia revolucionaria trate de Cornélissen y de los guildistas (Orage, Hobson, G. D. H. Cole, nombrados todos ellos), pero no caracterice en

general, desde el punto de vista social, la estrategia del proletariado en la época imperialista y no defina tampoco los métodos de lucha para la conquista del poder, basándose en la documentación de la historia viviente.

En 1924, después de la experiencia trágica de Alemania, planteamos de nuevo la cuestión, pidiendo que la Internacional Comunista inscribiese en su orden del día y estudiase los problemas de la estrategia y de la táctica de la insurrección y de la guerra civil en general.

“Es preciso reconocer que muchos comunistas occidentales, que no se han desembarazado de su manera fatalista y pasiva de abordar los principales problemas de la revolución, no conceden importancia a la insurrección. Rosa Luxemburgo representa aun esta manera de ver de una forma particularmente neta y con mucho más talento que nadie. Su actitud es, desde el punto de vista psicológico, fácilmente comprensible. Se formó, por decirlo así, en la lucha contra el aparato burocrático de la socialdemocracia y de los sindicatos alemanes. Sin tregua, demostró que este aparato ahogaba la iniciativa del proletariado. No veía otra salida a esta situación, no veía la solución más que en un alza irresistible de las masas que derribarían las barreras y defensas edificadas por la burocracia socialdemócrata. La huelga general revolucionaria, desbordando los límites de la sociedad burguesa, era para Rosa Luxemburgo sinónimo de revolución proletaria. Sin embargo, cualquiera que sea su potencia, la huelga general no resuelve el problema del poder, no hace más que plantearlo. Para apoderarse del poder es preciso, apoyándose en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo hace pensar que habría acabado por admitirlo. Pero cuando fue arrancada a la lucha no había dicho todavía su última ni su penúltima palabra. Sin embargo, aun recientemente existía en el Partido Comunista de Alemania una corriente muy fuerte de fatalismo revolucionario. La revolución se acerca (se decía), nos traerá la insurrección y nos dará el poder. El papel del partido en ese momento es hacer agitación revolucionaria y esperar los efectos de tales condiciones, plantear resueltamente la cuestión de la insurrección es arrancar al partido de la pasividad y del fatalismo, es ponerle frente a los principales problemas de la revolución, notablemente frente a la organización consciente de la insurrección para echar al enemigo del poder.

Consagramos mucho tiempo y muchos esfuerzos en el dominio teórico a la Comuna de París de 1871, y dejamos completamente de lado la lucha del proletariado alemán, que ha adquirido ya una preciosa experiencia de la guerra civil; apenas nos ocupamos, por ejemplo, de la experiencia de la insurrección búlgara del mes de septiembre último, y en fin, lo que es más sorprendente, hemos, en cierto modo, enviado a los archivos la experiencia de octubre.

Es preciso estudiar de la manera más minuciosa la experiencia del golpe de estado de octubre, de la única revolución en la que el proletariado ha triunfado hasta ahora. Es preciso establecer un calendario estratégico y táctico de octubre. Es preciso demostrar cómo los acontecimientos crecían hora por hora, qué repercusión tenían en el partido, en los soviets, en el comité central, en la organización militar. ¿Qué significación tenían las vacilaciones que se manifestaban en el partido? ¿Cuál era su importancia relativa en la marcha general de los acontecimientos? ¿Cuál era la función de la organización militar? He aquí un trabajo de una importancia inapreciable. Sería un verdadero crimen dejarlo para más tarde.

¿En qué consiste, pues, el problema propiamente dicho? Consiste en componer un formulario universal, o bien una guía, o un manual, o estatutos concernientes a las cuestiones de la guerra civil, por consiguiente, ante todo, a la insurrección considerada como el momento supremo de la guerra civil. Es preciso hacer el balance de la experiencia adquirida, analizar las condiciones, examinar las faltas, poner de manifiesto las operaciones más justas, sacar las conclusiones necesarias. ¿Enriqueceremos así la ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la evolución histórica, o el arte, como conjunto de las reglas de acción deducidas de la experiencia? Creo que una y otra ganaran. Pero nuestro fin es estrictamente práctico: enriquecer el arte militar revolucionario.

Necesariamente, unos “estatutos” militares de ese género serán muy complejos. Es preciso, ante todo, presentar los rasgos característicos de las premisas fundamentales de la conquista del poder por el proletariado. Esto pertenece todavía al dominio de la política revolucionaria; la insurrección es la continuación de la política, pero por medios particulares. El análisis de las premisas de la insurrección debe adaptarse a los diversos tipos de países. Hay países en que la mayoría de la población es proletaria, y otros en que el proletariado es una minoría insignificante y donde los campesinos predominan de una manera absoluta. Entre estos dos polos se sitúan los países de tipo transitorio. Sería, pues, necesario poner en la base de un estudio de este género al menos tres “tipos” de países: industrial, agrario e intermedio. La introducción, que tratará de las premisas y de las condiciones de la revolución, debe justamente caracterizar las particularidades de cada uno de esos tipos de países considerados desde el punto de vista de la

guerra civil. Consideramos la insurrección desde un doble punto: de una parte, como una etapa bien definida del proceso histórico, como una refracción bien determinada de las leyes objetivas de la lucha de clases; de otra, desde el punto de vista subjetivo o activo: cómo preparar y realizar la insurrección para asegurar con mayor seguridad la victoria.”

Un numeroso grupo de personas, reunido en torno a la Sociedad de Ciencias Militares, emprendió en 1924 una obra colectiva para elaborar las normas de la guerra civil, es decir, una guía marxista sobre los problemas de los choques directos entre clases y de la lucha armada por la dictadura. Sin embargo, este trabajo chocó pronto con la resistencia de la Internacional Comunista (esta resistencia formaba parte del sistema general de lucha contra el llamado trotskismo), después se liquidó completamente esta actividad. Sería difícil concebir un acto realizado a la ligera más criminal que éste. En el curso de la época de cambios bruscos, las reglas de la guerra civil, comprendidas en el sentido que exponemos más arriba, deben formar parte del inventario de todo cuadro revolucionario, y, ni qué decir tiene, de los dirigentes de los partidos. Estos estatutos deben estudiarse y completarse continuamente, aprovechando la experiencia recientemente adquirida en cada país. Sólo mediante este estudio se puede obtener cierta garantía tanto contra los movimientos de pánico y de capitulación, en los momentos que exigen valor y decisión suprema, como contra las cabriolas de aventureros ejecutadas en los períodos que exigen prudencia y severidad en la elección de los medios.

Si las reglas de este género figurasen en los libros que un comunista debe estudiar seriamente, como debe conocer las ideas fundamentadas de Marx, Engels y Lenin, derrotas como las que se han producido en los últimos años, y que no eran, ni mucho menos, inevitables, en particular el golpe de estado de Cantón, ejecutado con una ligereza de espíritu pueril, no se habrían producido. El proyecto de programa trata estas cuestiones en algunas líneas, casi con tanta parsimonia como del gandhismo en la India. Es evidente que un programa no puede entrar en detalles. Pero debe plantear el problema claramente, y presentar los datos fundamentales refiriéndose a los éxitos y a los errores más importantes.

Independientemente de esto, en nuestra opinión, el VI Congreso debe, en una resolución especial, encargar obligatoriamente al comité ejecutivo que estudie las reglas de la guerra civil de forma que sobre ese problema se puedan deducir las directivas que se basen en la experiencia pasada de las victorias y derrotas.

11.- Las cuestiones del régimen interno del partido

Las cuestiones de organización del bolchevismo están íntimamente ligadas a las del programa y la táctica. El proyecto sólo alude de pasada a este tema expresando la necesidad “del orden revolucionario más estricto en el centralismo democrático”. Es la única fórmula que define el régimen interno del partido, y es, además, una fórmula absolutamente nueva. Que el régimen se basaba en los principios del centralismo democrático, lo sabíamos. Estos principios aseguran teóricamente al partido (y así ocurrió en la práctica), la completa posibilidad de discutir, criticar, expresar sus desacuerdos, elegir y destituir, al mismo tiempo que garantizaban una disciplina de acero y que aseguraban plenamente órganos de dirección elegidos y revocables. Si se entiende por *democracia* la soberanía del partido sobre todos sus órganos, el *centralismo* se corresponde con una disciplina consciente, juiciosamente establecida, que preserva la combatividad del partido. Ahora se coloca por encima de esta fórmula del régimen interno del partido, fórmula justificada por todo el pasado, una adición nueva: “el orden revolucionario más estricto”. Así, pues, el partido necesita no sólo el centralismo democrático, sino también determinado *orden revolucionario* en el centralismo democrático. Esta fórmula coloca simplemente a la nueva idea, provista de un valor propio, por encima del centralismo democrático, es decir, por encima del partido.

¿Cuál significa, entonces, este orden revolucionario (y el más “estricto”) *dominando* a la democracia y centralismo? Corresponde a un aparato independiente del partido o con tendencia a serlo, que encuentra su fin en su propia existencia, que vela por el “orden” sin ocuparse de la masa del partido, que ataca y hasta suprime su voluntad, si el “orden” lo exige, que pisotea los estatutos, que aplaza los congresos, que hace de ellos una ficción.

Desde hace mucho tiempo, y por procedimientos diversos, el pensamiento de la burocracia se inclinaba hacia esa fórmula del “orden revolucionario” En el curso de los dos últimos años, hemos visto a los representantes de mayor responsabilidad de la dirección del partido hacer toda una serie de definiciones nuevas de la democracia en el partido, que se reducen en el fondo a decir que democracia y centralismo significan simplemente sumisión a los órganos jerárquicamente superiores. Toda la práctica se ha desarrollado fuertemente en este sentido. Pero un centralismo acompañado de una democracia ahogada, vacía, es un centralismo burocrático. Un “orden” de este género está evidentemente obligado a ocultarse tras las formas y los ritos de la democracia, a exaltarla en innumerables circulares, a ordenar la “autocrítica” bajo la amenaza del artículo 58, a demostrar que los ataques a la democracia emanan no del centro director, sino de los llamados “ejecutores”; pero es imposible exigir nada de éstos por la buena razón de que cada “ejecutor” es el dirigente de todos sus inferiores.

Así, la nueva fórmula, absolutamente incoherente desde el punto de vista teórico, prueba por su novedad y su incoherencia que ha sido expresada para satisfacer ciertas aspiraciones ya maduras. Consagra a la burocracia que la ha engendrado.

Esta cuestión está indisolublemente ligada a la de las fracciones y los grupos. Ante todo problema que se presta a la discusión, ante toda divergencia de opiniones, la dirección y la prensa oficial, no solamente del Partido Comunista de la URSS sino, también, de la Internacional Comunista y de todas sus secciones, hace inmediatamente desviar el debate al plano del problema de las fracciones y de los grupos. *La vida ideológica en el partido no puede concebirse sin grupos provisionales en el terreno ideológico.* Hasta ahora nadie ha descubierto otra manera de proceder. El que se ha esforzado en ello ha demostrado simplemente que su receta se reducía a ahogar la vida de las ideas en el partido.

Naturalmente, los grupos son un “mal”, tanto como las divergencias de opiniones. Pero ese mal constituye un componente tan necesario de la dialéctica de la evolución del partido como las toxinas con relación a la vida del organismo humano.

La transformación de los grupos en fracciones organizadas, y, sobre todo, replegadas sobre sí mismas, es un mal aún mayor. El arte de dirigir el partido consiste precisamente en prevenir esta transformación, que no se logra por la simple prohibición. La experiencia del Partido Comunista de la URSS es el mejor testimonio. En el X Congreso, en plena insurrección de Cronstadt, y en medio de las insurrecciones de los campesinos ricos, Lenin hizo adoptar una resolución que prohibía las fracciones y los grupos. No se entendía por grupos las tendencias provisionales que se constituyen inevitablemente en el curso de la vida del partido, sino esas mismas fracciones haciéndose pasar por grupos. La masa del partido comprendió claramente el peligro mortal del momento; sostuvo a su jefe, adoptando una resolución ruda e implacable en su forma: prohibición de las fracciones y los grupos. Pero la masa del partido sabía profundamente también que era el comité central, dirigido por Lenin, quien interpretaría esta fórmula; que no habría interpretación brutal y desleal, y aún menos abuso de poder. (Véase el *Testamento* de Lenin). El partido sabía que exactamente un año después, e incluso un mes después, si un tercio del partido lo deseaba, en el congreso siguiente se examinaría la experiencia adquirida e introducirían las restricciones necesarias. La decisión del X Congreso fue una medida debida a la situación crítica del partido gubernamental, cuando describía una curva de las más peligrosas para pasar del comunismo de guerra a la NEP. Esta medida radical estuvo enteramente justificada más adelante, pues completaba una política justa y perspicaz que había quitado toda base firme a los grupos constituidos antes del paso a la nueva política económica.

Pero la resolución del X Congreso sobre las fracciones y los grupos, que entonces ya exigía una interpretación y una aplicación juiciosas, no constituye un principio absoluto que domine todas las demás necesidades de desarrollo del partido, independientemente del país, de la situación y de la época.

Después de la desaparición de Lenin, la dirección del partido, apoyándose desde un punto de vista formal en la resolución del X Congreso referente a las fracciones y a los grupos, a fin de defenderse contra la crítica, suprimía cada vez más la democracia en el partido, y al mismo tiempo lograba cada vez menos el fin inmediato fijado, es decir, la supresión del espíritu de fracción. En efecto, no se trata de prohibir las fracciones, sino de obtener su desaparición. Jamás el espíritu de fracción ha devastado tanto el partido, ha quebrantado tanto su unidad como después de que Lenin

abandonase el timón. Nunca ha reinado tanto como ahora, aparte incluso de esta división, el falso monolitismo 100%, que sirve simplemente para disimular los métodos de estrangulación de la vida del partido.

La fracción de la burocracia, que se oculta en el partido, se formó en la URSS ya antes del XII Congreso. Más tarde, adoptó un tipo de organización a la manera de los *carbonari*, con su comité central ilegal (el “septumvirato”), sus circulares, sus agentes, su lenguaje cifrado, etc. La burocracia del partido escogió en su seno un orden encerrado en sí mismo, imposible de vigilar, disponiendo de los recursos excepcionales no sólo de la burocracia del partido, sino también de la del estado, transformando un partido de masas en un instrumento encargado de camuflar todas las maniobras de los intrigantes.

Pero a medida que esta fracción de la burocracia, encerrada en sí misma, se pone más audazmente al abrigo de la vigilancia de la masa del partido (cada vez más diluida, gracias a toda clase de “levas”), más áspero y profundo se hace el proceso de formación de fracciones, no sólo en la base sino en el seno mismo de la burocracia. Dada la dominación completa e ilimitada de la burocracia sobre el partido, ya consumada en la época del XII Congreso, las divergencias que nacen en el seno de la burocracia no encuentran salida; llamar al partido para que dé la verdadera solución sería de nuevo subordinarle el aparato, zanjar la cuestión en litigio recurriendo a los métodos de la democracia en el *aparato*, es decir, interrogando a los miembros de la fracción secreta, sólo el grupo que se crea seguro de antemano de disponer de la mayoría en la burocracia puede inclinarse a adoptar esta solución. El resultado es que se forman nuevas fracciones en la fracción reinante, que se esfuerza menos en obtener la mayoría en el seno del aparato que en encontrar puntos de apoyo en las instituciones del estado. Se obtiene la mayoría en el congreso del partido automáticamente, puesto que se le puede convocar en el momento más propicio y prepararlo como se quiera. Así es como se agrava la *usurpación* de la burocracia que constituye el peligro más terrible, tanto para el partido como para la dictadura del proletariado.

Después de que se llevó hasta el fin la primera campaña “antitrotskyista” de 1923-1924, por medio de las fracciones y del aparato, se produjo una profunda grieta en la fracción secreta dirigida por el “septumvirato”. La causa principal era el descontento de la vanguardia proletaria de Leningrado ante la desviación que comenzaba a manifestarse tanto respecto a las cuestiones de la vida interna del país como a las internacionales. Los obreros avanzados de Leningrado continuaban en 1925 la obra comenzada por los proletarios de vanguardia de Moscú en 1923; pero esas profundas tendencias de clase no pudieron manifestarse abiertamente en el partido; se reflejaron solamente en la lucha sorda que se desarrolló en el seno de la fracción del aparato.

En abril de 1925, el comité central hizo propagar a través de todo el partido una circular que desmentía los rumores propalados, al parecer, por los “trotskyistas” asegurando que existían en el núcleo de los “leninistas”, es decir, del “septumvirato” fraccional, ciertas divergencias de opiniones sobre los campesinos. Sólo por esta circular supo el partido la existencia real de tales divergencias, lo que no impidió que los dirigentes continuasen engañando al partido al afirmar que la “Oposición” atentaba contra el monolitismo de “la guardia de Lenin”. Esta propaganda estaba en su apogeo cuando el XIV Congreso precipitó sobre el partido las diferencias existentes entre las dos partes de la fracción reinante, diferencias informes y confusas, pero, sin embargo, profundas a causa de sus *orígenes de clase*. Las organizaciones de Moscú y de Leningrado, es decir, las fortalezas principales del partido, adoptaron en sus conferencias, en vísperas del congreso, resoluciones *directamente opuestas*. Una y otra lo hicieron, evidentemente, por *unanimidad*, Moscú explicaba este milagro del “orden revolucionario” por la opresión del aparato en Leningrado, en tanto que ésta giraba esa acusación contra Moscú. ¡Cómo si existiese una muralla infranqueable entre las organizaciones de estas dos ciudades! En los dos casos, el aparato decidía, demostrando con el monolitismo 100 % que el partido estaba ausente cuando se decidían las cuestiones fundamentales de su propia existencia.

El XIV Congreso se vio obligado a superar las nuevas divergencias surgidas ante los problemas esenciales y a establecer la nueva composición de la dirección a espaldas del partido, que no había sido consultado. El congreso no pudo hacer otra cosa que abandonar inmediatamente el cuidado de encontrar esta solución a una jerarquía cuidadosamente escogida de secretarios del partido. El XIV Congreso ha colocado un nuevo jalón en el camino de la liquidación de la democracia del partido gracias a los métodos del “orden”, es decir, del capricho de la fracción

oculta del aparato. Las formas de la lucha ulterior datan de ayer. El arte de la fracción reinante consistió entonces en colocar cada vez al partido en presencia de una resolución ya adoptada, de una situación irreparable, de un hecho consumado.

Esta nueva fase, más elevada, del “orden revolucionario”, no significaba, ni mucho menos, la liquidación de las fracciones y de los grupos. Por el contrario, estos se desarrollaron extraordinariamente, sus relaciones recíprocas fueron infinitamente más agudas, tanto en la masa del partido como en el aparato mismo. En lo que concierne al partido, el castigo burocrático aplicado a los “grupos” se hizo cada vez más áspero, como signo de importancia, y llegó incluso a la infamia del oficial wrangeliano y del artículo 58. Al mismo tiempo proseguía el proceso de una *nueva división* de la fracción reinante, y se desarrolla aún ahora. Hoy en día tampoco faltan las falsas manifestaciones de monolitismo y las circulares que manifiestan la unanimidad completa de las esferas directivas. En realidad, la lucha sorda, encarnizada porque no ofrece salida, que se desarrollaba en la fracción burocrática, ha tomado, a juzgar por los síntomas, un carácter sumamente agudo y lleva al partido a no sabemos qué nueva explosión.

Esta es la teoría y la práctica del “orden revolucionario”, que, inevitablemente, se transforman en teoría y práctica de la usurpación.

Desde hace mucho tiempo, sin embargo, estas cosas no se limitan a la Unión Soviética. En 1923, la campaña dirigida contra el espíritu de fracción se basaba sobre todo en el argumento consistente en decir que las fracciones son embriones de partidos, y, en un país en que los campesinos son una mayoría aplastante y que está cercado por los capitalistas, la dictadura del proletariado no admite la libertad de partidos. En sí, esta tesis es absolutamente justa. Pero exige también una política justa y un régimen apropiado en el partido. Sin embargo, es evidente que al plantear así la cuestión se renunciaba a extender las resoluciones del X Congreso del Partido Comunista de la URSS (partido gubernamental) a los partidos comunistas de los estados burgueses. Pero el régimen burocrático tiene su lógica, lógica que lo devora. Si no admite un control democrático en el partido soviético, no lo tolera tampoco en la Internacional Comunista, que, desde el punto de vista formal, domina al partido comunista de la URSS. He aquí por qué la dirección ha transformado en un principio universal su interpretación y su aplicación brutales y desleales de la resolución del X Congreso, resolución que correspondía a las condiciones bien determinadas de la URSS en el momento en que fue adoptada, y lo ha extendido a todas las organizaciones del globo terrestre.

El bolchevismo fue siempre fuerte porque era concreto desde el punto de vista histórico cuando elaboraba sus formas de organización: nada de esquemas áridos. Al pasar de una etapa a otra, los bolcheviques modificaban radicalmente la estructura de su organización. Sin embargo, ahora un solo y mismo principio del “orden revolucionario” se aplica a la vez al poderoso partido de la dictadura del proletariado, al Partido Comunista de Alemania, que constituye una fuerza política seria, al joven partido chino, que se encuentra bruscamente arrastrado por el torbellino de la lucha revolucionaria, a la pequeña sociedad de propagandistas que es el Partido Comunista de los Estados Unidos. Hasta que surjan en este último dudas sobre la justeza de los métodos impuestos por el Pepper del momento para que se castigue a los “escépticos” por espíritu de fracción. Un joven partido, que es un organismo político completamente embrionario, sin relación verdadera con las masas, sin experiencia de dirección revolucionaria, sin formación teórica, está ya enteramente revestido de todos los atributos del “orden revolucionario”, que le sientan como los trajes del padre al hijo de seis años.

El Partido Comunista de la URSS tiene una experiencia revolucionaria de las más ricas en el dominio de las ideas. Pero, como lo han demostrado los últimos años, tampoco puede vivir impunemente un solo día limitándose a consumir ampliamente los intereses de su capital; debe constantemente reconstituirlo y aumentarlo; esto sólo es posible si se hace trabajar colectivamente al pensamiento del partido. ¿Qué decir entonces de los partidos comunistas de los otros países, nacidos solamente hace algunos años, que atraviesan aún su periodo primario de acumulación de conocimientos teóricos y de métodos de acción? Sin gozar de la libertad verdadera en la vida del partido, libertad de discusión, libertad de establecer colectivamente, y en particular en grupos, los caminos que deben seguirse, esos partidos no constituirán jamás una fuerza revolucionaria decisiva.

Antes del X Congreso, del que data la prohibición de fracciones, el partido comunista ruso vivió dos décadas sin conocer esta prohibición. Son justamente esas dos décadas las que le han educado y preparado de tal manera que ante un cambio de los más difíciles supo aceptar y soportar las resoluciones severas del X Congreso. Pero los partidos comunistas de Occidente comienzan directamente por ahí.

Lenin, y nosotros con él, temíamos ante todo que el partido comunista ruso, que dispone de los poderosos recursos del estado, ejerciese una influencia excesiva, aplastante, sobre los jóvenes partidos de Occidente, que acababan de organizarse. Lenin ponía incesantemente en guardia al partido contra un acrecentamiento prematuro del centralismo, contra los gestos exagerados del Comité Ejecutivo y del Presidium en este sentido y, sobre todo, contra las formas y los métodos de ayuda, que se transformaban en órdenes directas y no admitían ningún recurso de casación.

La ruptura se produjo en 1924 bajo el nombre de “bolchevización”. Si se entiende por bolchevización la depuración del partido, desembarazándolo de los elementos y de las costumbres heterogéneas, de los funcionarios socialdemócratas que se agarran a sus puestos, de los masones, de los demócratas pacifistas, de los confusionistas, etc., entonces esta tarea se realizó desde el primer día de la existencia de la Internacional Comunista y en el IV Congreso tomó formas muy activas respecto al Partido Comunista Francés. Pero esta bolchevización verdadera se unía antes indisolublemente a la experiencia propia de las secciones nacionales de la Internacional Comunista, crecía utilizando esta experiencia; su piedra de toque eran las cuestiones de la política nacional, que se elevaban hasta convertirse en problemas internacionales. La “bolchevización” de 1924 tenía completamente un carácter de caricatura; se apoyaba el revólver en la sien de los organismos directivos de los partidos comunistas, se exigía de ellos que sin informes, sin debates, tomaran inmediata y definitivamente posición ante las divergencias existentes en el interior del Partido Comunista de la URSS, con eso sabían de antemano que según la posición que adoptasen podrían permanecer o no en la Internacional Comunista.

Sin embargo, en 1924 los partidos comunistas de Europa no estaban suficientemente armados para resolver tan rápidamente los problemas planteados en la discusión rusa, en la que se esbozaban apenas dos tendencias de principios seguidos en la nueva etapa de la dictadura del proletariado. Claro está que después de 1924 todavía continuaba siendo necesario el trabajo de depuración; en muchas secciones fueron eliminados con razón elementos heterogéneos. Pero, considerada en su conjunto, la “bolchevización” consistía en desorganizar cada vez más las direcciones que se formaban en los partidos comunistas de Occidente sirviéndose de las diferencias rusas como de una cuña que el aparato del estado hacía entrar a martillazos. Todo esto se ocultaba bajo el lema de lucha contra el espíritu de fracción.

Si cristalizasen en el seno del partido de la vanguardia proletaria fracciones que amenazasen con hacerlo inepto durante mucho tiempo para el combate, entonces es evidente que el partido se encontraría en la necesidad de decidir: ¿es preciso dejarle al tiempo la posibilidad de hacer una prueba suplementaria o bien reconocer inmediatamente que es inevitable la escisión? Un partido de combate no puede jamás ser una suma de fracciones que luchen a capa y espada. Es ésta una verdad innegable si se la considera en esta forma general. Pero emplear la escisión como un medio preventivo contra las divergencias de opiniones, amputar todo un grupo que hace oír la voz de la crítica, es transformar la vida interna del partido en un encadenamiento de abortos en la organización. Semejantes métodos, sin contribuir a la continuación y al desenvolvimiento de la especie, agotan el organismo de la madre, es decir, del partido. La lucha contra el espíritu de fracción se convierte en infinitamente más peligrosa que este espíritu.

En la actual hora, los primeros fundadores de casi todos los partidos comunistas del mundo están fuera de la internacional, sin exceptuar a su ex presidente. En casi todos los partidos, los grupos que guiaron su desarrollo durante dos períodos consecutivos son excluidos o dejados al margen. En Alemania, el grupo Brandler está a medias en el partido; el grupo Maslov está del otro lado de la puerta. En Francia, los antiguos grupos de Rosmer-Monatte, Loriot, Souvarine han sido excluidos; otro tanto le ha ocurrido al grupo Girault-Treint, que estuvo en la dirección durante el período siguiente. En Bélgica se ha excluido al grupo esencial de Van Overstraeten. Si el grupo Bordiga, que dio nacimiento al Partido Comunista Italiano, sólo está excluido a medias, esto se explica por las condiciones del régimen fascista. En Checoslovaquia, en Suecia, en Noruega, en

los Estados Unidos, en una palabra, en casi todos los partidos del mundo, han ocurrido acontecimientos más o menos análogos en el curso del período que siguió a la muerte de Lenin.

Es indudable que muchos de los excluidos han cometido enormes faltas; no nos hemos quedado atrás para señalarlas. No se puede tampoco negar que muchos de los excluidos, han vuelto en gran parte a sus posiciones de partida, a la socialdemocracia de izquierda o al sindicalismo. Pero la misión de la Internacional Comunista no consiste sólo en arrinconar automáticamente en un callejón sin salida a los jóvenes dirigentes de los partidos nacionales y en condenar así a algunos de los que representan a la degeneración en el dominio de las ideas. El “orden revolucionario” de la dirección burocrática se ha convertido en un obstáculo terrible que se alza en el camino del desarrollo de todos los partidos de la internacional.

Las cuestiones de organización son inseparables de las del programa y la táctica, Es preciso darse claramente cuenta de que una de las fuentes de oportunismo más importantes en la Internacional Comunista es el régimen burocrático de su aparato y de su partido dirigente. Nadie puede negar ya, después de la experiencia de los años 1923-1928, que en la Unión Soviética la burocracia es la expresión y el instrumento de la presión que las clases no proletarias ejercen contra el proletariado. A este respecto, el programa de la Internacional Comunista presenta una fórmula justa cuando dice que las depravaciones burocráticas “surgen inevitablemente en el terreno de la falta de cultura de las masas y de las influencias de las clases no proletarias”. Aquí tenemos la clave que permite comprender no solamente a la burocracia en general, sino su crecimiento extraordinario en el curso de los cinco últimos años. El grado de cultura de las masas, aunque sea insuficiente, ha aumentado en el curso de este periodo (esto está fuera de toda duda); no se puede, pues, buscar la causa de la *progresión* de la burocracia más que en el *crecimiento* de las influencias de las clases no proletarias. Los partidos comunistas de Europa, es decir, sobre todo sus centros directivos, ponen sus organizaciones a tono con los impulsos y reagrupamientos, que se operan en el Partido Comunista de la URSS; así, la burocracia de los partidos comunistas extranjeros no es, en gran medida, más que el reflejo y el complemento de la del Partido Comunista de la URSS.

La selección de los elementos directivos de los partidos comunistas se ha realizado, y se realiza todavía, según sus aptitudes para aceptar y aprobar el más reciente reagrupamiento en la burocracia del Partido Comunista de la URSS. Los elementos directivos de los partidos extranjeros que tenían más autonomía y mayor sentido de las responsabilidades, que no consentían en someterse a cambios realizados de una manera estrictamente administrativa, eran expulsados del partido, o bien empujados hacia el ala derecha (frecuentemente *supuestamente* de derecha), o bien, en fin, entraban en las filas de la Oposición de Izquierda. Así, pues, el proceso orgánico de selección, basado en la lucha proletaria, dirigido por la Internacional Comunista, que permite la cohesión de los cuadros revolucionarios, era interrumpido, modificado, desfigurado, sustituido a veces por una selección administrativa y burocrática, hecha desde arriba. Es normal que los dirigentes comunistas más dispuestos a aceptar las decisiones adoptadas de antemano y a firmar cualquier resolución hayan triunfado frecuentemente sobre los elementos mejor dotados del espíritu del partido y más imbuidos por el sentimiento de la responsabilidad revolucionaria. Las más de las veces, en lugar de escoger revolucionarios estoicos y rigurosos en la elección de los medios, se llegaban a seleccionar a los que se adaptaban como burócratas.

Todos los problemas de la política interior e internacional nos llevan invariablemente a las cuestiones del régimen interno del partido. Ni que decir tiene que el alejamiento de la línea de clase en los problemas de la revolución china, del movimiento obrero inglés, de la economía de la URSS, de los salarios, de los impuestos, etc., constituye por sí mismo un peligro de los más serios. Pero, ese peligro se decuplica a causa de la imposibilidad en que se encuentra el partido, atado de pies y manos por el régimen burocrático, de corregir por medios normales la línea de conducta seguida por las esferas superiores. Otro tanto se puede decir de la Internacional Comunista. La resolución del XIV Congreso del Partido Comunista de la URSS sobre la necesidad de establecer una dirección más democrática y más colectiva de la Internacional Comunista se ha convertido, en la práctica, en su caricatura. El cambio del régimen interior de la Internacional Comunista es una cuestión de vida o muerte para el movimiento revolucionario

internacional. Se puede obtener esta modificación de dos maneras: o bien paralelamente con un cambio de régimen interno del Partido Comunista de la URSS o bien luchando contra el papel director del Partido Comunista de la URSS en la Internacional Comunista. Hay que hacer todos los esfuerzos posibles por hacer adoptar el primer método. La lucha por el cambio de régimen del Partido Comunista de la URSS es una lucha por el saneamiento del régimen existente en la Internacional Comunista y por el mantenimiento de la dirección de nuestro partido en el dominio de las ideas.

Es preciso echar implacablemente del programa la idea de que partidos vivos, activos, puedan estar subordinados al “orden revolucionario” de una burocracia inamovible del partido y del estado. Es preciso entregar al partido sus derechos. Es preciso que el partido vuelva a ser un partido. Es preciso afirmar esto en el programa, de una manera que haga imposible una justificación teórica de la burocracia y de las tendencias a la usurpación.

12.- Causas de las derrotas de la Oposición y perspectivas

A partir del otoño de 1923, el ala izquierda proletaria del partido, que expuso sus puntos de vista en toda una serie de documentos, de los cuales el principal es la *Plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición)*, fue sistemáticamente sometida, en tanto que organización, a la destrucción. Los procedimientos de represión estaban determinados por el carácter del régimen interno del partido, cada vez más burocrático a medida que aumentaba la presión ejercida por las clases no proletarias contra el proletariado. La posibilidad de que tales métodos puedan triunfar la crea el carácter político general de este periodo, durante el cual el proletariado ha sufrido graves derrotas y la socialdemocracia recupera vigor, en tanto que en el seno de los partidos comunistas las tendencias centristas y oportunistas se han reforzado, en tanto que hasta estos últimos meses el centrismo se orientaba sistemáticamente hacia la derecha. La primera represión contra la Oposición se produjo inmediatamente después de la derrota de la revolución alemana, y fue, en cierto modo, su complemento. Esto habría sido imposible si el proletariado alemán hubiese triunfado, aumentando así extraordinariamente el sentimiento de confianza en sí mismo del proletariado de la URSS y, por consiguiente, su fuerza de resistencia ante la presión de las clases burguesas del interior y del exterior y, también, ante su correa de transmisión, la burocracia del partido.

Para esclarecer la significación general de los agrupamientos que se han producido en la Internacional Comunista desde fines de 1923, sería sumamente importante seguir paso a paso cómo el grupo dirigente, en las diversas etapas de su orientación a derecha, explicaba sus victorias “de organización” sobre la Oposición. No nos es posible hacer ese trabajo en el marco de la crítica del proyecto de programa. Pero para alcanzar nuestro fin bastará examinar cómo fue comprendida la primera, “victoria” contra la Oposición, en septiembre de 1924, según el artículo en que Stalin debutó en el dominio de los problemas de la política internacional:

“Hay que considerar la victoria decisiva lograda en los partidos comunistas por el ala revolucionaria como el síntoma más seguro [escribía Stalin] *de los procesos revolucionarios más importantes que se producen en las profundidades de la clase obrera...*”

Y en otra parte del mismo artículo:

“Si se agrega a esto el total aislamiento de la tendencia oportunista en el seno del partido comunista ruso, el cuadro será completo. El V Congreso de la Internacional Comunista no ha hecho más que consolidar la victoria del ala revolucionaria en las secciones fundamentales de la Internacional Comunista”. (subrayado por mí)

Así, la derrota de la Oposición del partido comunista ruso fue presentada como el resultado de la orientación *hacia la izquierda* del proletariado marchando directamente a la revolución, y daba en todas las secciones la preponderancia al ala izquierda sobre la derecha. Actualmente, cinco años después de la más gran derrota del proletariado internacional, sufrida en el otoño de 1923, *Pravda* se ve obligada a reconocer que sólo actualmente se comienza a remontar “lo alto de la ola de apatía y depresión que comenzó después de la derrota de 1923 y que permitió al capitalismo alemán reforzar sus posiciones”. (*Pravda*, 28 de enero de 1928)

Pero entonces se plantea un interrogante que es nuevo para los dirigentes actuales de la Internacional Comunista, aunque no para nosotros: ¿debe explicarse, pues, el fracaso de la

Oposición, en 1923 y durante los años siguientes, por un desplazamiento de la clase obrera *hacia la derecha* y no *hacia la izquierda*? La respuesta a este interrogante lo decide todo.

La respuesta dada en 1924, en el V Congreso de la Internacional Comunista y más tarde en discursos y artículos, era clara y categórica: fueron el reforzamiento de los elementos revolucionarios del movimiento obrero de Europa, la nueva ola revolucionaria, la proximidad de la revolución proletaria, las causas de la “derrota” de la Oposición.

Pero ahora ya se admite por todos, de una manera absoluta, el hecho de que después de 1923 se produjo un cambio político duradero, brutal, hacia la derecha y no hacia la izquierda. Por consiguiente, está fuera de duda que el desencadenamiento de la lucha contra la Oposición, y su intensificación hasta llegar a las exclusiones y deportaciones, está ligado íntimamente al proceso político de la estabilización de la burguesía en Europa. Es verdad que ese proceso ha sido interrumpido en el curso de los cuatro últimos años por acontecimientos revolucionarios importantes. Pero nuevos errores de la dirección, más crueles aun que en 1923 en Alemania, dieron cada vez más la victoria al enemigo en las peores condiciones para el proletariado y el partido comunista e hicieron aparecer nuevos factores favorables para la estabilización burguesa. El movimiento revolucionario internacional ha sufrido derrotas, y con él el ala izquierda proletaria del Partido Comunista de la URSS y la Internacional Comunista.

La explicación sería incompleta si no tenemos en cuenta el proceso interno de la economía, y de la política de la URSS: nacidas de la NEP, las contradicciones se han agravado porque la dirección comprendía mal los problemas de la alianza económica entre las ciudades y el campo, subestimando el desequilibrio que padecía la industria y las tareas que de ello se derivaban en una economía planificada.

El aumento de la presión económica y política ejercida por los círculos burocráticos y pequeñoburgueses en el interior del país paralelamente con las derrotas de la revolución proletaria en Europa y en Asia: he aquí el encadenamiento histórico que, durante estos cuatro últimos años, se cerró como un nudo corredizo en torno a la garganta de la Oposición. El que no comprenda esto, no comprende nada.

En este estudio, casi en cada etapa hemos tenido que confrontar la línea política seguida con la que fue descartada bajo el nombre de “trotskysmo”. La significación de esta lucha en su aspecto generalizado es para un marxista de una claridad meridiana. Si las acusaciones episódicas, parciales, de “trotskysmo”, apoyadas en una acumulación de citas reales e imaginarias correspondientes a un periodo de veinticinco años, podían desconcertar anteriormente, por el contrario, un juicio coherente y generalizado de la lucha que se sostuvo en el dominio de las ideas durante los cinco últimos años demuestra que hubo dos líneas de conducta. Una fue consciente y metódica. Fue la prolongación y el desenvolvimiento de los principios estratégicos leninistas, aplicados a los problemas interiores de la URSS y de la revolución mundial: es la línea de conducta de la Oposición. Y la otra, inconsciente, contradictoria, vacilante, zigzagueante, se aleja del leninismo bajo la presión de las fuerzas de la clase enemiga en un período de reflujo político en el plano internacional: es la línea de la dirección oficial. A menudo, cuando los hombres varían con frecuencia abandonan más fácilmente las concepciones que las palabras a que están habituados. Es la ley general de todos los que cambian en el dominio de las ideas. En el fondo, la dirección practicaba una revisión de Lenin en casi todas las cuestiones fundamentales, pero hacía pasar esta revisión por un desarrollo del leninismo, en tanto que calificaba de trotskysmo su esencia revolucionaria, internacional, a fin de camuflarse no solamente en la superficie, sino incluso en el fondo de sí misma, a fin de adaptarse más fácilmente al proceso de su propia desviación.

El que quiera comprender esto no nos hará el reproche ridículo de haber utilizado la crítica del proyecto de programa para poner al desnudo la leyenda del trotskysmo. El presente proyecto ha sido elaborado en una época que estuvo impregnada de esta leyenda. Fueron sobre todo los autores del proyecto los que la alimentaron, la tomaron como punto de partida, juzgando todo según ella. Así, pues, esta época se refleja en el proyecto.

Un nuevo capítulo extraordinariamente instructivo acaba de agregarse a la historia de la política. Se puede decir que ese capítulo prueba la fuerza que puede tener la creación de mitos, o,

para hablar más simplemente, la calumnia en el dominio de las ideas, utilizada como arma política. La experiencia demuestra que no se debe menospreciar el valor de esta arma. Estamos lejos aún de haber realizado “el salto que hará pasar del reino de la necesidad al de la libertad”; vivimos en una sociedad de clases que es imposible concebir sin oscurantismo, prejuicios y supersticiones. Un mito que se corresponda con ciertos intereses o costumbres tradicionales puede siempre, en una sociedad dividida en clases, adquirir una gran fuerza. Sin embargo, basándose solamente en un mito, incluso organizado según un plan y disponiendo de todos los recursos del estado, no es posible establecer una amplia política, sobre todo una política revolucionaria, y más particularmente en nuestra época de cambios bruscos. Inevitablemente la creación de mitos se enreda en sus propias contradicciones. No hemos citado más que una pequeña parte, aunque sea acaso la más importante. Independientemente de saber si las circunstancias exteriores nos permitirán o no continuar hasta el fin nuestro análisis, esperamos firmemente que el análisis subjetivo esté apoyado por el análisis objetivo que practican los acontecimientos.

La radicalización de las masas obreras de Europa es un hecho innegable, que se ha manifestado en el curso de las últimas elecciones parlamentarias. Pero esta radicalización sólo atraviesa su fase primaria. Ciertos factores, tales como la reciente derrota de la revolución china, la contrarrestan, haciéndola desviar en gran parte hacia la socialdemocracia. No tenemos la intención de predecir aquí a qué velocidad se efectuará ese proceso. En todo caso, está claro que la radicalización no será precursora de una situación revolucionaria nueva más que a partir del momento en que crezca la atracción hacia el partido comunista en detrimento de las grandes reservas de la socialdemocracia. Por el momento, esto no ocurre. Pero esto debe producirse de una manera rigurosamente necesaria.

La orientación indefinida seguida actualmente por la dirección de la Internacional Comunista, con sus tentativas de orientarse a izquierda, no concuerdan con la política llevada en el interior de la URSS, donde no se ve ni modificación completa del régimen ni cese de la lucha contra los elementos revolucionarios, que han sabido resistir todas las pruebas. Esta orientación contradictoria ha sido establecida no solamente bajo los golpes de las dificultades económicas interiores en la URSS, que han confirmado enteramente las previsiones hechas por la Oposición, sino que se corresponde perfectamente con la primera etapa de la radicalización de las masas obreras de Europa. El eclecticismo de la política de la dirección de la Internacional Comunista y el eclecticismo del proyecto de programa constituyen en cierto modo una instantánea del estado actual de la clase obrera internacional, orientada hacia la izquierda por la marcha de los acontecimientos, pero que todavía no ha determinado su ruta y que ha dado más de nueve millones de sufragios a la socialdemocracia alemana.

La futura progresión revolucionaria que seguirá se corresponderá con un inmenso reagrupamiento que se producirá en la clase obrera, en todas sus organizaciones e incluso en la Internacional Comunista. No se percibe claramente cuál será el ritmo de ese proceso; pero las líneas según las cuales se efectuará la evolución concreta surgen sin duda alguna. Las masas obreras, capa por capa, pasarán de la socialdemocracia al partido comunista. El eje de la política comunista se desplazará de la derecha a la izquierda. La línea bolchevique del grupo que, desde 1923, desde la derrota del proletariado alemán, ha sabido remontar la corriente bajo un alud de acusaciones y persecuciones, recogerá una simpatía cada vez más grande.

Los métodos de organización gracias a los cuales triunfarán en la Internacional Comunista, y por consiguiente en el conjunto del proletariado internacional, las ideas del verdadero leninismo, que no se pueden falsificar, dependen en gran parte de la dirección actual de la Internacional Comunista, y, por consiguiente, directamente, del VI Congreso.

Sin embargo, cualesquiera que sean las decisiones de ese congreso (estamos preparados para lo peor), el juicio general que resulta de la época presente y de sus tendencias internas, en particular el juicio sobre la experiencia de los cinco últimos años, nos dicen que las ideas de la Oposición no necesitan seguir otro canal que el de la Internacional Comunista. Nadie logrará arrancarnos de él. Las ideas que defendemos pasarán a ser sus ideas. Estas ideas encontrarán su expresión en el programa de la Internacional Comunista.

III.- BALANCE Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA: SUS LECCIONES PARA LOS PAÍSES DE ORIENTE Y PARA TODA LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Mediante el análisis de la experiencia, de los errores y de las tendencias de la Revolución de 1905 fue como se constituyeron definitivamente el bolchevismo, el menchevismo y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana e internacional. El análisis de la experiencia de la revolución china tiene hoy la misma importancia para el proletariado internacional.

Sin embargo, este análisis, lejos de haber comenzado, está prohibido. La literatura oficial se ocupa de ajustar inmediatamente los hechos a las resoluciones del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, cuya inconsistencia se ha manifestado plenamente. El proyecto de programa redondea todo lo posible las aristas vivas del problema chino, pero, en lo esencial, avala la política funesta seguida por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Se sustituye el análisis de uno de los más grandes procesos de la historia por una defensa literaria de los esquemas que han fracasado.

1.-Sobre la naturaleza de la burguesía colonial

El proyecto de programa dice:

“Los acuerdos provisionales [con la burguesía indígena de los países coloniales] no son admisibles más que en tanto que no sean un obstáculo para la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y lleven una lucha efectiva contra el imperialismo.”

Esta fórmula, aunque está intercalada a sabiendas dentro de una oración subordinada, es una de las tesis fundamentales del proyecto, al menos para los países de Oriente. La oración principal habla, evidentemente, de “liberar [a los obreros y los campesinos] de la influencia de la burguesía indígena”. Sin embargo, no juzgamos desde el punto de vista del gramático, sino desde el del hombre político; utilizando nuestra propia experiencia, decimos: la oración principal no tiene aquí más que un valor secundario, mientras que la oración subordinada contiene lo esencial. Considerada en su conjunto, la fórmula es el clásico nudo corredizo menchevique, que se cierra aquí alrededor del cuello de los proletarios de oriente.

¿De qué “acuerdos provisionales” se habla? En la política, como en la naturaleza, todo es “provisional”. ¿Puede ser que se trate aquí de “ententes” *circunstanciales* estrictamente prácticas? Es evidente que no podemos, en el porvenir, renunciar a acuerdos semejantes, rigurosamente limitados y sirviendo cada vez a un objetivo claramente definido. Este es el caso, por ejemplo, cuando se trata de un acuerdo con los estudiantes del Kuomintang para la organización de una manifestación antiimperialista, o bien de la ayuda prestada por los comerciantes chinos a los huelguistas de una empresa concesionaria extranjera. Tales fenómenos no pueden ser excluidos en absoluto de cara al porvenir, ni siquiera en China. Pero entonces qué hacen aquí condiciones políticas de *orden general*: “En tanto que [la burguesía] no se oponga a la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y lleve una lucha efectiva [¡!] contra el imperialismo”. La única “condición” de todo acuerdo con la burguesía, acuerdo separado, práctico, limitado a medidas definidas y adaptadas a cada caso, consiste en no mezclar las organizaciones ni las banderas, ni directa ni indirectamente, ni por un día ni por una hora, en distinguir el rojo del azul, en no creer jamás que la burguesía sea capaz de llevar una lucha *real* contra el imperialismo y de *no ser un obstáculo* para los obreros y los campesinos, o que esté dispuesta a hacerlo. La otra condición nos resulta absolutamente inútil para los acuerdos prácticos. Por el contrario, no podría resultarnos más que perjudicial, al eliminar la línea general de nuestra lucha contra la burguesía, lucha que no cesa durante el breve período del “acuerdo”. Desde hace mucho tiempo, se ha dicho que los acuerdos estrictamente prácticos, que no nos atan de ninguna forma y no nos crean ninguna obligación política, pueden, si ello resulta ventajoso en el momento considerado, ser concluidos con el mismo diablo. Pero sería absurdo exigir al mismo tiempo que

en esa ocasión el diablo se convirtiese al cristianismo, y que se sirviese de sus cuernos, no contra los obreros y los campesinos, sino para hacer obras piadosas. Al plantear semejantes condiciones, actuaríamos ya, en el fondo, como los abogados del diablo, y le estaríamos pidiendo que nos dejase convertirnos en sus padrinos.

Planteadas estas condiciones absurdas, embelleciendo de antemano a la burguesía, el proyecto de programa dice, con una nitidez y una claridad perfectas (a pesar del carácter diplomático subordinado de la oración), que se trata precisamente de coaliciones políticas duraderas, y no de acuerdos ocasionales concluidos por razones prácticas. Pero entonces, ¿qué significa esa exigencia de que la burguesía luche “efectivamente” y “no sea un obstáculo...”? ¿Imponemos esas condiciones a la misma burguesía y exigimos que haga públicamente una promesa? Hará todo lo que queramos. Incluso enviará sus delegados a Moscú, se adherirá a la Internacional Campesina, se unirá como simpatizante a la Internacional Comunista, guñará el ojo a la Internacional Sindical Roja; en una palabra, prometerá todo aquello que le permita (con nuestra ayuda) engañar mejor, más fácil y más completamente a los obreros y los campesinos, echándoles arena a los ojos... hasta la próxima ocasión (siguiendo el modelo de la de Shanghái)

¿Tal vez no se trata aquí de promesas políticas de la burguesía que, repitámoslo, las hará inmediatamente, asegurándose así nuestra garantía ante las masas obreras? ¿Es posible que se trate de una valoración “objetiva”, “científica”, llevada a cabo sobre la burguesía indígena, de una especie de medición “sociológica” de las aptitudes de esta burguesía para combatir y “no ser un obstáculo”? Pero, ¡ay!, como lo testimonia la experiencia más reciente, habitualmente resulta de tales mediciones que los expertos quedan como unos imbéciles. Esto no importaría nada si sólo se tratase de ellos...

Pero no cabe la menor duda: en el texto se trata precisamente de bloques políticos de larga duración. Sería superfluo incluir en un programa el problema de los acuerdos prácticos circunstanciales; sería suficiente con una resolución sobre la táctica “en el momento actual”. Pero se trata de justificar y consagrar la orientación seguida hasta ayer con respecto al Kuomintang, que hizo sucumbir a la segunda revolución china y es capaz de hacerla sucumbir todavía más de una vez.

De acuerdo con el pensamiento de Bujarin, verdadero autor del proyecto, se trata precisamente de una apreciación de la burguesía colonial, cuya capacidad para combatir y “no ser un obstáculo” debe ser probada, no por su propio juramento, sino por medio de un esquema estrictamente “sociológico”, es decir, el mil-y-un esquema estrictamente adaptado a esta obra oportunista.

Para que la demostración sea más clara, citaremos aquí el juicio emitido por Bujarin sobre la burguesía colonial. Después de una referencia al “fondo antiimperialista” de las revoluciones coloniales y a Lenin (totalmente fuera de lugar), Bujarin declara:

“La burguesía liberal ha ejercido en China, durante toda una serie de años, y no de meses, un papel objetivamente revolucionario, y después se ha agotado. No se trató en absoluto de una “jornada gloriosa” comparable a la revolución liberal rusa de 1905.”

Aquí todo es erróneo desde el principio hasta el final. En efecto, Lenin enseñó que hay que distinguir rigurosamente la nación burguesa oprimida de la que la oprime. De ahí se desprenden dos consecuencias de excepcional importancia; por ejemplo, en el caso de una guerra entre países imperialistas y coloniales. Para un pacifista, esta guerra es como cualquier otra; para un comunista la guerra de una nación colonial contra una nación imperialista es una guerra burguesa-revolucionaria. Lenin *elevaba* así los movimientos de liberación nacional, las insurrecciones coloniales y las guerras de las naciones oprimidas al nivel de las revoluciones democrático-burguesas, en particular al de la rusa de 1905. Pero Lenin no planteaba en absoluto, como lo hace en la actualidad Bujarin, después de su giro de 180 grados, las guerras de liberación nacional *por encima* de las revoluciones democrático-burguesas. Lenin exigía distinguir entre la burguesía del país oprimido y la del país opresor. Pero en ninguna parte ha presentado Lenin este problema (y no hubiera podido hacerlo) afirmando que la burguesía de un país colonial o semicolonial, en la época de la lucha por la liberación nacional, fuera más progresista y más revolucionaria que la burguesía de un país no colonial en el período de la revolución democrática. Nada exige que sea así en el plano teórico; la historia no lo confirma. Por muy digno de lástima que sea el liberalismo ruso, aunque su mitad de izquierda (la democracia pequeño burguesa, los

socialistas revolucionarios y los mencheviques) haya resultado un aborto, no es posible demostrar que el liberalismo y la democracia burguesa chinos hayan mostrado más altura y capacidad revolucionarias que sus homólogos rusos.

Presentar las cosas como si el yugo colonial asignase necesariamente un carácter revolucionario a la burguesía colonial, es reproducir al revés el error fundamental del menchevismo, que creía que la naturaleza revolucionaria de la burguesía rusa debía desprenderse de la opresión absolutista y feudal.

La cuestión de la naturaleza y de la política de la burguesía está determinada por toda la estructura interna de las clases en la nación que lleva a cabo la lucha revolucionaria, por la época histórica en que se desarrolla esta lucha, por el grado de dependencia económica política y militar que liga a la burguesía indígena al imperialismo mundial en su conjunto, o a una parte de éste, en fin (esto es lo principal), por el grado de actividad de clase del proletariado indígena y el estado de sus relaciones con el movimiento revolucionario internacional.

Una revolución democrática o la liberación nacional pueden permitir a la burguesía profundizar y extender sus posibilidades de explotación. La intervención autónoma del proletariado sobre la arena revolucionaria amenaza con arrebatarle todas las posibilidades.

Veamos los hechos de cerca. Los animadores actuales de la Internacional Comunista repiten sin descanso que Chiang Kai-shek hizo la guerra al “imperialismo”, mientras que Kerensky marchó cogido de la mano con los imperialistas. Conclusión: había que entablar una lucha implacable contra Kerensky, pero había que apoyar a Chiang Kai-shek.

La ligazón entre el kerenskismo y el imperialismo es indiscutible. Nos podemos remontar más lejos y señalar que la burguesía rusa “destronó” a Nicolás II con la bendición de los imperialistas ingleses y franceses. No solamente Miliukov y Kerensky apoyaron la guerra de Lloyd George y Poincaré, sino que Lloyd George y Poincaré apoyaron la revolución de Miliukov y Kerensky, primero contra el zar y después contra los obreros y los campesinos. Este es un hecho indiscutible.

Pero sobre este punto, ¿cómo han marchado las cosas en China? La “Revolución de Febrero” se produjo en China en 1911. Esta revolución fue un gran paso adelante, aunque hubiera sido llevada a cabo con la participación muy directa de los imperialistas. En sus *Memorias*, Sun Tat-sen cuenta cómo su organización obtuvo para todas sus actividades la “ayuda” de los estados imperialistas (tanto Japón, como Francia, como los Estados Unidos). Si Kerensky, en 1917, continuó participando en la guerra imperialista, la burguesía china, que era “nacional”, “revolucionaria”, etc., apoyó también la intervención de Wilson en la guerra, en espera de que la entente ayudase a liberar a China. Sun Tat-sen, en 1918, se dirigía a los gobiernos de la entente con sus proyectos de desarrollo económico y liberación política de China. Nada permite afirmar que la burguesía china, en su lucha contra la dinastía Manchú haya demostrado unas cualidades más revolucionarias que la burguesía rusa en su lucha contra el zarismo, o que la actitud de Chiang Kai-shek y la de Kerensky frente al imperialismo hayan diferido en principio.

Pero Chiang Kai-shek, afirma el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, ha hecho también la guerra al imperialismo. Presentar las cosas de esa forma es disfrazar burdamente la realidad. Chiang Kai-shek ha hecho la guerra a los militaristas chinos, agentes de uno de los estados imperialistas. Esto no es, en absoluto, lo mismo que hacer la guerra al imperialismo. Incluso Tang Ping-Sian comprendía esto. En el informe que presentó al VII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (a fines de 1926) caracterizó así la política del Kuomintang, dirigido por Chiang Kai-shek:

“En el dominio de la política internacional tiene una actitud pasiva, con el pleno significado de la palabra... Sólo está inclinado a luchar contra el imperialismo inglés; en cuanto a los imperialistas japoneses, está dispuesto a admitir un compromiso con ellos bajo determinadas condiciones.”

La actitud del Kuomintang con respecto al imperialismo fue desde el principio no revolucionaria, sino totalmente colaboracionista: el Kuomintang buscaba derrotar a los agentes de ciertas potencias imperialistas para entablar posteriormente negociaciones con estas mismas potencias o con otras, en condiciones más ventajosas. Esto es todo.

Toda esta forma de abordar el problema es errónea. Lo que hay que considerar no es la actitud de cada burguesía indígena respecto al imperialismo en general, sino su posición frente a

las tareas históricas revolucionarias que están a la orden del día en su propio país. La burguesía rusa fue la de un estado imperialista opresor. La burguesía china es la de un país colonial oprimido. El derrocamiento del zarismo feudal fue un factor de progreso en la vieja Rusia. Derribar el yugo imperialista es un factor histórico de progreso en China. Pero la conducta de la burguesía china con relación al imperialismo, al proletariado y al campesinado, no solamente no es más revolucionaria que la conducta de la burguesía rusa con respecto al zarismo y las clases revolucionarias de Rusia, sino que tal vez sea todavía más reaccionaria y cobarde. Esa es la única manera de plantear la cuestión.

La burguesía china es lo bastante realista y conoce lo bastante bien al imperialismo mundial para comprender que una lucha realmente seria contra él exige una presión tan fuerte de las masas revolucionarias que, desde el comienzo, es la burguesía misma la que va a verse amenazada. Si la lucha contra la dinastía Manchú fue una tarea de menor envergadura histórica que el derrocamiento del zarismo, en cambio, la lucha contra el imperialismo mundial es, históricamente, un problema más vasto. Y si, desde nuestros primeros pasos, hemos enseñado a los obreros de Rusia a no creer que el liberalismo estuviera dispuesto a derribar el zarismo y abolir el feudalismo ni que la democracia pequeño burguesa fuera capaz de ello, de la misma forma, deberíamos haber inoculado, desde el comienzo, este sentimiento de desconfianza a los obreros chinos. En el fondo, la nueva teoría de Stalin y Bujarin, tan absolutamente falsa, sobre la “inmanencia” del espíritu revolucionario de la burguesía colonial, no es más que un menchevismo traducido al lenguaje de la política china; sirve simplemente para hacer de la situación oprimida de China una prima política a favor de la burguesía china; arroja sobre el platillo de la balanza, del lado de la burguesía, un suplemento de peso en detrimento del proletariado chino, doblemente oprimido.

Pero, nos dicen Stalin y Bujarin, autores del proyecto de programa, la marcha de Chiang Kai-shek hacia el norte provocó un potente despertar de las masas obreras y campesinas. Esto es indiscutible. Pero ¿es que el hecho de que Gutchkov y Chulguin llevasen a Petrogrado el acta de la abdicación de Nicolás II no ejerció un papel revolucionario, no despertó a las capas populares más aplastadas, más fatigadas, más tímidas? ¿Es que el hecho de que el laborista Kerensky se convirtiese en presidente del consejo de ministros y comandante en jefe de las fuerzas armadas no despertó a la masa de los soldados, no los empujó a los mítines, no levantó a los campesinos de las aldeas contra los propietarios rurales? Se puede plantear también la cuestión de una forma más amplia: ¿es que, en general, toda la actividad del capitalismo no despierta a las masas, no las arranca, siguiendo la expresión del *Manifiesto Comunista*, de la estupidez de la vida del campo, no lanza los batallones proletarios a la lucha? ¿Es que un juicio histórico sobre el objetivo del capitalismo en su conjunto, o de ciertas acciones de la burguesía en particular, puede sustituir a nuestra actitud activa de clase revolucionaria hacia el capitalismo y la actividad de la burguesía? La política oportunista siempre se ha basado sobre un “objetivismo” de este tipo, no dialéctico, conservador, seguidista. El marxismo siempre ha enseñado que las consecuencias revolucionarias de ciertos actos que la burguesía se ve obligada a llevar a cabo a causa de su situación, serán tanto más decisivas, incontestables y duraderas, cuanto más independiente con relación a la burguesía y menos dispuesta a dejarse pillar los dedos en el engranaje burgués, a adornar a la burguesía, a sobreestimar su espíritu revolucionario y su capacidad para establecer el “frente único” y luchar contra el imperialismo, sea y esté la vanguardia proletaria.

El juicio formulado por Bujarin sobre la burguesía colonial no resiste mejor la crítica en el plano teórico que en los planos histórico y político. Sin embargo, es precisamente a este juicio el que pretende el proyecto de programa consagrar, como ya lo hemos visto.

Un error que no es reconocido o condenado implica siempre otro posterior, o lo prepara.

Si ayer la burguesía china estaba incorporada al frente revolucionario único, hoy se proclama que “se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución”. No es difícil ver hasta qué punto estas incorporaciones y estos traspasos efectuados de manera totalmente administrativa, sin un análisis marxista un poco serio, carecen de fundamento.

Es absolutamente evidente que la burguesía no se une al campo de los revolucionarios por azar, por ligereza de espíritu, sino porque sufre la presión de sus intereses de clase. Por temor

a las masas, abandona inmediatamente la revolución o manifiesta abiertamente contra ella un temor hasta entonces disimulado. Pero no puede pasarse definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de toda nueva obligación de “apoyar” a la revolución o, al menos, de flirtear con ella más que cuando, por medios revolucionarios o por otros (los de Bismarck por ejemplo), logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase. Recordemos la historia de los años 1848 y 1871. Recordemos que si la burguesía rusa pudo volver tan resueltamente la espalda a la Revolución de 1905, es porque recibió de ella la Duma de Estado, es decir, el medio de actuar directamente sobre la burocracia y de tratar con ella. Pero cuando la guerra de 1914-1917 reveló de nuevo que el régimen “renovado” era incapaz de asegurar la satisfacción de los intereses fundamentales de la burguesía, ésta se volvió de nuevo al lado de la revolución, y su giro fue más brutal que en 1905.

¿Puede decirse que la revolución de 1925-1927 en China haya satisfecho, siquiera parcialmente, los intereses fundamentales del capitalismo chino? No; China está tan alejada hoy de la unidad nacional y la independencia aduanera como antes de 1925. Sin embargo, la creación de un mercado interior único y su protección contra las mercancías extranjeras menos caras constituyen para la burguesía china casi una cuestión de vida o muerte; es la segunda por orden de importancia después de la del mantenimiento de las bases de la dominación de clase sobre el proletariado y los campesinos pobres. Pero para la burguesía inglesa y francesa, el mantenimiento de China en situación de colonia no tiene menos importancia que la autonomía para la burguesía china. He aquí por qué habrá todavía numerosos zigzags hacia la izquierda en la política de la burguesía china. El porvenir reserva muchas tentaciones a los aficionados del frente único nacional. Decir hoy a los comunistas chinos: vuestra coalición con la burguesía fue correcta desde 1924 hasta el final de 1927, pero ahora no sirve para nada porque la burguesía se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución, es preparar de nuevo a los comunistas chinos para nuevas ocasiones de confusión ante los futuros giros objetivos y los zigzags hacia la izquierda que la burguesía china inevitablemente realizará. La guerra que Chiang Kai-shek está llevando contra el Norte ya hace bascular completamente el esquema mecanicista de los autores del proyecto del programa.

Pero el error de principio cometido en la manera oficial de plantear la cuestión aparecerá de forma aplastante, convincente, indiscutible, si recordamos un hecho muy reciente y de gran importancia: la Rusia zarista fue una combinación de naciones dominantes y naciones oprimidas, las gran-rusas y las “alógenas”, muchas de las cuales se encontraban en una situación de colonias o semicolonias. Lenin no solamente exigía que se prestase la mayor atención a la cuestión nacional de los pueblos de la Rusia zarista, sino que también proclamaba contra Bujarin y consortes que el deber elemental del proletariado de la nación dominante era apoyar la lucha de las naciones oprimidas por el derecho a disponer de sí mismas, incluso hasta la separación. ¿Ha deducido el partido que la burguesía de las nacionalidades oprimidas por el zarismo (polacos, ucranianos, tártaros, judíos, armenios, etc.) era más radical, más progresiva, más revolucionaria que la burguesía rusa? La experiencia revela que la burguesía polaca, a pesar de la combinación del yugo absolutista y el yugo nacional, fue más reaccionaria que la burguesía rusa: en la Duma no se sentía atraída por los kadetes sino por los octubristas. Lo mismo ocurrió con la burguesía tártara. La gravísima privación de derechos que afectaba a los judíos no impidió a la burguesía judía ser todavía más miedosa, reaccionaria y cobarde que la burguesía rusa. ¿Los burgueses estones, letones, georgianos o armenios fueron más revolucionarios que los burgueses de la Gran Rusia? ¿Cómo se pueden olvidar semejantes lecciones históricas?

Pero ¿es posible que debamos reconocer ahora, después de los hechos, que el bolchevismo se equivocaba cuando, contrariamente al *Bund* a los *dachnaks*, a los miembros del Partido Socialista Polaco a los mencheviques georgianos y otros, llamaba, desde los albores de la revolución democrático-burguesa, a los obreros de todas las nacionalidades oprimidas, de todos los pueblos coloniales de la Rusia zarista, a reagruparse en una organización autónoma de clase, a romper todo lazo organizativo no sólo con los partidos liberales burgueses, sino también con los partidos revolucionarios de la pequeña burguesía, a conquistar a la clase obrera en la lucha contra estos últimos y, por intermedio de los obreros, a luchar contra estos partidos para

influenciar a los campesinos? ¿No hemos cometido aquí un error trotskista? ¿No hemos saltado, en lo que se refiere a esas naciones oprimidas, algunas de las cuales estaban extremadamente atrasadas, por encima de la fase de desarrollo que habría correspondido al Kuomintang? ¿Qué fácil es, en efecto, edificar una teoría según la cual el Partido Socialista Polaco, el *Dachnak-Tsutiun*, el *Bund*, etc., fueron las formas “particulares” de una colaboración necesaria entre clases diversas en lucha contra el absolutismo y el yugo nacional! ¿Es que, verdaderamente, se pueden olvidar semejantes lecciones de la historia?

Antes de los acontecimientos chinos de los tres últimos años, estaba claro para un marxista (y ahora debe estar claro incluso para un ciego) que el imperialismo extranjero, al intervenir directamente en la vida interna de China, hace a los Miliukov y a los Kerensky chinos más cobardes todavía, en última instancia, que sus prototipos rusos. El primer *Manifiesto* de nuestro partido no proclamó ya en vano que cuanto más se avanzaba hacia Oriente, más mezquina y cobarde se volvía la burguesía, y más grandes las tareas que incumbían al proletariado. Esta “ley” histórica se aplica enteramente a China.

“Nuestra revolución es burguesa: *es por eso* que los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los políticos desprovistos de toda clarividencia que provienen del campo de los liquidadores. Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, nosotros, los marxistas; *es por eso* que los obreros deben abrir los ojos al pueblo, haciéndole ver los engaños de los políticos burgueses, enseñarles a no creer en las palabras, a no contar más que con *sus* propias fuerzas, *su* organización, *su* unión, *su* armamento.”

Esta tesis de Lenin conserva todo su valor para el Oriente entero; es absolutamente preciso que encuentre un lugar dentro del programa de la internacional.

2.- Las etapas de la revolución china

La primera etapa para el Kuomintang fue un período de dominación de la burguesía indígena, bajo la enseña apologetica del “bloque de las cuatro clases”. El segundo período, después del golpe de estado de Chiang Kai-shek, vio la dominación paralela y “autónoma” del kerenskismo chino. Si los populistas rusos y los mencheviques dieron a su corta “dictadura” la forma de una dualidad de poderes abierta, la “democracia revolucionaria” china, por su parte, no tenía bastante fuerza para llegar a ello. Y como, en general, la historia no trabaja por encargo, no queda más que comprender que *no hay y no habrá* otra *dictadura* “democrática” que la que ejerce el Kuomintang desde 1925. Será así tanto si la semiunidad de China conseguida por el Kuomintang se mantiene en el inmediato porvenir como si el país se desmiembra de nuevo. Pero precisamente cuando la dialéctica de clase de la revolución, después del agotamiento de todos los demás recursos, puso a la orden del día la *dictadura del proletariado* y arrastró a los millones de oprimidos y desheredados de las ciudades y los campos, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista colocó en primer plano la consigna de la dictadura *democrática* (es decir, democrático-burguesa) de los obreros y los campesinos. La respuesta a esta fórmula fue la insurrección de Cantón, que, a pesar de su carácter prematuro y de su dirección aventurista, muestra que la nueva etapa, la *tercera*, será la futura revolución china. Es necesario insistir en ello.

Buscando un seguro contra los pecados del pasado, la dirección, hacia finales del año anterior, imprimió de forma criminal un ritmo a la marcha de los acontecimientos que desembocó en el aborto de Cantón. Pero incluso un aborto puede enseñarnos mucho sobre el estado de la madre y el proceso del embarazo. Desde el punto de vista teórico, la importancia enorme, decisiva, de los acontecimientos de Cantón con relación a los problemas esenciales de la revolución china, es que nos encontramos en presencia de un hecho extremadamente raro en historia y en política: *una experiencia de laboratorio a una escala gigantesca*. La hemos pagado cara; esto nos obliga todavía más a asimilar bien las enseñanzas.

Según la información de *Pravda* (nº 31), una de las consignas del combate en Cantón fue el grito: “¡Abajo el Kuomintang!” Después de la traición de Chiang Kai-shek y después de la de Wan Tin-wie (que no traicionaron a su clase, sino nuestras ilusiones), el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hizo solemnes promesas: “¡No cederemos la bandera del Kuomintang!” Sin embargo, los obreros de Cantón prohibieron el Kuomintang y *proclamaron fuera de la ley a todas sus tendencias*. Esto significa que para realizar todas las tareas fundamentales, la burguesía (no solamente la grande, sino también la pequeña) no presenta una fuerza política, de partido, de

fracción, al lado de las cuales el partido del proletariado pueda resolver los problemas de la revolución democrático-burguesa. El problema de la conquista del movimiento de los campesinos incumbe ya enteramente al proletariado y directamente al partido comunista. Ahí se encuentra la clave que permitirá tomar la posición. Para que pueda haber una solución verdadera de los problemas democrático-burgueses, será necesario que todo el poder se concentre en las manos del proletariado.

A propósito del poder soviético efímero de Cantón, *Pravda* comunica:

“En interés de los obreros, el Soviet de Cantón ha decidido... el control sobre la producción por los obreros y la realización de este control por los comités de fábrica..., la nacionalización de la gran industria, de los transportes y la banca.”

Más adelante se citan medidas de este género:

“Confiscación de todas las viviendas de la gran burguesía en provecho de los trabajadores.”

Así, pues, los obreros de Cantón estaban en el poder y el poder estaba de hecho en manos del partido comunista. El programa del nuevo poder comprendía no solamente la confiscación de las tierras de los terratenientes, por mucho que hubieran pertenecido al Kuomintang, sino también la nacionalización de la gran industria, los bancos, los transportes e incluso la confiscación de las viviendas de la burguesía y de todos los bienes de ésta en provecho de los trabajadores. ¿Si éstos son los métodos de la revolución burguesa, uno se pregunta a qué se parecerá en China la revolución proletaria!

Aunque las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hayan hablado jamás de la dictadura proletaria ni de medidas socialistas, aunque Cantón se distinga de por su carácter pequeñoburgués de Shanghái, Hankow y otros centros industriales del país, el golpe de estado revolucionario realizado *contra el Kuomintang* ha llevado automáticamente a la dictadura del proletariado; desde sus primeros pasos, debido a la situación de conjunto, ha debido aplicar medidas más radicales que las que fueron tomadas al principio de la Revolución de Octubre. Y este hecho, a pesar de su apariencia paradójica, deriva normalmente tanto de las relaciones sociales en China como de todo el desarrollo de la revolución.

La propiedad terrateniente (grande y mediana, tal como se encuentra en China) se mezcla de la manera más íntima con el capitalismo de las ciudades, e incluso con el capitalismo extranjero. No existe en China casta de terratenientes que se oponga a la burguesía. El explotador más común y el más aborrecido en el campo es el kulak usurero, agente del capitalismo financiero de las ciudades. También la revolución agraria tiene un carácter tanto antifeudal como antiburgués. En China no habrá, o no habrá apenas, una etapa parecida a la primera etapa de nuestra Revolución de Octubre, durante la cual el kulak marchaba con los campesinos medios y pobres, y a menudo a su cabeza, contra el propietario terrateniente. La revolución agraria en este país significa y significará, de ahora en adelante, la insurrección no solamente contra el reducido número de propietarios y burócratas verdaderos, sino también contra el kulak y el usurero. Si, entre nosotros, los comités de campesinos pobres sólo intervinieron en la segunda etapa de la Revolución de Octubre, hacia mediados de 1918, por el contrario, en China, aparecerán en escena, sea bajo el aspecto que sea, tan pronto como renazca el movimiento agrario. La “deskulakización” será, en China, el primero, y no el segundo paso del Octubre chino.

Sin embargo, la revolución agraria no constituye el único fondo de la lucha histórica que se desarrolla actualmente en China. La revolución agraria más radical, el reparto de las tierras (es evidente que el partido comunista lo apoyará hasta el final), no permitirán por sí solos salir del callejón sin salida económico. China necesita igualmente su unidad nacional, su soberanía económica, es decir, la autonomía aduanera o, más exactamente, el monopolio del comercio exterior; pero eso exige que se *libere del imperialismo mundial*. Para este último, China no es solamente la fuente más abundante de enriquecimiento; garantiza también su existencia, al constituir una válvula de seguridad para las explosiones que se producen hoy en día en el interior del capitalismo europeo y que se producirán mañana en el interior del capitalismo norteamericano. Es esto lo que determina de antemano la excepcional amplitud y la monstruosa aspereza de la lucha que las masas populares chinas deberán sostener, sobre todo ahora que su profundidad ha podido ser medida por todos los participantes.

El papel enorme del capital extranjero en la industria china, y el hábito que ha adquirido, para la defensa de sus apetitos, de apoyarse directamente sobre las bayonetas “nacionales”, convierten el programa del control obrero en todavía menos realizable de lo que lo fue entre nosotros. La expropiación directa de las empresas capitalistas, en primer lugar las extranjeras, después de las chinas, será, con gran verosimilitud impuesta por el curso de la lucha al día siguiente de la revolución victoriosa.

Las mismas causas objetivas, sociales e históricas, que determinaron la aparición de octubre en la revolución rusa se presentan en China con un aspecto todavía más agudo. Los polos burgués y proletario de la nación están opuestos en China con más intransigencia aún, si es posible, que en Rusia, porque, por una parte, la burguesía china ha nacido directamente ligada al imperialismo extranjero y a su aparato militar, y por otra parte, el proletariado chino ha tomado contacto, desde el principio, con la Internacional Comunista y la Unión Soviética. Numéricamente, el campesinado chino representa dentro del país una masa mucho más considerable todavía que el campesinado ruso; pero, atenazado por las contradicciones mundiales (de su solución, en un sentido o en otro, depende su destino), el campesinado chino es todavía más incapaz de jugar un papel *dirigente* que el campesinado ruso. En la actualidad esto no es ya simplemente una previsión teórica, es un hecho enteramente comprobado en todos sus aspectos.

Estas premisas sociales y políticas, cuya importancia no se puede discutir, muestran que, para la tercera revolución china, no solamente *ha caducado* definitivamente la fórmula de la dictadura democrática, sino también que, a pesar de su gran atraso, o más bien a causa de ese atraso, China no pasará, a diferencia de Rusia, por un período “democrático”, ni siquiera de una duración de seis meses como fue el caso, de noviembre de 1917 a julio de 1918, de la Revolución de Octubre; desde el principio deberá llevar a cabo una gran transformación y suprimir la propiedad privada en las ciudades y en el campo.

Es cierto que esta perspectiva no concuerda con la concepción pedante y esquemática de las relaciones entre la economía y la política. Pero la responsabilidad de esta discordancia que hace conmovirse a los prejuicios enraizados de nuevo (aunque octubre les haya asestado ya un serio golpe), no incumbe al “trotskismo”, sino a *la ley del desarrollo desigual*. En este caso es justamente aplicable.

Sería una muestra de pedantería afirmar que si se hubiese seguido una política bolchevique en la Revolución de 1925-1927, el Partido Comunista de China se habría adueñado del poder *con seguridad*. Pero afirmar que esta posibilidad estaba completamente excluida sería algo propio de un filisteísmo vergonzoso. El movimiento de masas de los obreros y los campesinos, lo mismo que la desagregación de las clases dominantes, podía permitir su realización. La burguesía indígena enviaba sus Chiang Kai-shek y sus Wan Tin-wie a Moscú; llamaba a las puertas de la Internacional Comunista por medio de sus Hou Han-Min precisamente porque frente a las masas revolucionarias se sentía débil en grado extremo: conocía esta debilidad y buscaba protegerse por adelantado. Los obreros y los campesinos no habrían seguido a la burguesía indígena si nosotros no los hubiéramos cogido a lazo y les hubiésemos hecho seguirla. Si la política de la Internacional Comunista hubiera sido un poco correcta, el resultado de la lucha del partido comunista por la conquista de las masas habría estado decidido por adelantado: el proletariado chino habría apoyado a los comunistas, y la guerra campesina habría apoyado al proletariado revolucionario.

Si desde el comienzo de la marcha hacia el Norte hubiéramos comenzado a establecer soviets en las regiones “liberadas” (y las masas aspiraban a ello con todas sus fuerzas), habríamos adquirido la base necesaria y reunido el impulso revolucionario; habríamos concentrado en torno nuestro las insurrecciones agrarias; habríamos creado *nuestro* ejército y descompuesto el del enemigo; a pesar de su juventud, el Partido Comunista de China habría podido madurar bajo la dirección juiciosa de la Internacional Comunista en el curso de esos años excepcionales; habría podido llegar al poder, si no en toda China de una sola vez, al menos en una parte considerable de su territorio. Y, lo más importante de todo, habríamos tenido un *partido*.

Pero precisamente en el dominio de la dirección se ha producido una cosa absolutamente monstruosa, una verdadera catástrofe histórica: la autoridad de la Unión Soviética, del Partido Bolchevique, de la Internacional Comunista, ha servido enteramente para apoyar a Chiang Kai-shek contra la política propia del partido comunista, y posteriormente para apoyar a Wan Tin-wie

como dirigente de la revolución agraria. Después de haber pisoteado la base misma de la política leninista y haber roto la columna vertebral del joven Partido Comunista de China, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista determinó de antemano la victoria del kerenskismo chino sobre el bolchevismo, de los Miliukov chinos sobre los Kerensky, del imperialismo anglo-japonés sobre los Miliukov chinos. Esta es la significación (la única significación) de lo que ha sucedido en China en 1925-1927.

3.- ¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado?

¿Cómo ha juzgado, pues, el último plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la experiencia adquirida en la revolución china, comprendida la que ha aportado el golpe de estado de Cantón? ¿Cuáles son las perspectivas que ha esbozado para el porvenir? A propósito de la revolución china, la resolución del plenario de febrero de 1928 permite abordar las partes del proyecto de programa consagradas a este respecto; dice así:

“No es exacto caracterizar [esta revolución] como una revolución “permanente” (posición del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista). La tendencia a saltar [¿?] por encima de la etapa burguesa y democrática de la revolución estimando al mismo tiempo [¿?] que esta revolución es “permanente” es un error análogo al de Trotsky en 1905 [¿?].”

Desde que Lenin dejó su dirección, es decir, desde 1923, la actividad ideológica de la Internacional Comunista consiste sobre todo en luchar contra el pretendido “trotskismo”, y en particular contra la “revolución permanente”. ¿Cómo ha sido posible entonces que, sobre el problema fundamental de la revolución china, no solamente el Comité Central del Partido Comunista de China, sino también el delegado oficial de la Internacional Comunista (es decir, un delegado que había recibido instrucciones especiales), cometan precisamente el “error” por el que cientos de hombres se encuentran en Siberia o en prisión? La lucha respecto a la cuestión china dura ya dos años y medio. Cuando la Oposición declaró que el antiguo comité central (Chen Tu-siu), sufriendo la influencia de las falsas directrices de la Internacional Comunista, practicaba una política oportunista, esta valoración fue tratada de “calumnia”. La dirección del Partido Comunista de China fue considerada como irreprochable. El célebre Tan Pin-Sian, aprobado por todo el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, juraba:

“Desde que surgió el trotskismo, el partido y las Juventudes Comunistas adoptaron por unanimidad una resolución contra él.”

Cuando, a pesar de todas estas conquistas, los acontecimientos desarrollaron trágicamente su lógica, que condujo al primer desastre de la revolución y posteriormente al segundo, aún más espantoso, la dirección del Partido Comunista de China, antes ejemplar, fue bautizada de menchevique y destituida en veinticuatro horas. Al mismo tiempo se anunció que la nueva dirección representaba enteramente la línea de la Internacional Comunista. Pero cuando comenzó una nueva etapa seria, se acusó al nuevo Comité Central del Partido Comunista de China de haber pasado (como hemos visto, no de palabra, sino con actos) a una actitud de pretendida “revolución permanente”. El delegado de la Internacional Comunista tomó la misma vía. Este hecho sorprendente, realmente inconcebible, no puede explicarse más que por la separación “sorprendente” que se abre entre las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y la verdadera dinámica de la revolución.

No insistiremos aquí sobre el mito de la “revolución permanente” de 1905, que fue puesto en circulación en 1924 para crear problemas y despistar. Nos contentaremos con examinar cómo se ha reflejado este mito en el problema de la revolución china.

El primer párrafo de la resolución de febrero, del que ha sido tomada la cita reproducida más arriba de las motivaciones suficientes de su actitud negativa hacia la pretendida “revolución permanente”:

“El período actual de la revolución china es el de la revolución burguesa y democrática, que no está acabada ni desde el punto de vista económico (transformación agraria y abolición de las relaciones feudales), ni desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo (unidad de China e independencia nacional), ni desde el punto de vista del carácter de clase del poder (dictadura del proletariado y del campesinado).”

Esta exposición de motivos es un encadenamiento ininterrumpido de errores y contradicciones.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha enseñado que la revolución china debe asegurar a China la posibilidad de desarrollarse en la vía del socialismo. Sólo se puede alcanzar este objetivo si la revolución no se detiene en las tareas democráticas burguesas, sólo si en su crecimiento, al pasar de una fase a otra, es decir, al desarrollarse sin interrupción (o de una forma *permanente*), conduce a China a un desarrollo socialista. Esto es precisamente lo que Marx entendía por revolución permanente. ¿Cómo se puede, entonces, hablar por una parte de la vía no capitalista seguida por el desarrollo de China y negar, por otra, el carácter permanente de la revolución en general?

Pero, según replica la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, la revolución no está acabada ni desde el punto de vista de la transformación agraria, ni desde el punto de vista de la lucha nacional contra el imperialismo. De ahí se deduce el carácter democrático burgués de la revolución china en el período actual. En realidad, el período actual es el de la contrarrevolución. Sin duda, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista quiere decir que la próxima oleada de la revolución china, o, más exactamente, la *tercera revolución china*, tendrá un carácter burgués democrático, puesto que la segunda revolución china de 1925-1927 no ha resuelto ni la cuestión agraria ni el problema nacional. De todos modos, incluso bajo esta forma enmendada, un razonamiento semejante descansa sobre una total incompreensión de la experiencia y las enseñanzas tanto de la revolución china como de la revolución rusa.

La revolución de febrero de 1917 había dejado sin solucionar en Rusia todos los problemas internos e internacionales: el feudalismo en el campo, la vieja burocracia, la guerra y el desastre económico. Era partiendo de esta situación como no solamente los socialistas revolucionarios y los mencheviques, sino también numerosos responsables de nuestro partido, demostraban a Lenin que “el período actual de la revolución era el de una revolución democrático-burguesa”. Sobre este punto esencial la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hace más que volver a copiar las objeciones que hicieron los oportunistas a Lenin en 1917 a fin de oponerse a la lucha por la dictadura del proletariado.

En el texto, más adelante, se dice que la revolución democrático-burguesa no está terminada no solamente desde el punto de vista económico y nacional, sino tampoco “desde el punto de vista de la naturaleza de clase del poder (dictadura del proletariado y los campesinos)”. Esto no puede significar más que una cosa: la prohibición al proletariado chino de luchar por el poder en tanto que no haya a la cabeza de China un “verdadero” gobierno democrático. Desgraciadamente, no se indica dónde encontrarlo.

La confusión aumentó todavía más desde el momento en que la consigna de los soviets fue rechazada para China en el curso de estos dos últimos años, ya que, según se decía, la creación de los soviets sólo es admisible cuando se pasa a la revolución proletaria (“teoría” de Stalin). No obstante, cuando fue realizada la transformación revolucionaria, cuando los que participaban en ella llegaron a la conclusión de que se trataba precisamente del paso a la revolución proletaria, se les acusó de “trotskyismo”. ¿Con semejantes métodos se puede educar al partido y ayudarle a cumplir sus grandes tareas?

A fin de salvar una posición desesperada, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (en ruptura con el curso de otras ideas), saca prematuramente su último argumento: invoca al imperialismo. Se encuentra con que la tendencia a saltar por encima de la etapa democrático-burguesa:

“...es tanto [¡!] más nociva cuanto que al plantear así la cuestión se elimina [¿?] la particularidad nacional más importante de la revolución china, que es una revolución semicolonial”.

La única significación que pueden tener estas palabras absurdas es la idea de que el yugo del imperialismo será derribado por una especie de dictadura no proletaria. Es lo mismo que decir que se invoca la “particularidad nacional más importante” en el último momento para embellecer la imagen bien de la burguesía china indígena, bien de la “democracia” pequeñoburguesa de China. Este argumento no puede tener otro sentido. Pero ya hemos examinado de una forma bastante detallada esta concepción en el capítulo que trata “sobre la naturaleza de la burguesía colonial”. Es inútil volver sobre ello.

Es preciso que China conozca todavía una lucha gigantesca, encarnizada, sangrienta, prolongada, por conquistas tan elementales como la liquidación de las formas más “asiáticas” de servidumbre, la emancipación y la unidad del país. Pero como lo ha mostrado el curso de los acontecimientos, es precisamente este hecho el que hace imposible en el porvenir la existencia de una dirección, o incluso de una semidirección burguesa de la revolución. La unidad y la emancipación de China constituyen hoy un problema internacional, lo mismo que la existencia de la URSS. Sólo se puede resolver este problema por medio de la lucha encarnizada de las masas populares, masas aplastadas, hambrientas, perseguidas, bajo la dirección directa de la vanguardia proletaria. Lucha no solamente contra el imperialismo mundial sino, también, contra sus agentes económicos y políticos en China, contra la burguesía, incluida la burguesía indígena. Esta es la vía de la dictadura del proletariado.

A partir de abril de 1917, Lenin explicaba a sus adversarios, que le acusaban de haberse pasado a la “revolución permanente”, que la dictadura del proletariado y del campesinado ya se había realizado en parte, en la época de la dualidad de poder. Más tarde precisó que esta dictadura había encontrado su prolongación en el primer período del poder de los soviets cuando el campesinado entero realizaba con los obreros la transformación agraria, mientras que la clase obrera no procedía todavía a la confiscación de las fábricas y hacía la experiencia del control obrero. En lo que se refiere a “la naturaleza de clase del poder”, la “dictadura” socialista revolucionaria y menchevique dio lo que podía dar: un aborto de dualidad de poder. En lo que se refiere a la transformación agraria, la revolución arrojó al mundo un bebé sano y fuerte, pero fue ya la dictadura del proletariado quien ejerció de comadrona. En otras palabras, todo lo que la fórmula teórica de la dictadura del proletariado y el campesinado trataba de unir se vio descompuesto en el curso de la lucha de clases. La cáscara vacía del medio poder fue entregada provisionalmente a Kerensky y Tseretelli, mientras que el verdadero núcleo de la revolución agraria y democrática pertenecía a la clase obrera triunfante. Esta es la disociación dialéctica de la dictadura democrática que no han comprendido los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Se han hundido en un callejón sin salida político, al condenar mecánicamente el procedimiento que consiste en “saltar por encima de la etapa burguesa y democrática”, y al intentar dirigir un proceso histórico por medio de circulares. *Si se entiende por etapa burguesa y democrática la realización de la revolución agraria por la vía de la dictadura “democrática”, entonces es la Revolución de Octubre la que saltó audazmente “por encima” de la etapa burguesa y democrática. ¿Hay que condenarla?*

¿Por qué, entonces, lo que fue inevitable históricamente en Rusia, lo que expresó el bolchevismo en su más alto grado, resulta ser ahora “trotskismo” en China? Es, evidentemente, en virtud de la misma lógica que proclama que para China es conveniente la teoría de Martynov, que durante veinte años fue desacreditada por el bolchevismo en Rusia.

¿Pero se puede a este respecto, en general, admitir una analogía con la situación en Rusia? Nosotros respondemos que la consigna de la dictadura del proletariado y el campesinado es lanzada por los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista basándose solamente en el método de las analogías, pero de las analogías literarias, formales, y no a partir del materialismo histórico. Se puede admitir una analogía entre China y Rusia si se aborda la comparación de una forma correcta. Lenin lo hizo excelentemente no después de los hechos, sino adelantándose a ellos, previendo los errores futuros de los epígonos. Lenin tuvo que defender cientos de veces a la revolución proletaria de Octubre, que se atrevió a conquistar el poder aunque los problemas burgueses y democráticos no hubieran recibido todavía solución; Lenin respondía: *es precisamente por esta razón y justamente para darles una.*

El 16 de enero de 1923 Lenin escribía a propósito de los pedantes que se pronunciaban contra la conquista del poder refiriéndose a un argumento “indiscutible”, el hecho de que Rusia no estaba madura:

“Ni siquiera se les ocurre, por ejemplo, que Rusia, situada en la divisoria entre los países civilizados y los que han emprendido definitivamente por primera vez, a causa de esta guerra, el camino de la civilización (los países de todo el Oriente, los países no europeos), que Rusia, digo, podía y debía mostrar, por eso, ciertas peculiaridades que, claro está, no se salen de la pauta general del desarrollo mundial, pero que distinguen su revolución de todas las revoluciones anteriores

habidas en los países de Europa Occidental, introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales”

Para Lenin, la “particularidad” que precisamente *aproximaba* a Rusia a los países de oriente era que, desde los albores del movimiento, el joven proletariado debía barrer la barbarie feudal y todas las demás antiguallas para abrir la vía hacia el socialismo.

Si se toma como punto de partida la analogía leninista entre China y Rusia, podemos decir: desde el punto de vista de la *naturaleza política del poder*, todo lo que podía realizar la dictadura democrática ha sido intentado en China, primero en el Cantón de Sun Tat-sen, después en la marcha de Cantón a Shanghái con el golpe de estado de Shanghái como acto final; después en donde el Kuomintang de izquierda apareció en su forma pura, es decir, según las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, como organizador de la revolución agraria y, en realidad, como su verdugo. En cuanto a las tareas de la revolución burguesa y democrática, deberán llenar el primer periodo de la futura dictadura del proletariado y de los campesinos pobres chinos. Cuando no solamente el papel de la burguesía china sino, también, el de la “democracia” ha podido desvelarse enteramente, cuando se ha convertido en algo absolutamente incontestable que, en las batallas futuras, la “democracia” ejercerá sus funciones de verdugo más vigorosamente aún que en el pasado, avanzar en la actualidad la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado es, simplemente, permitir disimular nuevas variedades del Kuomintang, es tender una trampa al proletariado.

Recordemos, para completar, lo que Lenin dijo brevemente respecto a los bolcheviques que continuaban oponiendo la experiencia socialista revolucionaria y menchevique a la consigna de la “verdadera” dictadura democrática:

“El que no habla más que de “dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado”, marcha con retraso, se pasa de hecho del lado de la pequeña burguesía contra la lucha de la clase proletaria; debe ser relegado a los archivos de las “rarezas” bolcheviques de antes de la revolución (podríamos llamarlos los archivos de los “viejos bolcheviques”)

Estas palabras suenan todavía hoy como si fueran actuales.

No hay que decir que en la actualidad no se trata en absoluto de llamar al Partido Comunista de China a levantarse inmediatamente por la conquista del poder. No se puede suprimir las consecuencias de una derrota revisando simplemente la táctica. Actualmente, la revolución está en un reflujo. La verborrea apenas disimulada que contiene la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista cuando asegura que la revolución sigue de nuevo su curso ascendente, *porque* hay en China ejecuciones sin número y una dura crisis comercial e industrial, revela una ligereza de espíritu criminal, pero nada más. Después de tres derrotas considerables, una crisis económica no excita al proletariado, sino que le deprime. Se encuentra ya agotado sin ella, y las ejecuciones están destruyendo al partido, políticamente debilitado. En China, hemos entrado en un período de reflujo; por tanto, hay que profundizar en los problemas teóricos, favorecer la autoeducación crítica del partido, establecer y consolidar firmes puntos de apoyo en todos los dominios del movimiento obrero, constituir células en los pueblos, dirigir y unificar los combates parciales, primero defensivos y después ofensivos, de los obreros y los campesinos pobres.

¿Por dónde comenzará el nuevo flujo de las masas? ¿Cuáles son las circunstancias que darán a la vanguardia proletaria, situada a la cabeza de masas formadas por varios millones, el impulso revolucionario necesario? No se puede predecir. Será el porvenir el que mostrará si bastarán los procesos internos por sí solos, o si será un choque venido desde fuera el que ayude.

Existen razones suficientes para pensar que el desastre de la revolución china, estrechamente condicionado por una dirección errónea, le permitirá a la burguesía china y extranjera salir triunfante, en cierta medida, de la espantosa crisis económica que asola actualmente al país; no es necesario decir que este resultado será conseguido a expensas de los obreros y los campesinos. Esta fase de “estabilización” agrupará de nuevo a los obreros, les dará cohesión, les devolverá la confianza de clase en sí mismos y los opondrá de nuevo, más brutalmente, al enemigo; pero este movimiento se situará en una etapa histórica más elevada. Sólo cuando se levante una nueva ola ofensiva del movimiento proletario se podrá evocar seriamente la perspectiva de una revolución agraria.

No está excluido que, en el primer período, esta tercera revolución reproduzca, de forma muy abreviada y modificada, las etapas ya atravesadas, presentando, por ejemplo, algunas nuevas parodias de “frente nacional unificado”. Pero este primer período difícilmente le concederá tiempo al partido para proclamar ante las masas populares sus “tesis de abril”, es decir, su programa y su táctica para tomar el poder. Ahora bien, ¿qué dice el proyecto de programa al respecto?

“La transición que lleva aquí [en China] a la dictadura del proletariado no es posible más que a través de toda una serie de grados preparatorios [¿?], después de todo un período de transformación durante el crecimiento [¿?] de la revolución democrática en revolución socialista.”

Con otras palabras, todos los “grados” pasados no cuentan, el proyecto de programa ve delante lo que ya ha quedado atrás. Esta es una manera conformista de abordar la cuestión. Es abrir en toda su amplitud la puerta a nuevas experiencias del tipo de la del Kuomintang. De esta forma, escondiendo los viejos errores, se prepara inevitablemente el camino a nuevos errores.

Si abordamos el nuevo impulso revolucionario cuyo ritmo, con seguridad, será incomparablemente más rápido que el de los precedentes, conservando el esquema caduco de la “dictadura democrática”, podemos estar seguros de que la tercera revolución irá a la ruina igual que la segunda.

4.- El aventurerismo como consecuencia del oportunismo

El segundo párrafo de la misma resolución del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dice así:

“La primera oleada del amplio movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos, cuyo curso, en lo esencial, seguía las consignas y en gran parte la dirección del partido comunista, ya se ha retirado. Ha terminado, en toda una serie de centros del movimiento revolucionario, con las derrotas más crueles de los obreros y los campesinos, con la destrucción material de los comunistas y, en general, de los cuadros revolucionarios del movimiento obrero y campesino.”

Cuando subía la marea, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decía que todo el movimiento marchaba bajo la bandera azul y bajo la dirección del Kuomintang, que sustituía incluso a los soviets. Por esto precisamente el partido comunista se subordinó al Kuomintang. Pero también es precisamente por esta razón por la que el movimiento revolucionario ha terminado en “las derrotas más crueles”. Ahora, estando reconocidas las derrotas, se intenta borrar completamente al Kuomintang, hacer como si no hubiera existido, como si el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hubiera proclamado que la bandera azul era también su bandera.

Antes se nos decía que no había habido una sola derrota, ni en Shanghái ni en U-Tchang; que se trataba de etapas de la revolución, que pasaba a “un estadio más elevado”. Esto es lo que nos enseñaban. Ahora se proclama brutalmente que la suma de todas esas etapas constituye “las derrotas más crueles”. De todos modos, para camuflar en cierta medida este error inaudito de previsión y de valoración, el párrafo con el que concluye la resolución declara:

“El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista prescribe como un deber para todas las secciones de la Internacional Comunista luchar contra la calumnia de la socialdemocracia y los trotskistas, que afirman que la revolución china está liquidada [¿?] ...”

En el primer párrafo de la resolución se nos decía que el “trotskismo” consistía en creer que la revolución china es *permanente*, es decir, que se transforma en el curso de su crecimiento, pasando precisamente ahora de la fase burguesa a la fase socialista. Leyendo el último párrafo, nos enteramos que, según la concepción de los “trotskistas”, “la revolución china está liquidada”. ¿Cómo puede una revolución *liquidada* ser *permanente*? Esto es puro Bujarin. Hay que ser totalmente irresponsable e irreflexivo para permitirse presentar contradicciones semejantes, que minan en su raíz todo pensamiento revolucionario.

Si por “liquidación” de la revolución se entiende el hecho que la ofensiva de los obreros y los campesinos ha sido rechazada y ahogada en sangre, que las masas están en un retroceso y un reflujo, que antes de que haya un nuevo ascenso de la ola, a no ser que concurran otras circunstancias, deben todavía producirse dentro de las mismas masas procesos moleculares que necesitan una cierta duración imposible de determinar por adelantado, si es esto lo que entiende

por liquidación, entonces no se distingue en nada de las “derrotas más crueles” que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha debido reconocer finalmente.

¿O quizá debemos entender la palabra “liquidación” literalmente, como el aplastamiento definitivo de la revolución china, la imposibilidad de su renacimiento en una nueva etapa? Se podría hablar de una perspectiva parecida con seriedad (es decir, no para crear confusión) solamente en dos casos: si China estuviese abocada al desmembramiento y la desaparición completa (pero nada permite semejante hipótesis), o bien si la burguesía china se mostrase capaz de resolver los problemas fundamentales de su nación por sus propios medios no revolucionarios. ¿No es esta última variante la que intentan atribuirnos, ahora, los teóricos del “bloque de las cuatro clases”, que han hecho doblegarse al partido comunista bajo el yugo de la burguesía?

La historia se repite. Los ciegos que, durante un año y medio, no comprendieron las proporciones de la derrota de 1923, nos acusaron, a propósito de la revolución alemana, de ser unos “liquidadores”. Pero esta lección que le costó tan cara a la Internacional Comunista no les ha aprovechado. En la actualidad retoman sus viejas fórmulas, aplicándolas no a Alemania, sino a China. Es cierto que experimentan con más urgencia que hace cuatro años la necesidad de encontrar “liquidadores”. En efecto, ahora es algo patente que si ha habido alguien que haya “liquidado” la segunda revolución china, han sido precisamente los autores de la alianza con el Kuomintang.

La fuerza del marxismo reside en su capacidad de previsión. En este punto, la Oposición puede subrayar la completa confirmación de sus previsiones por la experiencia: primero con respecto al Kuomintang en su conjunto, después con respecto al Kuomintang “de izquierda” y el gobierno de U-Tchang, y, en fin, el “anticipo” de la tercera revolución, el golpe de estado de Cantón. ¿Puede haber una confirmación mejor de la justeza de nuestras opiniones en el plano teórico?

La misma línea oportunista que, a través de una política de capitulación ante la burguesía ya provocó, en las dos primeras etapas, las derrotas más crueles para la revolución, “se transformó, pero para agravarse” durante la tercera etapa, hasta convertirse en una política de incursiones aventuristas contra la burguesía, desembocando así en la derrota.

Si la dirección no se hubiese apresurado tanto ayer en olvidar las derrotas que ella misma había provocado, habría comenzado por explicarle al partido comunista que no se consigue la victoria en un abrir y cerrar de ojos, que en la vía que conduce hacia la insurrección hay todavía un período de luchas intensas, incansables, furiosas por la conquista política de los obreros y los campesinos.

El 27 de septiembre de 1927, en el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decíamos:

“Los diarios de hoy anuncia que el ejército revolucionario ha tomado Swatow. Hace ya varias semanas que avanzan los ejércitos de Ho-Lun y Ye-Tin. *Pravda* los califica de revolucionarios... Pero yo os pregunto: ¿cuáles son las perspectivas que se abren para la revolución china como consecuencia del avance del ejército revolucionario y de la toma de Swatow? ¿Cuáles son las consignas del movimiento? ¿Cuál es el programa? ¿Cuáles deben ser las formas de organización? ¿Dónde ha ido a esconderse la consigna de los soviets chinos lanzada repentinamente (por un día) por *Pravda* en julio?”

Sin la oposición previa del partido comunista al Kuomintang en su conjunto, sin una agitación llevada a cabo por el partido entre las masas a favor de los soviets y el poder de los soviets, sin una movilización de las masas tras las consignas de la revolución agraria y la liberación nacional, sin la creación, la extensión y el reforzamiento sobre el terreno de los soviets de diputados de obreros, soldados y campesinos, la insurrección de Ho-Lun y de Ye-Tin (incluso dejando de lado su política oportunista) sólo podía ser una aventura revolucionaria, majnovismoseudocomunista; no podía más que estrellarse contra su propio aislamiento. Y se estrelló.

El golpe de Cantón fue una réplica más grave, a mayor escala, de la aventura de Ho-Lun y de Ye-Tin, y sus consecuencias fueron infinitamente más trágicas

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista combate el espíritu putschista del Partido Comunista de China, es decir, la tendencia a organizar enfrentamientos armados. De todos modos, no dice que estas tendencias sean una reacción a toda la política oportunista de 1925-1927, y la consecuencia inevitable de la orden estrictamente

militar, dada desde arriba, de “cambiar de ritmo”, sin que haya habido una valoración de todo lo que se ha hecho, sin que hayan sido revisadas abiertamente las bases de la táctica y se haya propuesto una visión clara del porvenir. La campaña de Ho-Lun y el golpe de estado de Cantón fueron explosiones de putschismo (y en esas condiciones no podía ser de otro modo).

Sólo se puede elaborar un verdadero antídoto para el putschismo y para el oportunismo, comprendiendo bien la siguiente verdad: la dirección de la insurrección de los obreros y campesinos pobres, la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado recaen, de ahora en adelante, con todo su peso, sobre el Partido Comunista de China. Si esta verdad penetra enteramente en él, estará tan poco inclinado a improvisar incursiones militares contra las ciudades, o insurrecciones que en realidad son trampas, como a correr servilmente tras la bandera del enemigo.

La resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se condena a sí misma a la esterilidad, aunque no sea más que porque diserta de una forma totalmente arbitraria sobre el carácter inaceptable del salto por encima de las etapas, sobre la nocividad del putschismo, y porque guarda totalmente silencio sobre las causas sociales del golpe de estado en Cantón y del efímero régimen soviético al que dio nacimiento. Nosotros, opositores, estimamos que el golpe de estado fue una aventura intentada por la dirección a fin de salvar su “prestigio”. Pero para nosotros está claro que incluso una aventura se desarrolla según las leyes que determina la estructura del medio social. Esta es la razón por la que buscamos descubrir, en la insurrección de Cantón, los rasgos de la futura etapa de la revolución china. Estos rasgos coinciden plenamente con el análisis teórico que habíamos establecido antes de esta insurrección. Pero el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que considera que la sublevación de Cantón fue un episodio correcto y normal del desarrollo de la lucha, tiene también el deber de caracterizar su naturaleza de clase. Sin embargo, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no dice una sola palabra sobre ello, aunque el plenario se haya celebrado inmediatamente después de los acontecimientos de Cantón. ¿No es ésta la prueba más convincente de que la dirección actual de la Internacional Comunista, empeñándose en seguir una línea de conducta errónea, deba limitarse a hablar de los pretendidos errores cometidos en 1925 o a lo largo de otros años, pero no se atreva a abordar la insurrección de Cantón de 1927, cuya significación anula totalmente el esquema de la revolución en Oriente tal como lo había establecido el proyecto de programa?

5.- Los soviets y la revolución

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hace responsables al camarada N... y a otros del hecho de “que no haya habido en absoluto un soviet *elegido* en Cantón” como el órgano de la insurrección (subrayado en el texto de la resolución). Esta acusación encubre en realidad una confesión asombrosa.

El informe de *Pravda* (nº 31), establecido sobre la base de una documentación directa, anunciaba que el poder de los soviets ha sido instaurado en Cantón. Pero no contenía ni una sola palabra que indicase que el soviet de Cantón *no había sido elegido*, es decir, que no era un soviet (porque ¿cómo podría no ser elegido un soviet?). Nos hemos enterado de esto gracias a una resolución. Meditemos un poco sobre su significación. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista enseña en la actualidad que es necesario un soviet para hacer la insurrección y que no hay ninguna necesidad de él antes de eso. ¡Pero he aquí que la insurrección es decidida por un soviet que no existe! No es en absoluto una cosa sencilla conseguir la elección de un soviet: hace falta que las masas sepan por experiencia lo que es un soviet, que comprendan esta institución, que su pasado las haya acostumbrado a una organización soviética elegida. Esto ni siquiera se planteó en China, porque la consigna de los soviets fue calificada de trotskysta precisamente en el curso del período en el que hubiera debido convertirse en el eje de todo el movimiento. Pero cuando, con toda precipitación, se decidió la insurrección para trascender las derrotas, fue necesario también *designar por orden* un soviet. Si no se ponen totalmente al desnudo las raíces de este error, la consigna de los soviets se puede transformar incluso en un nudo corredizo para estrangular la revolución.

Lenin ya había explicado a los mencheviques que la tarea histórica fundamental de los soviets es la de organizar o ayudar a organizar la conquista del poder; y después, que al día siguiente de la victoria se convierten en el aparato de este poder. Los epígonos (y no los discípulos) han sacado la conclusión que no se pueden organizar los soviets hasta que suena la campanilla de la insurrección. Transforman con posterioridad la generalización leninista en una breve y pequeña receta que, lejos de servir a la revolución, la pone en peligro.

Antes de la toma del poder en octubre de 1917 por los soviets bolcheviques habían existido durante nueve meses unos soviets socialistas-revolucionarios y mencheviques. Los primeros soviets revolucionarios habían existido doce años antes en San Petersburgo, Moscú y docenas de otras ciudades. Antes de que el soviets de 1905 se extendiese a las fábricas y talleres de la capital se había creado en Moscú, durante la huelga, un soviets de diputados de los impresores. Varios meses antes, en mayo de 1905, la huelga de Ivanovo-Voznesensk había hecho surgir un órgano dirigente, que ya presentaba los rasgos esenciales de un soviets de diputados obreros. Han transcurrido más de doce años entre el primer ensayo de creación de un soviets de diputados obreros y la gigantesca experiencia que fue el establecimiento del poder de los soviets. Evidentemente, este retraso no se aplica obligatoriamente en absoluto a los demás países, entre ellos China. Pero imaginar que los obreros chinos serán capaces de levantar soviets con la ayuda de una pequeña y breve receta con la que se sustituye la generalización leninista, es reemplazar la dialéctica de la acción revolucionaria por una ordenanza impotente y fastidiosa propia de un pedante. Los soviets no hay que establecerlos en la víspera de la insurrección, cuando se lanza la consigna de la conquista inmediata del poder; en efecto, si se llega al estadio de la conquista del poder, si las masas están preparadas para la insurrección, *sin que existan soviets*, esto significa que otras formas y otros métodos de organización han permitido efectuar la tarea de preparación que asegurará el éxito de la insurrección; la cuestión de los soviets no tiene entonces más que una importancia secundaria ya, se reduce a un problema de técnica organizativa, o incluso a una cuestión de vocabulario. La tarea de los soviets no consiste simplemente en exhortar a las masas a la insurrección o en desatarla, sino fundamentalmente *en conducir a las masas a la sublevación pasando por las etapas necesarias*. Al principio, el soviets no gana en absoluto a las masas gracias a la consigna de la insurrección, sino gracias a otras consignas parciales; sólo a continuación, paso a paso, va llevando a las masas hacia esta consigna, sin dispersarlas por el camino e impidiendo que la vanguardia se separe del conjunto de la clase. Lo más frecuente es que el soviets se constituya principalmente sobre la base de una lucha huelguística, que tiene ante sí una perspectiva de desarrollo revolucionario, pero que se limita en el momento considerado a las reivindicaciones económicas. En la acción, las masas deben sentir y comprender que el soviets es *su* organización, que es *de ellas*, que reagrupa sus fuerzas para la lucha, para la resistencia, para la autodefensa y para la ofensiva. Las masas pueden sentir y comprender esto a través de experiencias que adquieren durante semanas, meses, incluso años, con o sin discontinuidad, pero no en la acción de un día ni, tampoco en general, en una acción llevada a cabo en una sola vez. Esta es la razón por la que sólo una dirección de epígonos y burócratas puede retener a una masa que se despierta y se dispone a crear soviets, cuando el país atraviesa una época de sacudidas revolucionarias, cuando la clase obrera y los campesinos pobres del campo ven abrirse ante ellos la perspectiva de la conquista del poder, aunque no sea sino en una de las etapas ulteriores, e incluso si en la etapa considerada esta perspectiva no aparece más que ante una minoría restringida. Esa es la concepción que siempre hemos tenido de los soviets. Hemos visto en ellos una forma de organización vasta y flexible, accesible desde los primeros pasos de su ascenso revolucionario a las masas que no hacen más que despertarse, y capaz de unir a la clase obrera en su conjunto, cualquiera que sea el número de los que entre ella hayan alcanzado un nivel de desarrollo suficiente para comprender los problemas de la conquista del poder.

¿Es necesario todavía citar a este respecto los testimonios escritos? He aquí, por ejemplo, lo que escribía Lenin respecto a los soviets en la época de la primera revolución:

“El Partido Obrero Socialdemócrata ruso [denominación del partido en aquella época] no ha renunciado jamás a utilizar en un ascenso revolucionario más o menos fuerte ciertas organizaciones de obreros sin partido, del tipo de los soviets de diputados obreros, a fin de aumentar la influencia de los socialdemócratas sobre la clase obrera y de consolidar el movimiento obrero socialdemócrata.”

Los testimonios literarios e históricos de este tipo que podríamos citar son innumerables. Pero la cuestión parece que está suficientemente clara sin ellos.

Tomando a contrapié esta opinión, los epígonos han transformado los soviets en una especie de uniforme de gala con el que el partido viste simplemente al proletariado en la víspera de la conquista del poder. Pero entonces es cuando no se puede improvisar unos soviets en veinticuatro horas, por encargo, directamente con el objetivo de preparar la insurrección. Las experiencias de este tipo revisten inevitablemente el carácter de una ficción destinada a ocultar, mediante una apariencia ritual del sistema soviético, la ausencia de las condiciones necesarias para la toma del poder. Esto es lo que se produjo en Cantón, donde el soviet fue simplemente designado por orden para respetar el ritual. Es aquí donde lleva la manera de los epígonos de plantear la cuestión.

En la polémica que se ha levantado a propósito de los acontecimientos chinos se ha acusado a la Oposición de una contradicción, según parece, flagrante: mientras que a partir de 1926 la Oposición ha propuesto en sus intervenciones la consigna de los soviets en China, sus representantes se pronunciaron contra ella en Alemania, en el otoño de 1923. Quizá no se haya manifestado nunca la escolástica dentro del pensamiento político de una forma tan ruidosa como por medio de esta acusación. Efectivamente, exigimos que se abordase en China la creación de los soviets, considerados como la organización de los obreros y los campesinos que tenía un valor propio, *en el momento en que ascendía la marea*. La institución de los soviets debería haber tenido como función principal la de *oponer a los obreros y los campesinos a la burguesía del Kuomintang* y a su agencia, que constituía su izquierda. La consigna de los soviets en China significaba, en primer lugar, la necesidad de romper el vergonzoso “bloque de las cuatro clases” que llevaba al suicidio, y de hacer salir al partido comunista del Kuomintang. El centro de gravedad del problema no se encontraba, por tanto, en una forma abstracta de organización, sino en una línea de conducta de clase.

En Alemania, en cambio, no se trataba en el otoño de 1923 más que de una forma de organización. Como consecuencia de la pasividad extrema, del retraso y lentitud manifestadas por la dirección de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Alemania, se había dejado pasar el momento favorable para llamar a los obreros a la creación de soviets; gracias a la presión de la base, los comités de fábrica ocuparon por sí mismos dentro del movimiento obrero alemán, en el otoño de 1923, el lugar que habrían tenido los soviets, con un éxito seguramente mayor, si el partido comunista hubiera llevado a la práctica una política correcta y audaz. En aquel momento, la situación era muy grave. Perder todavía más tiempo era dejar escapar definitivamente una situación revolucionaria. La insurrección estaba por fin a la vista, y su lanzamiento previsto en el plazo mínimo. Proclamar en tales circunstancias la consigna de los soviets habría sido cometer la mayor necedad teórica que se puede concebir. El soviet no es por sí mismo un talismán dotado de poderes milagrosos. En la situación de entonces, unos soviets creados apresuradamente no habrían sido más que un duplicado de los comités de fábrica; habría sido necesario privar a éstos de sus funciones revolucionarias para transmitir las a unos soviets recién creados y que no gozaban todavía de ninguna autoridad; y eso ¿en qué momento? Cuando cada día contaba. Se habría sustituido la acción revolucionaria por el juego más nefasto, que consiste en distraerse, en el terreno organizativo, con puerilidades.

Es indiscutible que la forma de organización soviética puede tener una importancia enorme, pero solamente cuando traduce en el momento adecuado una línea de conducta política correcta. Sin embargo, puede adquirir una significación negativa de amplitud igualmente considerable cuando se transforma en una ficción, en un fetiche, en una cáscara vacía. Unos soviets alemanes creados en el último minuto, en el otoño de 1923, no habrían aportado ninguna novedad política; habrían introducido la confusión en el terreno organizativo. En Cantón fue todavía peor. El soviet creado apresuradamente, para ofrecer un sacrificio a los ritos, no servía más que para camuflar un putsch aventurero. Gracias a eso nos hemos enterado, después de los hechos consumados, que el soviet de Cantón se parecía a un antiguo dragón chino: estaba dibujado simplemente sobre el papel. La política de las marionetas y los dragones de papel no es la nuestra. Nosotros nos opusimos a que se improvisasen en Alemania, en 1923, unos soviets por telégrafo.

Nosotros queríamos la creación de soviets en China en 1926. Nosotros nos habríamos opuesto a la creación de un soviet de carnaval en Cantón en diciembre de 1927. No existe ahí contradicción, sino, por el contrario, una profunda unidad en la concepción de la dinámica del movimiento revolucionario y de sus formas de organización.

La cuestión del papel y de la significación de los soviets, que ha sido desfigurada, embarullada y oscurecida por la teoría y la práctica aplicadas en el curso de los últimos años, no ha sido clarificada en absoluto en el proyecto de programa.

6.- El problema del carácter de la futura revolución china

La consigna de la dictadura del proletariado, destinada a arrastrar tras él a los campesinos pobres, está indisolublemente ligada al problema del carácter socialista de la futura revolución, de la tercera revolución china. Sin embargo, como no es solamente la historia la que se repite, como los errores que los hombres oponen a sus exigencias se renuevan igualmente, oímos formular ya la objeción siguiente: China no está madura para la revolución socialista. ¿Es que Rusia, *considerada aisladamente*, estaba madura para el socialismo? Según Lenin, no. Lo estaba para la dictadura del proletariado, el único método que permite resolver los problemas nacionales urgentes. No obstante, el destino de la dictadura en su conjunto está determinado, en última instancia, por la marcha de la evolución mundial, lo que no excluye, sino que, por el contrario, presupone una política correcta de la dictadura proletaria: consolidación y desarrollo de la alianza de los obreros y los campesinos, recurrir a todas las medidas que favorezcan la adaptación, por una parte, a las condiciones nacionales y, por otra parte, al movimiento de la evolución mundial. Estas verdades valen también para China.

En el mismo artículo, *Nuestra revolución* (16 de enero de 1923), en el que Lenin establecía que los rasgos originales de Rusia reproducían en su desarrollo las particularidades de la evolución de los países orientales, califica de “infinitamente banal” el argumento de la socialdemocracia europea según el cual “nosotros no hemos madurado aún para el socialismo, de que (como se expresan ciertos “eruditos” señores que militan en sus filas) en nuestro país no existen las premisas económicas objetivas para el socialismo”. Pero si Lenin se burla de los “eruditos” señores, no es porque él mismo suponga la existencia de los fundamentos del socialismo en Rusia, sino porque su ausencia, si bien impide que lo pueda construir *con sus solas fuerzas*, no implica que haya que renunciar al poder, como lo pensaban y continúan pensando todavía los pedantes y los filisteos. En este artículo, Lenin responde, por centésima o por milésima vez, a los sofismas de los héroes de la II Internacional: “Esta tesis *indiscutible* [“Rusia no ha alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo”], que les parece decisiva para juzgar nuestra revolución”. Esto es lo que no pueden ni quieren comprender los autores del proyecto de programa. Por sí misma, la tesis de la falta de madurez económica y cultural, tanto de China como de Rusia (evidentemente mayor todavía en China que en Rusia) no puede ser discutida. Pero no se puede deducir de ahí en absoluto que el proletariado deba renunciar a la conquista del poder, cuando esta conquista es dictada por todas las condiciones históricas y por una situación revolucionaria en el país.

La cuestión histórica concreta, política, se reduce a saber no si China está económicamente madura para establecer su propio socialismo, sino más bien si, políticamente, está madura para la dictadura del proletariado. Estas dos preguntas no son idénticas en absoluto. Lo serían si no existiese en el mundo una ley del desarrollo desigual. En el presente caso, esta ley, que se extiende enteramente a las relaciones mutuas entre la economía y la política, es perfectamente aplicable. ¿Está China, entonces, madura para la dictadura del proletariado? Sólo la experiencia de la lucha podrá decirlo de una forma indiscutible. Por esta misma razón, sólo la lucha puede decidir en qué condiciones se efectuarán la unificación, la liberación y el renacimiento de China. Quien dice que China no está madura para la dictadura del proletariado, afirma con ello que la tercera revolución china se verá aplazada por muchos años.

Ciertamente, no quedarían muchas esperanzas si las supervivencias del feudalismo fueran realmente *dominantes* dentro de la economía china, como lo afirman los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Pero afortunadamente y en general, las *supervivencias*

no pueden dominar. Tampoco sobre este punto repara el proyecto de programa los errores cometidos, sino que, por el contrario, los acentúa con una nebulosa evasión. El proyecto habla del “predominio de las relaciones feudales medievales tanto en la economía del país como en su superestructura política”. Esto es radicalmente falso. ¿Qué significa “predominio”? ¿Se trata del número de personas afectadas? ¿O de un papel dominante y dirigente en la economía del país? Un crecimiento interno extremadamente rápido de la industria, basado en la importancia del capital comercial y bancario y en la conquista del país por su parte, la dependencia completa en la que se encuentran las regiones campesinas más importantes con relación al mercado, el papel enorme y en constante crecimiento del comercio exterior, la subordinación total del campo chino a las ciudades, todos estos hechos afirman el predominio total, la dominación directa de las relaciones capitalistas en China. Ciertamente, las relaciones feudales de servidumbre y semiservidumbre son muy importantes. Por una parte, datan todavía de la época feudal; por otra parte, son formaciones nuevas, resurrecciones del pasado debidas al retraso que sufre el desarrollo de las fuerzas productivas, a la sobrepoblación agraria, a la acción del capitalismo comercial y usurero, etc. Pero lo que *domina* no son las relaciones “feudales” (o más exactamente la servidumbre y, en general, las relaciones precapitalistas), sino precisamente las relaciones capitalistas. Solamente el papel predominante de las relaciones capitalistas permite, por otra parte, pensar seriamente en la perspectiva de la hegemonía del proletariado en la revolución nacional. De otra forma, no se unirían los extremos.

“La fuerza del proletariado en no importa qué país capitalista es infinitamente más grande que la proporción del proletariado con respecto a la población total. Esto es así porque el proletariado domina económicamente el centro y los nervios de todo el sistema de la economía capitalista, y también porque en el terreno económico y político el proletariado expresa bajo la dominación capitalista los intereses *reales* de la enorme mayoría de los trabajadores.

Igualmente, el proletariado, aunque constituya una minoría dentro de la población (o cuando es la vanguardia del proletariado, consciente y verdaderamente revolucionaria, la que constituye esta minoría), es capaz de derrocar a la burguesía y de arrastrar inmediatamente a su lado numerosos aliados provenientes de la masa de los semiproletarios y los pequeño burgueses, masa que no se pronunciará jamás de antemano por la dominación del proletariado, que no comprenderá las condiciones y las tareas de esta dominación, sino que se convencerá solamente por su experiencia posterior de la ineluctabilidad, de la justicia, de la legitimidad de la dictadura proletaria”

El papel del proletariado chino en la producción ya es considerable. En el curso de los años próximos no hará sino crecer. Como lo han mostrado los acontecimientos, su papel político hubiera podido ser grandioso. Pero toda la conducta de la dirección se orientó en el sentido de reducir a la nada la posibilidad que se le ofrecía al proletariado de asegurarse el papel dirigente.

El proyecto del programa dice que la construcción del socialismo no es posible en China más que “si es apoyada directamente por los países de dictadura proletaria”. De tal forma, nos encontramos aquí con respecto a China lo que el partido había admitido siempre a propósito de Rusia. Pero si no existen fuerzas suficientes en China para construir *por sí mismas* la sociedad socialista, entonces, según la teoría de Stalin y Bujarin, el proletariado chino no debería tomar el poder en ninguna etapa de la revolución. ¿O bien el hecho de que exista la URSS resuelve la cuestión de manera inversa? En tal caso nuestra técnica sería suficiente para construir la sociedad socialista no solamente entre nosotros en la URSS, sino también en China, es decir, en dos grandes países muy atrasados económicamente y que comprenden seiscientos millones de habitantes. ¿O, tal vez, podemos admitir en China el carácter *ineluctable* de la dictadura del proletariado porque esta dictadura se introducirá en el circuito de la revolución socialista mundial y se convertirá no solamente en un eslabón de éste, sino también en una de sus formas motrices? Pero, es justamente así como planteaba Lenin el problema de la Revolución de Octubre, cuya “originalidad” consiste precisamente en un desarrollo análogo al de los países de oriente. Vemos, así, cómo la teoría del socialismo en un solo país, creada en 1925 para combatir el “trotskismo”, siembra problemas y confusión cada vez que se aborda un nuevo y gran problema revolucionario.

El proyecto de programa va todavía más lejos en esta vía. Opone a China y a la India “la Rusia de antes de 1917”, Polonia [“etc.” ¿?], consideradas como países que disponen “de un cierto mínimo de industria para construir triunfalmente el socialismo”, o bien (como se dice de forma más precisa, y más errónea, en otro contexto) como países que disponen de las “bases

materiales necesarias y suficientes para construir el socialismo integral”. Se trata aquí, como ya sabemos, de un verdadero juego de palabras con la expresión de Lenin: bases “necesarias y suficientes”. Hay ahí una fullería inadmisibles, porque Lenin enumera con precisión *las bases políticas y las condiciones de organización*, incluidas *las que proceden de la técnica, de la cultura y del rol internacional*. Pero lo esencial continúa siendo el problema de saber *cómo* se puede determinar *a priori el mínimo de industria* suficiente para construir el socialismo completo, cuando se trata de una lucha mundial entre dos sistemas económicos, entre dos regímenes sociales, y, por otra parte, nuestra base *económica* es mucho más débil.

Si sólo tenemos en cuenta la palanca económica, está claro que la nuestra, la de la URSS, y con mayor motivo la de China y la India, es infinitamente menos poderosa que la del capitalismo mundial. Pero el problema en su totalidad se resolverá por medio de la *lucha revolucionaria* entre dos sistemas políticos, lucha de envergadura mundial. En la lucha política, la palanca más potente está de *nuestro* lado o, más exactamente, puede y debe, si practicamos una política correcta, caer en nuestras manos.

Siempre en el mismo artículo, *Nuestra revolución*, después de las palabras “para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural”, Lenin subraya: “aunque nadie puede decir cuál es este determinado “nivel cultural” ...” ¿Por qué no puede decirlo nadie? Porque esta cuestión se resuelve por una lucha, por una emulación de *envergadura mundial* entre dos sistemas sociales y dos culturas. Rompiendo enteramente con esta idea de Lenin, que examina el fondo mismo del problema, el proyecto de programa afirma que la Rusia anterior a 1917 poseía precisamente este “mínimo de técnica” y, como consecuencia, también de cultura, necesario para construir el socialismo en un solo país. Los autores del proyecto intentan decir en el programa lo que *a priori* “nadie puede decir”. Es imposible, es absurdo buscar el criterio del “mínimo” suficiente en una estadística nacional (“Rusia antes de 1917”), cuando todo el problema se resuelve en la dinámica revolucionaria. Sobre este criterio erróneo y arbitrariamente aislado para una nación es sobre donde descansa la base teórica del espíritu nacional, que manifiesta sus límites en política y se convierte después en una fuente de inevitables errores nacional-reformistas y socialpatriotas.

7.- Sobre la idea reaccionaria de los “partidos obreros y campesinos bipartitos” para el oriente

Las lecciones de la segunda revolución china son enseñanzas para toda la Internacional Comunista, y en primer lugar para todos los países de oriente.

Todos los argumentos avanzados para defender la línea menchevique en la revolución china deberían tener (si se les tomase en serio) tres veces más fuerza cuando se les aplica a India. Allí abajo, en esa colonia clásica, el yugo del imperialismo tiene unas formas infinitamente más directas y más concretas que en China. Las supervivencias de las relaciones feudales, es decir, de la servidumbre, son en India, de otra forma, mucho más profundas y más considerables. A pesar de ello (o, para hablar con más exactitud, precisamente por esta razón) los métodos aplicados en China, que han arruinado la revolución, tendrían en India unas consecuencias todavía más funestas. Sólo un movimiento inmenso e indomable de las masas populares (que, por la misma razón de su envergadura y su imbatibilidad, de sus objetivos y de sus lazos internacionales, no puede tolerar ninguna medida a medias por parte de la dirección) podrá derrocar a los terratenientes indios, la burocracia anglo-india y el imperialismo británico.

La dirección de la Internacional Comunista ha cometido ya muchos errores en India, pero las circunstancias no han permitido todavía la manifestación de esos errores en una escala tan grande como en China. Podemos, pues, esperar que las enseñanzas de los acontecimientos chinos permitan rectificar a tiempo la línea política de la dirección para India y los demás países de oriente.

Para nosotros la cuestión central, una vez más y como siempre, es la del partido comunista, de su independencia completa, de su carácter de clase intransigente. En esta vía, el peligro más grande es el de la creación de pretendidos partidos “obreros y campesinos” en los países orientales.

A partir de 1924, que pasará a la historia como el año en que fueron abiertamente revisadas numerosas tesis fundamentales de Marx y de Lenin, Stalin sacó la fórmula de los “partidos obreros y campesinos bipartitos para los países de oriente”. Esta fórmula estaba basada sobre la existencia de ese mismo yugo nacional que servía en oriente de camuflaje al oportunismo al igual que la “estabilización” en occidente. Llegaban telegramas provenientes de la India, así como del Japón, país que no sufría opresión nacional, anunciando con frecuencia en el curso del último período intervenciones de “partidos obreros y campesinos” provinciales. Se hablaba de ellos como de organizaciones próximas, amigas de la Internacional Comunista, casi como de organizaciones “pertenecientes ella”, sin, no obstante, dibujar concretamente su silueta política; en una palabra, como se hablaba y escribía, todavía recientemente, a propósito del Kuomintang.

Ya en 1924, *Pravda* anunciaba:

“Ciertos indicios muestran que el movimiento de liberación nacional en Corea se constituye progresivamente en el terreno organizativo, y que adopta la forma de un partido obrero y campesino”.

Mientras tanto, Stalin enseñaba a los comunistas de oriente:

“Los comunistas deben pasar de la política de frente único nacional a la de bloque revolucionario de los obreros y la pequeña burguesía. En tales países, este bloque puede tomar la forma de un partido único, partido obrero y campesino, del tipo del Kuomintang.”

Las pequeñas reservas que seguían a propósito de la autonomía de los partidos comunistas (sin duda semejantes a la “autonomía” del profeta Jonás en el vientre de la ballena) sólo servían de camuflaje. Estamos profundamente convencidos de que el VI Congreso debería decir que, en esta materia, el menor equívoco es funesto y debe ser rechazado. Hay ahí una forma nueva, completamente falsa, totalmente antimarxista de plantear el problema fundamental del partido, sus relaciones con la clase y con las clases.

Se defendía la necesidad para el partido de entrar en el Kuomintang pretendiendo que este último, a partir de su composición social, era el partido de los obreros y los campesinos, que las 9/10 partes del Kuomintang (y esta cifra fue repetida cientos de veces) pertenecía a la tendencia revolucionaria y estaban dispuestos a marchar cogidos de la mano con el partido comunista. Sin embargo, en el momento de las sublevaciones de Shanghái y U-Tchang, y después, estos 9/10 de revolucionarios del Kuomintang desaparecieron como si se hubiesen caído al agua. Nadie ha vuelto a encontrar sus huellas. Y los teóricos de la colaboración de clases en China, Stalin y Bujarin, no se molestaron siquiera en explicar dónde se habían metido los 9/10 de miembros del Kuomintang, los 9/10 de obreros y campesinos, simpatizantes absolutamente “próximos”. Sin embargo, la respuesta que se dé a esta pregunta tiene una importancia decisiva si se quiere comprender el destino de todos estos partidos “bipartitos” predicados por Stalin, e incluso comprender más claramente la idea, que rechazan bien lejos no sólo el programa del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) de 1919, sino incluso el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1847 247

La cuestión de saber dónde han ido a parar esos famosos 9/10 no se nos presentará de forma clara a menos que comprendamos: primero, la imposibilidad de la existencia de un partido bipartito, es decir, de un partido de dos clases que expresan simultáneamente dos líneas históricas contradictorias, la del proletariado y la de la pequeña burguesía; segundo, la imposibilidad de fundar dentro de una sociedad capitalista un partido campesino que tenga un papel independiente, es decir, que exprese los intereses del campesinado y que sea al mismo tiempo independiente del proletariado y de la burguesía.

El marxismo siempre ha enseñado, y el bolchevismo ha confirmado esta enseñanza, que el proletariado y el campesinado son dos clases diferentes, que es incorrecto identificar sus intereses, de cualquier manera que sea, dentro de la sociedad capitalista, que un campesino no puede adherirse a un partido comunista más que en la medida en que pase del punto de vista del propietario al del proletariado. La alianza de los obreros y los campesinos bajo la dictadura del proletariado no contradice esta tesis, sino que la confirma por otras vías y en una situación diferente. Si no hubiese clases *diversas*, teniendo intereses *diversos*, no sería necesaria una *alianza*. Esta no es compatible con la revolución socialista más que en la medida en que se la introduzca en el férreo marco de la dictadura proletaria. No es posible, entre nosotros, conciliar la existencia de esta dictadura con la de una liga llamada campesina, precisamente porque toda

organización campesina “que tuviera su valor propio”, que pretendiese resolver problemas políticos concernientes a toda la nación, terminaría inevitablemente por convertirse en un instrumento en manos de la burguesía.

En los países capitalistas, las organizaciones que se dicen partidos campesinos constituyen, en realidad, una variedad de los partidos burgueses. Todo campesino que no adopte el punto de vista del proletario, abandonando el punto de vista del propietario, será inevitablemente arrastrado, en las cuestiones fundamentales de la política, por la burguesía. No es preciso decir que todo partido burgués que se apoye o quiera apoyarse en los campesinos (y, cuando sea posible, en los obreros) habrá de camuflarse bajo una mezcla de colores. La famosa idea de los partidos obreros y campesinos parece haber sido especialmente concebida para permitir el camuflaje de los partidos burgueses obligados a buscar un apoyo entre los campesinos, pero deseosos también de contar con obreros en sus filas. Desde este momento, el Kuomintang ha entrado para siempre en la historia como el prototipo clásico de un partido de este género.

La sociedad burguesa, como ya se sabe, está constituida de tal forma que las masas no poseedoras, descontentas y engañadas, se encuentran abajo, mientras que los hombres satisfechos que las engañan están arriba. Todo partido burgués se construye siguiendo ese principio, si es verdaderamente un partido, es decir, si comprende una proporción lo bastante considerable de la masa. En la sociedad dividida en clases no hay más que una minoría de explotadores, estafadores y aprovechados. Así, pues, todo partido capitalista está obligado a reproducir y reflejar de una u otra forma, en sus relaciones internas, las relaciones que existen en la sociedad burguesa en general. Así, pues, en todo partido burgués de masas la base es más democrática, está más “a la izquierda” que las altas esferas. Este es el caso del centro alemán de los radicales franceses y todavía más de la socialdemocracia. Es por esta razón por lo que las jeremiadas incansables de Stalin, Bujarin, etc., lamentándose de que la base “de izquierda” del Kuomintang, la “aplastante mayoría”, los “9/10”, etc., no se reflejan en las esferas superiores, son vanas y no tienen ninguna excusa. Lo que se describe en estas estrambóticas jeremiadas, como un malentendido efímero y embarazoso que hay que eliminar con medidas organizativas, instrucciones y circulares, es en realidad la característica esencial de un partido burgués, sobre todo en un período revolucionario.

Bajo esta luz es como hay que examinar el argumento fundamental de los autores del proyecto de programa, destinado a defender todos los bloques oportunistas en general, lo mismo en Inglaterra que en China. Según ellos, la fraternización con las altas esferas se practica en interés sólo de la base. Como ya se sabe, la Oposición exigía que el partido saliese del Kuomintang:

“Uno se pregunta por qué, dice Bujarin. ¿Por qué los jefes del Kuomintang vacilan [¿?] por arriba? ¿Y la masa del Kuomintang, no es más que ganado? ¿Desde cuándo se decide la actitud a observar hacia una organización de masas a partir de lo que pasa en sus “esferas elevadas”?”

Parece inverosímil que se pueda presentar semejante argumento dentro de un partido revolucionario. “¿Y la masa del Kuomintang, no es más que ganado?”, pregunta Bujarin. Ciertamente, es un rebaño. En todo partido burgués, la masa es siempre un rebaño en diversos grados. (Pero, en fin, para nosotros, ¿no es la masa un rebaño?) En efecto, y es precisamente por eso por lo que nos está prohibido empujarla en los brazos de la burguesía, *camuflando a ésta bajo el nombre de partido obrero y campesino*. Es justamente por esto por lo que nos está prohibido subordinar el partido del proletariado al de la burguesía y por lo que debemos, por el contrario, a cada paso, oponer el uno al otro. Las altas esferas del Kuomintang de las que habla con ironía Bujarin, como de una cosa secundaria, superpuesta, efímera, son en realidad el alma del Kuomintang, su esencia social. Ciertamente, la burguesía no es dentro del partido más que las “altas esferas”, de la misma forma que en la sociedad. Pero estas altas esferas son poderosas por su capital, sus conocimientos, sus relaciones, las posibilidades que tienen siempre de apoyarse en los imperialistas, y sobre todo su poder de hecho en el estado y en el ejército, cuyos cuadros más altos se confunden íntimamente con la dirección del mismo Kuomintang. Son precisamente estas “altas esferas” las que redactan las leyes antihuelga, las que sofocan los movimientos campesinos, las que ponen a los comunistas a la sombra permitiéndoles, como mucho, no ser más que la tercera parte del partido y haciéndoles jurar que pondrán el sunyasenismo pequeñoburgués por encima del marxismo. La base se aproximaba a estas altas esferas y le servía (como Moscú) de punto de apoyo “por la izquierda”, mientras que los generales, los compradores y los imperialistas las apoyaban por la derecha. Considerar al Kuomintang no como *un partido burgués, sino como una*

*arena neutra en la que se lucha para tener consigo a las masas, sacar como un triunfo las 9/10 partes constituidas por la base de izquierda para ocultar la cuestión de saber quién es el amo dentro de la casa, esto significaba consolidar la fuerza y el poder de las “altas esferas”; esto era ayudarlas a transformar a masas cada vez más numerosas en un “rebaño” y preparar en las condiciones más favorables para estas altas esferas el golpe de estado de Shanghái. Basándose en la idea reaccionaria del partido bipartito, Stalin y Bujarin se imaginaban que los comunistas y las “izquierdas” obtendrían la mayoría dentro del Kuomintang y, con ello mismo, el poder en el país, ya que en China el poder está en manos del Kuomintang. En otras palabras, se imaginaban que por medio de simples reelecciones en el congreso del Kuomintang, el poder pasaría de manos de la burguesía a manos del proletariado. ¿Se puede concebir una devoción más enternecedora, más idealista hacia la “democracia dentro del partido” ... cuando se trata de un partido burgués? Porque el ejército, la burocracia, la prensa, los capitales, están en manos de la burguesía. Eso es precisamente lo que le asegura también el timón del partido en el poder. Las “altas esferas” de la burguesía no toleran (o no han tolerado) 9/10 partes de izquierdas (y de izquierdas *de este tipo*) más que en la medida en que no atenten contra el ejército, la burocracia, la prensa o los capitales. Gracias a estos poderosos medios, la esfera burguesa superior mantiene su poder no solamente sobre las pretendidas 9/10 parte de los miembros de “izquierda” del partido, sino sobre las masas populares en su conjunto. No obstante, la teoría del bloque de las clases, que ve en el Kuomintang un partido obrero y campesino, hace así todo lo que puede para ayudar a la burguesía. En cambio, cuando la burguesía a continuación se enfrenta a las masas y las ametralla, no se oye ni siquiera balar, en esta colisión entre dos fuerzas reales, a los famosos 9/10. La lastimosa ficción democrática desaparece sin dejar huellas, frente a la sangrienta realidad de la lucha de clases.*

Este es el verdadero mecanismo político, el único posible de los “partidos bipartitos obreros y campesinos para Oriente”. No existe ni existirá ningún otro.

Aunque, en su exposición de motivos, la teoría de los partidos bipartitos cita la opresión nacional, que pretendidamente aboga la teoría de Marx sobre las clases, conocemos ya abortos “obreros y campesinos” en el Japón, que no sufre opresión nacional. Pero esto no es todo, y el asunto no concierne solamente a oriente. La idea “bipartita” intenta convertirse en universal. En este terreno, la tentativa más parecida a una caricatura fue la que hizo el partido comunista norteamericano para apoyar la campaña presidencial del senador burgués “antitrust” La Follette, a fin de llevar así a los granjeros americanos hacia la revolución social. Pepper, el teórico de la maniobra, uno de los que hicieron perecer la revolución húngara porque no se había fijado en el campesinado magyar, intentó en América (sin duda para compensar) destruir al partido comunista norteamericano disolviéndolo entre los *farmers*. Según Pepper, la superplusvalía del capitalismo norteamericano transformaría al proletariado de Norte América en una aristocracia obrera mundial; en cambio, la crisis agraria arruinaría a los campesinos y los empujaría por la vía de la revolución socialista. El partido, que contaba con varios millones de miembros, y sobre todo emigrantes, debería, según la concepción de Pepper, “encajarse” con los campesinos por intermedio de un partido burgués, y después, tras haber formado un partido “bipartito”, asegurar la revolución socialista frente a la pasividad o la neutralidad del proletariado corrompido por la superplusvalía. Esta idea delirante ha contado con sus partidarios y semipartidarios en las esferas superiores de la Internacional Comunista. Durante varias semanas la balanza osciló tanto hacia un lado como hacia otro, hasta que se hizo por fin una concesión al ABC del marxismo (entre bastidores se decía que a los prejuicios del trotskismo). Hubo que sacar a lazo al partido comunista norteamericano del partido de La Follette, que murió antes que su fundador.

Todo lo que el nuevo revisionismo inventa primeramente para oriente, es transportado inmediatamente a occidente. Si Pepper intentó, al otro lado del océano, violar a la historia con su partido bipartito, los últimos informes recibidos muestran que el ensayo llevado a cabo con el Kuomintang ha encontrado imitadores en Italia, donde se intenta, según parece, imponer a nuestro partido la consigna monstruosa de una “asamblea republicana apoyada sobre los comités obreros y campesinos”. En esta consigna, el espíritu de Chiang Kai-shek confraterniza con el de Hilferding. Verdaderamente, ¿llegaremos hasta eso?

Para concluir, nos queda todavía por recordar que la idea de un partido “obrero y campesino” expulsa de la historia del bolchevismo toda la lucha con los populistas, sin la que no habría habido Partido Bolchevique. En el año 1900, Lenin escribía respecto a los socialistas revolucionarios:

“La idea fundamental de su programa no era en absoluto la de que fuese necesaria una alianza de las fuerzas del proletariado y el campesinado, sino la de que no existía un abismo de clase entre uno y otro, que no hacía falta trazar una línea de demarcación de clase entre ellos, que la concepción socialdemócrata del carácter pequeño burgués del campesinado, que le distinguía del proletariado, era radicalmente falsa”

En otras palabras, el partido bipartito obrero y campesino es la idea central del populismo ruso. Sólo luchando contra él ha podido crecer el partido de la vanguardia proletaria en la Rusia campesina.

Con una tenacidad incansable, Lenin repetía en la época de la revolución de 1905:

“Desconfiar del campesinado, *organizarse independientemente de él*, estar preparado para luchar contra él si interviene de una forma reaccionaria o antiproletaria.” (subrayado por mí)

En 1906, Lenin escribía:

“Un último consejo: proletarios y semiproletarios de las ciudades y del campo, organizaos separadamente. No confiéis en ningún pequeño propietario, por muy pequeño que sea, por muy “trabajador” ... Nosotros apoyamos enteramente al movimiento campesino, pero debemos recordar que es el movimiento de otra clase, no el de aquella que puede llevar y llevará a cabo la transformación socialista.”

Esta idea vuelve a aparecer en centenares de pequeños y grandes trabajos de Lenin. En 1908 explica:

“No se puede concebir en ningún caso la alianza del proletariado y el campesinado como *la fusión de clases diversas o como la de los partidos* del proletariado y el campesinado. No solamente una fusión, sino incluso un *acuerdo duradero* sería funesto para el partido socialista de la clase obrera y *debilitaría* la lucha democrática revolucionaria.” (subrayado por mí)

¿Se puede condenar de una forma más mordaz, más despiadada, más mortal, la idea misma del partido obrero y campesino?

En cuanto a Stalin, él enseña:

“El bloque revolucionario, antiimperialista puede tomar, pero no debe siempre [!], obligatoriamente [!], tomar la forma de un partido obrero y campesino único, ligado al punto de vista de su forma [¿?] por una plataforma única.”

Lenin enseñaba que la alianza de los obreros y los campesinos no debía, en ningún momento y en ningún caso, conducir a la unificación de los partidos. Stalin no hace a Lenin más que una concesión: aunque según él el bloque de las clases debe tomar “la forma de un partido único, de un partido obrero y campesino, del tipo del Kuomintang”, *la fórmula no es siempre obligatoria*. Gracias al menos por la restricción.

Lenin plantea la cuestión en la época de la Revolución de Octubre con la misma intransigencia. Generalizando la experiencia de las tres revoluciones rusas, Lenin, a partir de 1918, no deja escapar una ocasión de repetir que, en una sociedad en la que predominan las relaciones capitalistas, hay dos fuerzas que deciden: la burguesía y el proletariado:

“Si el campesino no sigue a los obreros, va a remolque de la burguesía. No hay y no puede haber término medio.”

No obstante, un “partido obrero y campesino” representa precisamente un intento de compromiso.

Si la vanguardia del proletariado ruso no se hubiera opuesto al campesinado, si no hubiese llevado una lucha despiadada contra la confusión pequeño burguesa y escurridiza de este campesinado, se habría disuelto ella misma inevitablemente entre los elementos pequeño burgueses por intermedio del partido socialrevolucionario o de cualquier otro “partido bipartito” que, por su parte, la habría sometido inevitablemente a la dirección de la burguesía. Para llegar a la alianza revolucionaria con el campesinado (y eso no se consigue sin dolor), la vanguardia proletaria, y con ella la clase obrera en su conjunto, debieron liberarse de las masas populares pequeño burguesas; esto no se logra más que educando al partido proletario dentro de un espíritu de intransigencia de clase bien templado.

Cuanto más joven es el proletariado, cuanto más recientes e íntimos son sus “lazos” de parentesco con el campesinado, cuanto más grande es la proporción de la población que constituye este último, más importancia cobra la lucha contra toda alquimia política “bipartita”. En occidente, la idea de un partido obrero y campesino es sencillamente ridícula. En oriente, es funesta. En China, en la India, en el Japón, es el enemigo mortal no solamente de la hegemonía del proletariado en la revolución, sino también de la autonomía más elemental de la vanguardia proletaria. El partido obrero y campesino no puede ser más que una base, una pantalla, un trampolín para la burguesía.

Fatalmente, en esta cuestión esencial para todo el oriente, el revisionismo actual no hace más que repetir los errores del viejo oportunismo socialdemócrata de antes de la revolución. La mayoría de los jefes de la socialdemocracia europea creían que nuestra lucha contra los socialistas revolucionarios era un error; recomendaban con insistencia la fusión de los dos partidos, pensando que para el “oriente” ruso, el partido obrero y campesino vendría justo a la medida. Si hubiésemos escuchado estos consejos, jamás habríamos realizado ni la alianza de los obreros y los campesinos ni la dictadura del proletariado. El partido obrero y campesino “bipartito” de los socialistas revolucionarios se convirtió entre nosotros, y no podía ser de otra forma, en una agencia de la burguesía imperialista; en otras palabras, intentó en vano ejercer el papel histórico que el Kuomintang ha cubierto con éxito de una forma diferente, con “originalidad”, y gracias a los revisionistas del bolchevismo. Sin una condena despiadada de la idea misma de los “partidos obreros y campesinos en oriente”, la Internacional Comunista no tiene ni podrá tener un programa.

8.- Hay que verificar qué ha dado de sí la Internacional Campesina

Una de las principales, si no la más importante, acusación lanzada contra la Oposición fue la de haber “subestimado” al campesinado. También sobre este punto la vida ha aportado su control, tanto en el plano interior como a escala internacional. Y ocurrió que los dirigentes oficiales cometieron el error de subestimar en toda línea el papel y la importancia del proletariado con relación al campesinado. Se pueden registrar los errores más graves en los terrenos económico, político e internacional.

En la base de todos los errores cometidos en el interior del país en 1923, encontramos la subestimación de la importancia de la industria, dirigida por el proletariado, con relación al conjunto de la economía nacional y a la alianza con el campesinado. En China, la revolución se ha perdido por causa de la incomprensión del papel animador y decisivo del proletariado en la revolución agraria.

Desde este mismo punto de vista es como hay que verificar y juzgar toda la actividad de la Internacional Campesina, que, desde el comienzo, no era más que una experiencia que exigía la mayor circunspección, la severidad en la elección de los medios y su conformidad a los principios. No es difícil comprender por qué.

Como consecuencia de su historia y de sus condiciones de vida, el campesinado es la menos internacional de todas las clases. Lo que se denomina la originalidad nacional tiene su fuente principal precisamente en el campesinado. No se le puede embarcar en la vía internacional (únicamente, por otra parte, a sus masas semiproletarias) más que bajo la dirección del proletariado. Sólo en la medida en que, en un país, gracias al proletariado, el campesinado se sustraiga a la influencia de la burguesía (aprendiendo a ver en el proletariado no solamente un aliado, sino también un guía) se le podrá conducir por el camino de la política internacional.

Los esfuerzos para agrupar al campesinado de los diversos países por sus propias fuerzas en una organización internacional, por encima de la cabeza del proletariado y fuera de los partidos comunistas, están destinados de antemano al fracaso; en última instancia, no pueden más que perjudicar a la lucha del proletariado, que busca extender su influencia entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

Tanto en el curso de las revoluciones burguesas como en el de las contrarrevoluciones, a partir de las guerras campesinas en el siglo XVI e incluso antes, el campesinado, representado por sus diversas capas, ha ejercido un papel considerable, a veces decisivo. Pero este papel nunca ha

tenido un valor propio. Directa o indirectamente, el campesinado sostuvo siempre a una fuerza política contra otra. La distinción entre los diversos componentes de la sociedad capitalista ha aumentado considerablemente en la época del capital financiero, si se la compara con las fases precedentes de la evolución capitalista. Esto significa que, comparativamente, el peso del campesinado ha disminuido en vez de aumentar. En todo caso, en el período imperialista, el campesinado es todavía menos apto para seguir una línea política *que tenga su valor propio* (incluso en el terreno nacional, por no hablar del terreno internacional) que en la época del capitalismo industrial. En la actualidad, en los Estados Unidos, los campesinos son infinitamente menos capaces de ejercer un papel político autónomo que hace cuarenta o cincuenta años, cuando no pudieron ni supieron, como lo testimonia la experiencia del movimiento populista, crear un partido nacional de valor.

La agrarización efímera más importante de Europa, a causa del declive económico como consecuencia de la guerra, alimentó, por un momento y entre algunos, ilusiones sobre el papel que podrían desempeñar los partidos “campesinos”, es decir, burgueses y pseudo campesinos, que se oponían demagógicamente a los partidos de la burguesía. Si en alguna medida se pudo, en la efervescencia campesina que siguió a la guerra, arriesgarse a la creación de la Internacional Campesina para verificar experimentalmente las nuevas relaciones entre el proletariado y el campesinado, y entre éste y la burguesía, sería ya claramente el momento de establecer el balance de la experiencia de sus cinco años de existencia, de poner al desnudo los aspectos cruelmente negativos y de intentar determinar sus aspectos positivos.

En todo caso, hay una conclusión indiscutible: la experiencia de los partidos “campesinos” de Bulgaria, de Polonia, de Rumania, de Yugoslavia (es decir, de todos los países atrasados), la vieja experiencia de nuestros socialistas revolucionarios y la tan reciente del Kuomintang (la sangre de las heridas todavía no se ha secado), las experiencias episódicas de los países desarrollados (sobre todo la de La Follette-Pepper en los Estados Unidos), prueban de forma indudable este hecho: en la época del capitalismo decadente, es todavía más vano esperar ver surgir partidos campesinos *que tengan su valor propio* (que sean partidos revolucionarios, antiburgueses) de lo que lo era en la época del capitalismo ascendente.

“La ciudad no puede ser el igual del campo. El campo no puede ser el igual a la ciudad en las condiciones históricas de nuestra época. Inevitablemente, la ciudad arrastra tras de sí al campo. Inevitablemente, el campo sigue a la ciudad. La cuestión es, simplemente, saber qué clase de las que hay en la ciudad arrastrará tras de sí al campo.”

El campesinado ejercerá todavía un papel decisivo en las revoluciones de oriente. Pero, una vez más, este papel no será dirigente, y tampoco tendrá un valor propio. Los campesinos pobres de Hupé, de Kuantung o de Bengala pueden ejercer un papel de envergadura nacional o incluso internacional; pero, de todos modos, sólo será así a condición de que apoyen a los obreros de Shanghái, de Hankow, de Cantón o de Calcuta. Es la única salida que puede permitir al campesinado revolucionario desembocar en la vía internacional. Todo intento de ligar directamente al campesino de Hupé con el de Galitzia o el de la Dobrudja, el *fellah* egipcio al *farmer* del Far West norteamericano, no tiene ninguna esperanza.

Pero está en la naturaleza de la política que todo lo que no sirve directamente a los intereses de una clase se convierta inmediatamente en un instrumento utilizado para otros fines, a menudo totalmente opuestos. ¿No hemos visto a un partido burgués, apoyándose sobre el campesinado (o aspirando a apoyarse sobre él), juzgar provechoso sacar un seguro en la Internacional Campesina; a falta de poder hacerlo en la Internacional Comunista, contra los golpes que le daba el partido comunista de su país (de la misma manera que Purcell, en el terreno sindical, se protegía por medio del Comité Angloruso)? Si La Follette no intentó hacerse inscribir en la Internacional Campesina, eso se debe a la extrema debilidad del partido comunista norteamericano; además, su dirigente de entonces, Pepper, abrazaba sin necesidad de ello a La Follette en un apretón perfectamente desinteresado que aquél no había pedido. Ya Raditch, jefe bancario del partido de los kulaks croatas, tenía necesidad, en el camino que le llevaba hacia la cartera ministerial, de dejar su tarjeta de visita a la Internacional Campesina. El Kuomintang fue mucho más lejos: después de haber conservado su lugar en la Internacional Campesina y en la Liga Antiimperialista, llamó también a las puertas de la Internacional Comunista y recibió la bendición del Buró Político del Partido Comunista de la URSS, con la excepción de una sola voz.

Es algo particularmente simbólico de la política de la dirección durante los últimos años que, mientras se reforzaban las tendencias a la liquidación de la Internacional Sindical Roja (el llamamiento mismo fue retirado de los estatutos sindicales), no se planteaba siquiera en la prensa oficial, si recordamos bien, la cuestión de saber en qué consistían exactamente las conquistas de la Internacional Campesina.

Es preciso que el VI Congreso controle seriamente la actividad de la Internacional Campesina a la luz del internacionalismo proletario. Sería el momento de establecer el balance marxista de la experiencia en curso. Hay que introducir este balance, bajo una forma u otra, dentro del programa: el proyecto actual no dice ni media palabra ni de los “millones” de adherentes de la Internacional Campesina, ni tan siquiera de su existencia.

9.- Conclusión

Hemos presentado una crítica de algunas de las tesis fundamentales del proyecto de programa; estamos muy lejos de haber extendido esta crítica a todas las tesis, pues no disponíamos más que de dos semanas. Nos hemos visto en la obligación de ceñirnos a los problemas más actuales, los más estrechamente ligados a la lucha revolucionaria y a la que se ha librado en el seno del partido en el último período.

Gracias a la experiencia de las pretendidas “discusiones”, sabemos por adelantado que frases arrancadas del contexto, incluso *lapsus calami*, pueden convertirse en la fuente de nuevas teorías destinadas a destronar al “trotskismo”. Hay todo un período que está lleno de esta historia triunfante. Esperamos muy tranquilamente las peores vociferaciones teóricas que, una vez más, se arrojarán sobre nosotros.

De todos modos, es probable que los autores del proyecto prefieran no servirse para acusarnos de nuevos artículos críticos sino de la extensión del viejo artículo 58. No es necesario decir que este argumento nos parece menos convincente todavía.

El VI Congreso tiene que adoptar un programa. A lo largo de toda esta obra nos hemos dedicado a demostrar que es absolutamente imposible tomar como base para este programa el proyecto elaborado por Bujarin y Stalin.

El momento actual es el de un giro en la vida del Partido Comunista de la URSS (Bolchevique) y de toda la Internacional Comunista. Todos los pasos y decisiones recientes del comité central de nuestro partido y del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista lo prueban. Estas medidas son absolutamente insuficientes, y las resoluciones son contradictorias (algunas de ellas, como la del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, son radicalmente erróneas). A pesar de ello, a través de todas estas decisiones se esboza una tendencia al giro hacia la izquierda. No tenemos ninguna razón para sobreestimarla, tanto más cuanto que tiene lugar en el mismo momento en que se aplasta al ala revolucionaria, protegiendo al ala derecha. Sin embargo, no hemos pensado ni por un solo instante en subestimarla, porque viene impuesta por el callejón sin salida al que ha conducido el curso anterior. Todo verdadero revolucionario hará lo que mejor pueda, en su puesto, con los medios de que disponga, para que el giro a la izquierda que se esboza se acentúe, con el mínimo posible de dificultades y de traumas para el partido, hasta que se convierta en una orientación revolucionaria leninista. Pero, por el momento, estamos todavía lejos. Actualmente, la Internacional Comunista atraviesa un período de enfermedad, tal vez el más difícil de su desarrollo, aquel en el que el viejo curso está todavía lejos de ser abandonado y el nuevo encierra elementos heterogéneos. El proyecto de programa refleja entera y perfectamente este estadio de transición. Sin embargo, tales momentos, por su misma naturaleza, son poco favorables a la elaboración de documentos que deban determinar la actividad de nuestro partido internacional para toda una serie de años. Por muy doloroso que sea, hay que esperar todavía, aunque se haya perdido ya tanto tiempo. Hay que dejar que las cosas se decanten, que pase la confusión, que se anulen las contradicciones y que se precise el nuevo giro.

El congreso no se ha reunido durante cuatro años. La Internacional Comunista ha vivido nueve años sin un programa codificado. En este momento no hay más que una forma de abordar la cuestión: decidir que el VII Congreso tenga lugar dentro de un año, y terminar de una vez por

todas con las tentativas de usurpación de los derechos de la Internacional Comunista, restablecer en todos los partidos y por tanto en la misma internacional un régimen normal que haga posible una verdadera discusión del proyecto de programa y permita oponer al proyecto ecléctico un proyecto distinto, marxista, leninista. No debe haber cuestiones prohibidas para la Internacional Comunista, para las asambleas y conferencias de sus partidos y para la prensa. Es necesario, durante este año, labrar profundamente el campo entero con el arado del marxismo. Sólo un trabajo así permitirá dotar al partido internacional del proletariado de un programa, es decir, de un gran faro que aclarará el pasado con una luz exacta y proyectará rayos brillantes muy lejos, hacia el porvenir.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es